

An illustration of a large, green tree with a thick trunk and many branches, set against a dark blue night sky filled with stars. The tree is surrounded by a diverse group of people of various ages and ethnicities. Some are sitting on the branches, some are hanging upside down, and some are standing on the ground. A brown dog is on the left, and a grey cat is on the right. There are also several colorful birds flying around the tree. The overall scene is vibrant and celebratory, representing a community coming together.

Vivir para aprender

Juntos somos más fuertes

LA EDUCACIÓN
EN PRIMER LUGAR



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN







Vivir para aprender

**Juntos somos
más fuertes**

LA EDUCACIÓN
EN PRIMER LUGAR



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN

BOGOTÁ

Vivir para aprender
Juntos somos más fuertes

Autores

- © Tatiana Duplat Ayala
- © Cristian Valencia
- © Ángel Andrés Aguilar Forero

Fotografías

- © Juan Pablo Duarte
- © Guillermo Andrés Hernández Zorro

Ilustraciones

- © Lúisa Cruz

Edición y publicación

- © Siglo del Hombre Editores S. A.

Dirección editorial

Selma Marken Farley

Dirección de contenidos

Tatiana Duplat Ayala

Corrección de estilo

Johana Haydee Forero Rodríguez

Diseño y diagramación

Gloria Díazgranados Marín

La presente edición, 2021

ISBN Impreso: 978-958-665-694-8

ISBN PDF: 978-958-665-695-5

Siglo del Hombre Editores S. A.

Carrera 31A n.º 25B-50, Bogotá D. C.

Teléfono: 6013377700

<http://libreriasiglo.com>

Impresión

Panamericana Formas e Impresos

Calle 65 n.º 95-28, Bogotá D. C.

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total ni parcialmente, ni registrada o transmitida por sistemas de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Secretaría de Educación del Distrito de Bogotá.

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Duplat Ayala, Tatiana

Vivir para aprender: juntos somos más fuertes / Tatiana Duplat Ayala, Cristian Valencia, Ángel Andrés Aguilar Forero. -- Bogotá : Alcaldía Mayor de Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2021.

p.

ISBN 978-958-665-694-8

1. Educación pública – Bogotá - Relatos personales 2. Escuelas públicas – Bogotá - 2021 3. Educación pública - Aspectos sociales - Bogotá I. Valencia, Cristian, 1963- II. Aguilar Forero, Ángel Andrés III. Título

CDD: 379.86148 ed. 23

CO-BoBN- a1086344

LA EDUCACIÓN EN PRIMER LUGAR



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN



Alcaldesa Mayor de Bogotá

Claudia Nayibe López Hernández

Secretaria de Educación del Distrito

Edna Cristina Bonilla Sebá

Subsecretario de Calidad y Permanencia

Andrés Mauricio Castillo Varela

Subsecretaria de Integración Interinstitucional

Deidamia García Quintero

Subsecretario de Acceso y Permanencia

Carlos Alberto Reverón Peña

Subsecretaria de Gestión Institucional

Jennifer Ruiz González

Jefe Oficina de Comunicaciones

Conny Mogollón Barbosa

Asesor de Despacho

Néstor Mora

Equipo periodístico

Yolanda Gómez, Angélica Molina, Ángel Aguilar, Vanessa Molina, Giovanni Clavijo, Ana María Montaña

Agradecimientos especiales a

Amparo Ardila Pedraza

Coordinadora de la Estrategia de Acompañamiento Pedagógico

y al Equipo de la Dirección de Talento Humano, Secretaría de Educación del Distrito





Juntos

10



Cuatro patas

18

Amigos para siempre

Colegio Distrital Delia Zapata Olivella IED



¡Canta, Bogotá Canta!

32

Subsecretaría de Calidad y Pertinencia



Tejiendo sueños

46

Colegio Rural José Celestino Mutis IED

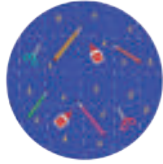


Iguales en la diferencia

60

Colegio Técnico José Félix Restrepo IED





Rebeldes con todo el derecho

74

Colegio Inem Francisco de Paula Santander IED

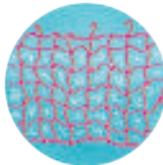


Para sanarte

El arte escucha

88

Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico (IDEP) y Red Chisua



La Red

Paz y Reconciliación

102

Dirección de Relaciones con el Sector Educativo Privado (DRSEP)



Cartografías del Habitar

116

Colegio La Estancia San Isidro Labrador IED



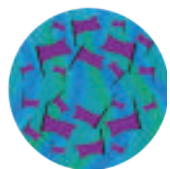


Soma

Pedagogía y arte

130

Colegio José María Vargas Vila IED



Sin etiquetas

144

No somos, estamos siendo

Colegio Carlo Federici IED



Vía RARA

158

Colegio Villa Amalia IED



El Laboratorio

172

Derechos Humanos y Ciudadanías

Colegio Gonzalo Arango IED



Juntos



La gran lección de este 2021 es que juntos somos más fuertes. Nos necesitamos y no somos nada sin el otro, esa es una certeza que aprendimos para el resto de la vida. En medio de las dificultades logramos sacar lo mejor de nosotros y, a pesar de la distancia que impuso la pandemia, estuvimos más cerca que nunca. Docentes, estudiantes, funcionarios, colaboradores y proveedores del sistema educativo público estrecharon los lazos en una red que terminó convirtiéndose en malla de salvamento para



muchos. A todos ellos está dedicado este libro. Las historias y los relatos aquí incluidos rinden tributo a la capacidad de juntarnos, de organizarnos y de tejer vínculos para afrontar la adversidad y transformar la realidad. Por ello,



este libro representa sobre todo un testimonio de solidaridad y de acción colectiva.

Mientras aún asimilábamos el interminable 2020, el nuevo año nos recibió en medio del segundo pico de la pandemia y nuevamente tuvimos que acudir a toda nuestra capacidad de resistencia. Al cumplirse diez meses de la emergencia sanitaria, teníamos a nuestro favor la experiencia, pero en contra el cansancio que anunciaba que lo peor estaba por venir. Llevábamos meses preparándonos para regresar a las aulas con el Plan de Reapertura Gradual, Progresiva y Segura y, sin más, el 25 de enero, día de inicio del calendario escolar, se declaró la alerta roja en el sistema hospitalario de Bogotá. Solo ese día fallecieron, en Colombia, 400 personas a causa de la covid-19 y nuestros planes de volver a la presencialidad parecían diluirse entre el miedo y la incertidumbre.

A mediados de febrero, el pico de contagios había cedido y, finalmente, pudimos empezar a implementar el plan de retorno presencial. La grata sorpresa fue que la matrícula había aumentado

con relación al año anterior y 135 instituciones educativas ya estaban habilitadas, en el transcurso de los meses les siguieron las demás. Pese a todas las dificultades, el pesimismo y el escepticismo de muchos, comenzamos a volver. Los docentes y los estudiantes que pudieron regresar lo hicieron. Primero retornaron los más pequeños y fue como si la vida misma regresara a las aulas. A pesar del distanciamiento, sus caritas felices nos devolvieron la esperanza y nos recordaron por qué y para qué hacemos lo que hacemos.

Afrontar los retos que nos impuso la pandemia consistió en contemplar muchas circunstancias distintas y aprender a diseñar respuestas diferentes para cada una al mismo tiempo. Fue entonces que todos comprendimos el sentido profundo de la palabra flexibilidad. Quienes consideraron que corrían algún riesgo o ponían en peligro a otros continuaron desde la virtualidad. Los estudiantes y docentes que siguieron de forma remota echaron mano de todos los recursos y las habilidades adquiridas durante el confinamiento. La Red Académica continuó siendo una



herramienta clave para los docentes; Aprende en Casa se complementó con la estrategia Eureka de Canal Capital, el sistema de comunicación pública del Distrito; y la televisión y el Internet se convirtieron de nuevo en los grandes aliados de la escuela en tiempos de crisis. ¿Cómo lo logramos?, trabajando juntos en torno al propósito común de garantizar el derecho a la educación de 800 000 niños, niñas y jóvenes en Bogotá.

Mientras tanto, un equipo enorme seguía concentrado en asegurar la dotación de más de 100 000 tabletas y dispositivos, en adquirir elementos de bioseguridad y en mejorar la infraestructura de las instituciones educativas para garantizar el retorno seguro. Eso significó intervenir las cuatrocientas sedes y avanzar en la construcción de los nuevos colegios que demanda la ciudad. También implicó continuar con la entrega de bonos y canastas alimentarias para consumir en casa, esfuerzo que significó además el fortalecimiento del Programa de Alimentación Escolar para el retorno progresivo a las clases presenciales.



A mediados de abril, casi todos los colegios estaban habilitados para regresar a las sedes y aquellos que ya habían retornado se enfocaron en detectar y aislar tempranamente los posibles focos de contagio. Cuando todo esto ocurría, la ciudad entró en ebullición al desatarse las movilizaciones en las jornadas del Paro Nacional. No podíamos ser indiferentes. Nos propusimos abrir espacios de conversación para buscar *juntos* salidas comunes a esta crisis. Las protestas de miles de jóvenes, quienes no logran acceder a la universidad ni encuentran cómo emplearse, reafirmaron nuestro empeño por impulsar la transición al sistema de educación superior y fortalecer el desarrollo de competencias laborales. Al tiempo, sus voces clamaban por los derechos de otros grupos que se encuentran en una situación de extrema vulnerabilidad, de modo

que nos enfocamos en extender y fortalecer las estrategias de inclusión, pues entendemos que los efectos negativos de la pandemia pueden tener una mayor incidencia en estas poblaciones.



En mayo, iniciamos el plan de vacunación, justo a tiempo porque el 20 de junio, cuando empezaban las vacaciones de mitad de año, se registraba el peor momento del tercer pico de la pandemia. Solo ese día fallecieron, en el país, 657 personas a causa del virus, una tragedia que probablemente aún no alcanzamos a comprender en toda su dimensión. Al reanudarse el segundo semestre escolar, el pico empezaba a ceder y, para ese momento, la mayoría de los colegios estaban habilitados para atender de manera presencial y alternada a los estudiantes. Aunque así, la decisión sobre regresar o no estuvo en manos de las familias y los cuidadores, quienes siempre participaron de las discusiones y las decisiones. Implementar el plan de retorno implicó abrir una gran conversación con los docentes, los estudiantes, las familias y el personal administrativo. ¿Cómo lo logramos?: escuchando, conversando, proponiendo y concertando.

Afrontar esta crisis, en sus diferentes momentos, ha significado ponernos de acuerdo entre muchos para caminar en la misma dirección. Las dificultades pusieron a prueba nuestra capacidad de

actuar juntos y, del mismo modo, nos permitieron reconocer el lugar que ocupa la educación como escenario privilegiado para aprender y enseñar cómo sumar esfuerzos individuales alrededor de causas comunes. La capacidad del sector educativo para abrir espacios de diálogo, construir rutas conjuntas de acción y diseñar estrategias a la medida de la necesidad hizo posible que Bogotá registrara el porcentaje más bajo de inasistencia escolar en el país durante la pandemia. Estos doce relatos, que hoy entregamos a la comunidad educativa con orgullo y admiración, así lo atestiguan.

El eje conductor de este libro es la acción colectiva de maestros y maestras que a pesar de las circunstancias adversas emprendieron el camino del retorno a los colegios. Recopila historias que expresan el papel de la educación en la construcción de vínculos entre las personas y en la reparación del tejido social en Bogotá. Son relatos que muestran cómo se crean comunidades y se promueve la organización dentro y más allá de las aulas. Cada experiencia hace visible la capacidad de movilización de la escuela y su enorme poder de transformación, el cual se extiende hasta los



estudiantes, los docentes, las familias y las comunidades de los entornos cercanos. Actuar con otros y en función de lograr un beneficio colectivo constituye algo que se aprende y se enseña, y esto ocurre al tiempo que se aborda el currículo. Estas historias nos hablan de que en Bogotá la educación pública representa la posibilidad de cambiar millones de vidas individuales y sobre todo de construir una ciudad región más incluyente y democrática, un mejor lugar para compartir la vida.

Sí, juntos somos más fuertes, hacer las cosas juntos implica establecer vínculos sólidos, de allí viene la palabra solidaridad. Actuar en colectivo requiere anudar muy fuerte cada lazo para conformar una sola entidad donde cada uno se sienta soportado por todos los demás. Es entonces cuando el tejido social se convierte en malla de salvamento y adquiere la capacidad de rescatarnos, incluso del peor de los incendios. Estas son historias de una profunda humanidad, donde sus protagonistas lo entregan todo por los otros, por nosotros. Conversar, escuchar, reconocer, proponer, concertar y actuar son verbos que expresan el liderazgo



colectivo encarnado en niños, niñas, jóvenes, docentes y cuidadores que han hecho de la participación, de la acción, de la transformación, de la ética y de la estética un proyecto de vida más allá del compromiso escolar y laboral.

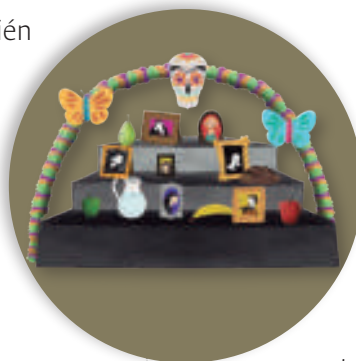
Construir ciudadanía representa un imperativo ético y político de la escuela. La participación informada de los ciudadanos alrededor de los asuntos de interés general constituye un pilar del sistema democrático. Somos conscientes de nuestra responsabilidad en el desarrollo de estas competencias, por eso creemos que los espacios de participación de la comunidad son tan importantes. El gobierno escolar, las mesas locales y distritales de política educativa, la simulación de la Organización de las Naciones Unidas (SIMONU) y la Misión de Educadores y Sabiduría Ciudadana conforman solo una muestra de esta convicción.

Dentro de las aulas se gestan muchas iniciativas que promueven el reconocimiento de los derechos en la vida cotidiana de los niños, las niñas y los jóvenes; las experiencias de justicia escolar restaurativa y las Iniciativas Ciudadanas de Transformación



de Realidades para la Paz (Incitar) también expresan este enfoque. Todos estos esfuerzos se sustentan en la participación y en el trabajo articulado de muchas personas, grupos e instituciones. Todos construyen comunidad y tejido social en torno al propósito compartido de hacer de este un mejor mundo, uno más democrático e incluyente.

A través de los relatos, este libro también propone una reflexión sobre el cambio social y el inmenso poder de la acción conjunta. Cada iniciativa ha nacido con la intención de mejorar algo en el contexto cercano de la comunidad escolar y, para lograrlo, cada una ha empezado por transformar a las personas que se involucran. Las historias son tan variadas como los territorios que conforman la Bogotá urbana y rural, expresan las tensiones propias de una realidad constituida históricamente por el desplazamiento forzado, por la exclusión social y económica, y por la migración de cientos de miles de personas que llegan al Distrito Capital en busca de una oportunidad.



Muchas de las iniciativas han surgido en respuesta a situaciones dramáticas: la violencia política y el daño que han ejercido deliberadamente unas personas sobre otras, el maltrato animal, el daño ambiental, la exclusión social, la muerte y la enfermedad por nombrar solo algunas. Estas iniciativas revelan lo peor de la condición humana y, a la vez, sacan a flote lo mejor de ella: la resistencia, la resiliencia y la solidaridad. El eje conductor está en la transformación de quienes participan. Para cambiar algo afuera, cada quién se ve tocado adentro y la vida no vuelve a ser igual.

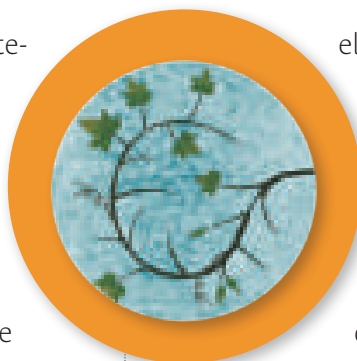
Estas historias dan cuenta también de lo que ha significado continuar con la vida cotidiana en medio de la pandemia. Los personajes con tapabocas en las fotos quedan como testimonio visual de un momento difícil compartido por el planeta entero. Visto en perspectiva, el tapabocas pasará a la historia no solo como un elemento de autocuidado y bioseguridad, sino como el símbolo por excelencia del cuidado colectivo en tiempos de pandemia: cuidarse a sí mismo con el tapabocas es cuidar a los



demás. Esto fue algo que, en Bogotá, se interiorizó desde el primer instante.

Las rutas de acción son tan variadas como las iniciativas mismas. Al final el resultado es similar, en todos los involucrados anida la consciencia de poder sumarse a otros para incidir en la realidad. El mensaje es poderoso, somos dueños de nuestro destino. Si contamos con el conocimiento y con las herramientas necesarias, podemos construir el mundo a nuestra medida; la clave de la acción está en la educación.

Así, después de rescatar y proteger a un perro que ha sido sometido a tratos crueles, nadie vuelve a ser la misma persona; no importa qué edad se tenga ni cuánto tiempo se haya compartido con el animal. Juntarse con otros y sembrar miles de árboles es aprender a honrar la vida y, en el proceso, hacer de esta una mejor ciudad. Montar una granja en un colegio rural y utilizar la lana de las ovejas para tejer los sueños de quienes han sufrido la exclusión es mucho más que una bonita metáfora; es crear oportunidades para mejorar las condiciones de vida de la gente y poner



el futuro al alcance de sus manos. Extender la educación a personas que se han visto obligadas a habitar en la calle representa creer profundamente en el valor de las segundas oportunidades y reivindicar la dignidad humana.

Cantar junto a mil compañeros es experimentar en carne propia el poder de actuar junto a otros, es adquirir plena consciencia del ser individual y luego estar en disposición de vibrar en armonía con todos los demás, escuchando y reconociendo la diversidad de tonos y matices; como en la vida misma. Expresar las emociones a través del arte es una forma de sanar y de narrar lo que las palabras no abarcan. El arte escucha y cura el interior de las personas y, en el proceso, todos los que participan de la experiencia se reconcilian consigo mismos y se solidarizan con el dolor de los demás. Hacer parte de un grupo interdisciplinario que pone en escena obras literarias y baila es transferir al propio cuerpo la vida de los otros, es aprender la empatía. Plasmear los sentimientos a través de la escritura para construir mapas existenciales es navegar por el ser interior para construir formas de relación con el mundo exterior.



Editar una revista de manera artesanal, un fanzine que reflexione sobre la violencia, cómo desaprofundarla y minimizar sus impactos en el barrio y en la localidad es leer el contexto, construir una posición sobre lo que ocurre y actuar para que cambie lo que no está bien, es agenciar el cambio. Implementar un laboratorio de derechos humanos y ciudadanías y tejer una red de facilitadores para la construcción de paz y reconciliación representa comprometerse con los territorios para aportar a la gestión de los conflictos por vías pacíficas, permite reparar los lazos que la violencia se empeña en destrozarse y reconocer el papel de la palabra y la educación en un país que nunca se resignará a la barbarie.

De esto, rinden testimonio estas doce historias. En cada uno de sus protagonistas, que se cuentan en miles, anida el cambio que queremos ver en el mundo. La clave de la transformación está en la educación y en el enorme poder que se desata al estar y actuar en colectivo. Encontrar una causa común, más allá de las diferencias sociales, políticas, económicas y culturales permite reconocer aquello que nos une como humanos, es trascender y saberse parte de algo más grande que de uno mismo: la humanidad. De eso se trata este libro, de cómo hacer más humana esta humanidad, que es en últimas lo que hacemos los educadores cuando actuamos juntos.



Edna Cristina Bonilla Sebá
Edna Cristina Bonilla Sebá
Secretaria de Educación del Distrito





Colegio Distrital Delia Zapata Olivella IED

Cuatro patas

Amigos para siempre

Cuatro patas

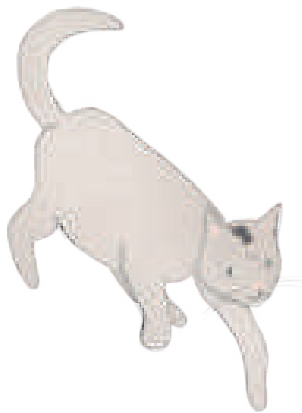
Amigos para siempre

—**Andrea, regresa.** Algo grave pasa con este perro—. La profe colgó la llamada y, sin pensarlo dos veces, volvió a la clínica. Lo había llevado para que lo bañaran, le cortaran el pelo y le quitaran las pulgas. Pensaba que así se animaría a comer, pues aunque sus estudiantes llevaban varios días cuidándolo, el perro no había probado bocado, solo gruñía. Al entrar en el consultorio encontró a la veterinaria conmocionada. —Ya sé por qué no come ni ladra— dijo mientras acercaba la lámpara al hocico. Lo que Andrea Murcia vio en ese instante cambió su vida para siempre.

Fue como si un viento helado le hubiera caído hasta los huesos. Entre las barbas de aquel *schnauzer* malnutrido, alcanzaban a verse las grapas metálicas que le sujetaban la boca. En principio, Andrea se resistió a creer lo que veía. —No es posible— pensó. Pero la veterinaria insistió y le mostró uno a uno los ganchos sucios y la piel maltratada

En Suba, un grupo de estudiantes y docentes se dedica a rescatar animales. Ellos han hecho del amor y del cuidado a los demás una manera de estar en el mundo.





A veces la magia está ahí dormida, latente, y solo hace falta que alguien la active. Ese fue el rol que le tocó cumplir a Andrea sin saberlo, activar el encantamiento.

por la infección. Le habían cosido el hocico con una grapadora industrial. —¿Cómo puede alguien cometer un acto tan cruel? —se preguntó. —¿Cuánto dolor habrá sufrido?, ¿qué les voy a decir a los chicos?, ¿cómo voy a explicarles? —. Andrea nunca encontró respuesta o razón alguna que justificara semejante atrocidad, es que no la hay. Lo que sí supo en ese momento fue que dedicaría todo su empeño a honrar el valor de la vida y a hacer del amor su propia razón para vivir.

Al *schnauzer* tuvieron que operarlo. Cuando los estudiantes se enteraron, movieron cielo y tierra, organizaron una colecta y lograron reunir la plata en tiempo récord. Fue la primera pista que tuvo Andrea sobre la fuerza transformadora que habita en los niños, en las niñas y en los jóvenes, hombres y mujeres. Entendió que si ella como maestra lograba

encausar esa energía, ellos serían capaces de cambiar el mundo.

Apenas el perro estuvo en condiciones saludables, empezaron a buscar una familia que lo adoptara. No fue fácil. Se lo llevaban y al rato lo devolvían. El perro desconfiaba y era agresivo. —Nada que lográbamos darle en adopción, así que se fue a vivir conmigo, pues vivía sola. Mi mamá y mi papá también se ofrecieron a cuidarlo. Qué desastre. Mordió a mis papás y a mis hermanos. Entendimos por qué no se quedaban con él. Decidimos que lo íbamos a cuidar nosotros y lo llamamos Mickey —. Con los días, Mickey fue aliviándose hasta convertirse en un perro precioso y en un poderoso símbolo de resistencia que ha marcado la vida de varias generaciones de estudiantes y profesores del colegio Delia Zapata Olivella en la localidad de Suba.

Todo había empezado un día cualquiera del año 2012. Andrea Murcia es profesora de Tecnología y ese día los estudiantes del grado once estaban más necios que nunca. La profe desesperada proyectó un video de dos minutos. Su intención era analizar los impactos negativos de las tecnologías de la información y la comunicación a través de una escena de maltrato animal. Fue como si los hubieran hipnotizado. Los jóvenes vieron con atención el video en

el que unos zorros eran víctimas de tratos crueles y cuando llegó el momento de la discusión, todos querían hablar. Cada uno dio su opinión y pronto la conversación viró hacia el maltrato animal en la localidad. —Eso no solo ocurre por allá lejos —dijo una chica. —Aquí no más en el barrio todos los días se ven perros maltratados—. Empezaron a contar cómo habían visto perros abandonados, malnutridos, heridos y enfermos cerca al colegio. La clase acabó, pero ellos siguieron hablando del tema en los pasillos. A Andrea le pasó igual. Llegó a su casa y todavía retumbaban en su cabeza los comentarios de la clase.

Al día siguiente, los estudiantes seguían enganchados al tema. Llegó la hora del almuerzo y fueron a buscar a Andrea para mostrarle cómo había varios perros detrás de la reja. —Vienen atraídos por el olor del comedor —dijo uno. Allí se desató el conjuro. A veces la magia está ahí dormida, latente, y solo hace falta que alguien la active. Ese fue el rol que le tocó cumplir a Andrea sin saberlo, activar el encantamiento. —Hagamos una vaca y les compramos comida —propuso ella. No tenía cómo imaginar el alcance de esas siete palabras. Así empezó todo.

Reunieron el dinero y empezaron a alimentarlos. Vaya uno a entender cómo es que funciona el sistema de comunicación perruno, lo cierto

es que a los pocos días aparecieron más. Así llegó Mickey, el *schnauzer*, era una sola mota gris, llena de rastas y solo gruñía. Los niños notaron que no comía ni ladraba. Fue entonces cuando Andrea decidió envolverlo en una cobija y llevarlo a la clínica veterinaria en Usaquén. Mientras Mickey estaba convaleciente, en el colegio la actividad era frenética. Alimentar a los nuevos amigos implicaba cierta organización, así que los estudiantes de grado once se vieron muy ocupados en sus horas de descanso. La profe Andrea ni se diga, además de atender sus clases y apoyar la operación para alimentar a los perros, tenía que estar pendiente de Mickey. Todo esto ocurría en una especie de dimensión paralela, mientras el resto del colegio continuaba con su vida habitual. De alimentarlos una vez al día, pasaron a rescatarlos. Esto implicó meterlos al colegio para brindarles mayor protección. Es la hora en que no se sabe bien si eso que hicieron estaba permitido o



no, lo cierto es que todos supieron que su deber era ayudar a los animales.

En sigilo y, con la ayuda de algunos guardas de seguridad, el colegio empezó a llenarse de colas batientes. La operación se volvió aún más compleja, además de alimentarlos tenían que recoger los desechos. Necesitaban más apoyo. A las pocas semanas muchos niños y niñas de otros cursos se habían sumado a la causa y entre ellos había empezado a tejerse un lazo de complicidad infranqueable. Llegó un momento en que en la portería prohibieron que entraran perros y Floresmiro, el guarda, se tomó su misión a pecho. Revisaba minuciosamente cada maleta y hacía inspecciones por los pasillos. Entonces, los niños diseñaron un código de señas a distancia para ir escondiendo a los perros a medida que él pasaba. Los peludos demostraron entender a la perfección su situación, hacían silencio y se quedaban quietos como si en ello se jugaran la vida misma.

Sin embargo, un día ocurrió lo inevitable, la rectora empezó a preguntar. Ya era imposible disimular que el colegio estaba lleno de perros y de niños, niñas y jóvenes dispuestos a darlo todo por su causa. Tuvieron que dar la cara y afrontar la situación. —Le contamos a la rectora, Sonia Forero, lo que estaba pasando y al principio no le gustó —cuenta Andrea —, pero cuando vio el esfuerzo que habían hecho los niños y todo lo que movilizaron por salvar a los perros, se dio cuenta que aquí había una oportunidad en términos pedagógicos, nos apoyó —. Isabela, una niña de tercer grado, dice que fue la rectora la que propuso llevar a algunos de los perros a otra sede del colegio en el barrio Bilbao y que eso fue importante porque pudieron organizarse mucho mejor. Ya no tenían que esconderse. Habían dejado de ser solo un puñado de locos soñadores, ahora tenían el apoyo de la institución, su misión era convencer al resto de la comunidad de soñar juntos.



La rectora los animó a presentarse a un concurso que premia Proyectos Escolares Ambientales (Praes). Esto significó sistematizar lo que estaban haciendo y convertir la experiencia en conocimiento. Fue el nacimiento formal de Amigos de Cuatro Patas, así se llamaron como grupo. —Hicimos un documento insípido, porque nosotros empezamos sin saber mucho del tema —recuerda Andrea. Al escribirlo se dieron cuenta de lo mucho que habían aprendido en poco tiempo. Entendieron que la presencia de perros en la zona tenía que ver con la historia del lote donde había sido construido el colegio, pues antes de que fuera comprado por la Secretaría de Educación del Distrito era un pastizal donde los animales abandonados buscaban refugio. Supieron incluso que algunos de ellos acudían al lote en compañía de personas que habitaban la calle y que esto era fuente de conflictos en el barrio y podía estar relacionado con el maltrato a los animales. Entendieron también que varios de

los perros acompañaban a quienes ejercían labores de reciclaje y que era necesario promover en ellos la tenencia responsable. Escribiendo el documento, se dieron cuenta que lo que habían estado haciendo todo ese tiempo tenía que ver con reconocer los derechos de los animales.

Definitivamente ya eran más que un puñado de locos soñadores, eran una comunidad de aprendizaje. Esto





Habían vivido tantas cosas juntos, humanos y animales, que el lazo que los unía ya era un vínculo filial.

fue algo tan evidente para el jurado calificador que ganaron. Fueron el mejor Prae Distrital del año 2012.

Este pequeño gran triunfo fue un impulso para Amigos de Cuatro Patas. A partir de ese momento, la experiencia se fortaleció, se institucionalizó y empezó a crecer tanto que Andrea no daba abasto para atender a los estudiantes que se ofrecían como voluntarios. Desde su clase de Tecnología orientaba actividades de participación y sensibilización a través de los medios digitales y las redes sociales, pero no era suficiente. Necesitaba más docentes que apoyaran su idea de educar a través de esta iniciativa, que abordaran el manejo de las emociones, el autocuidado y el empoderamiento de los chicos; que estuvieran dispuestos a sacar del aula conceptos asociados a la resolución de conflictos, la convivencia, la ciudadanía y ponerlos en práctica en la calle y en la casa mientras rescataban animales.

Los aliados los encontró en los Centros de Interés, un programa de la Jornada Única que busca brindar una formación integral a partir de las preferencias y los gustos de los estudiantes. El primer interesado fue el profesor Francisco Javier Paz, el instructor de tenis. Un día, en un evento, vio a Andrea en la tarima con un micrófono y le pidió que invitara a los niños a inscribirse en el curso de tenis. Así se conocieron. Otro día la acompañó a su salón y se sorprendió mucho al encontrar a un perro. Cuando quiso preguntar por aquel inusitado hallazgo, apareció un niño con una alcancía pidiendo plata para ayudar al perro y él, sin preguntar mucho, le dio unas monedas. Se fue picado por la curiosidad y al día siguiente regresó. Había otro perro y otro niño diferente, también con una alcancía. —Así me fui enterando y me fui involucrando —recuerda Francisco. —Cuando Andrea me contó todo lo que hacía, yo le dije: "tú eres una estrella". Esa fue la manera que encontré para nombrar las cosas increíbles que ella hacía —. Así, casi sin darse cuenta, empezó a enamorarse de ella.

El área de Educación Física se volvió aliada incondicional de los Amigos de Cuatro Patas. Desde los Centros de Interés, por su propio enfoque, se hacía fácil incorporar un proyecto como

este, basado en el aprendizaje emocional. Cada vez fue más evidente, en términos pedagógicos, cómo ocurría la transformación de los estudiantes que se dedicaban a cuidar animales. En poco tiempo, habían mejorado notablemente sus maneras de relacionarse, sus destrezas comunicativas, su capacidad de empatía y su consciencia sobre el entorno. Dicho en palabras de Baby Tatiana Garzón, una estudiante que lleva cuatro años vinculada a esta aventura: —Los animales nos habían enseñado a ser mejores personas.

Además de la red de voluntarios del colegio, el grupo se dedicó a tejer vínculos con clínicas veterinarias y con organizaciones e instituciones dedicadas a la protección animal. Empezaron a ser reconocidos también por su capacidad de incidencia en la promoción de los derechos de los animales. Hoy hacen parte del Consejo de Protección y Bienestar Animal de Suba. No, no eran solo un puñado de locos soñadores, eran agentes de cambio. En el 2014, Caracol hizo una nota sobre ellos y cuando entrevistaron a los chicos, dijeron que querían montar un hogar de paso. Para ese momento ya tenían organizados los sistemas de adopción y de padrinazgo, y contaban con 170 animales protegidos. Incluso habían rescatado a Lorenzo, un burro

“Nunca dejen de luchar por lo que sueñan, eso de salvar perros es de valientes”. No voy a olvidar nunca sus palabras.

que fue abandonado a su suerte cuando prohibieron la circulación de vehículos de tracción animal. También habían diversificado sus fuentes de financiación. Además de las alcancías en cada salón, fabricaban juguetes, accesorios y tenían un espacio de acopio y separación de basuras para reciclar y vender.

A estas alturas, Andrea y Francisco ya eran novios y compartían un apartamento junto a Mickey y el Señor Gato. En cuanto concurso aparecía, se presentaban y ganaban. En el 2015, la experiencia fue reconocida por la estrategia Escuelas Transformando Territorios por su capacidad de movilización social. —Con lo que ganamos conseguimos elementos artísticos para hacer comparsas —cuenta Andrea. —En el colegio, ya nos conocían y dijimos: “ahora tenemos que salir a trabajar con la comunidad”. Conseguimos implementos artísticos, instrumentos musicales, la cabina de sonido y los zancos. Armamos las comparsas y empezamos a ir a los parques a sensibilizar





Crecieron tanto que, en el 2016, llegaron a tener hasta 25 animales en simultáneo. Casi se enloquecen. Empezaron a acudir a diferentes hogares de paso de la ciudad y pagaban la estadía de los animales con los fondos recolectados.

a la gente. Los niños salían disfrazados y repartíamos folletos sobre la importancia de las vacunas y la esterilización, además recogíamos la basura de los parques. Trabajábamos con el hospital de Suba para que llevaran allí a las mascotas. En ese momento no estaba el Instituto de Protección Animal y cada hospital debía cumplir esa función. Los niños se organizaban por turnos para llevar a los perros y gatos, algunos tenían que levantarse a las tres de la mañana para acceder a la vacuna, porque la cola era grande. Es que este es un trabajo de veinticuatro horas, todos los días de la semana.

Crecieron tanto que, en el 2016, llegaron a tener hasta 25 animales en simultáneo. Casi se enloquecen. Empezaron a acudir a diferentes hogares de paso de la ciudad y pagaban la estadía de los

animales con los fondos recolectados. Además, el procedimiento de adopción se fue refinando y fortaleciendo. Los otros profesores se involucraron más y muchos terminaron adoptando y apadrinando perros y gatos. Para ese momento, al apartamento que compartían Andrea y Francisco, había llegado la perra Taichí, una simpática *pug* que se sumó a la manada, y un tiempo después llegó la Señora Gata. Habían vivido tantas cosas juntos, humanos y animales, que el lazo que los unía ya era un vínculo filial. Compartían la vida en las buenas y en las malas, se querían, se apoyaban y se cuidaban mutuamente, eran una familia en todo el sentido de la palabra, una familia multiespecie. Su propia vivencia se volvió inspiradora.

Francisco nunca va a olvidar el día en que rescataron a Eco. —Íbamos a Machetá a la finca de un amigo en una moto, nosotros dos y los dos perros, Mickey y Taichí. Íbamos felices cantando, cuando vi a un perrito enterrado en la cuneta y a unos ciclistas intentando sacarlo. Paramos. El perro estaba fracturado y no podía moverse. Les dijimos, si ustedes pueden hacer llegar el perro al colegio, ya nosotros nos encargamos. Resultó que uno de los ciclistas era profesor de la jornada extendida y nos reconoció y empezó a decirle a los otros: “ellos son los profes

que rescatan perros, es de verdad”. Ahí nos dimos cuenta el impacto que tenía lo que hacíamos. El profesor llevó el perro. Ya en el colegio lo pusimos en una carretilla y empezamos a buscar ayuda. Todo el mundo se sumó. Un veterinario nos regaló la cirugía y, con la plata que habíamos recogido, pagamos las terapias. Luego tocó volver a operarlo y una profesora completó lo que faltaba y terminó adoptando a Eco. Fue muy bonito ver a tanta gente ayudando, significaba que nos habíamos ganado su confianza.

Curricular la experiencia, formalizarla, darle estructura y sustento pedagógico, hasta convertirla en Centro de Interés fue un proceso que duró varios años. Como parte de la estrategia Incitar para la Paz, habían aprendido mucho sobre capacidades, competencias y empoderamiento ciudadano, además Andrea estudiaba una maestría en Currículo y Comunidad y cada vez tenía más herramientas. Se constituyeron como Centro de Interés, Andrea fue destinada por entero a su coordinación y fueron reconocidos como el mejor del año 2015-2016. —Cuando la profesora Deidamia García nos entregó el premio dijo, “Nunca dejen de luchar por lo que sueñan, eso de salvar perros es de valientes”. No voy a olvidar nunca sus palabras —Baby lo dice y sus ojos se llenan de lágrimas emocionadas.

Francisco y Andrea se casaron el 28 de diciembre de 2017, tenían dos gatos y dos perros. Los niños los acompañaron y Taichí fue la dama de honor. Mickey no pudo asistir, llevaba meses enfermo sin poder moverse. Para que no lo dejaran solo en el apartamento, Baby propuso que lo llevaran al colegio y se ofreció a cuidarlo por la mañana, ya que ella estudiaba por la tarde. A pesar de los cuidados, Mickey falleció unos días después. Murió allí mismo, rodeado de amor, en el colegio donde había sido rescatado, cinco años atrás. Fue un golpe duro para todos. Doscientos niños despidieron a Mickey



con flores y agradecieron su existencia. Después de conocer al *schnauzer* gruñón, nadie en el Delia Zapata había vuelto a ser la misma persona. Es increíble lo que unos seres logran hacer en otros.

Amigos de Cuatro Patas continuó cosechando premios y reconocimientos. En el año 2018, el Concejo de Bogotá confirió la mención de honor por la defensa y protección de los animales en el Distrito Capital para los estudiantes del colegio Delia Zapata. En esa ocasión, se destacó “el impulso del animalismo restaurativo como estrategia en la construcción de prácticas de convivencia, cultura y paz, y como pretexto para re-encantar la vida desde las aulas”, así dice el diploma. Se convirtieron en la Fundación Amigos de Cuatro Patas y cuentan, en las mismas instalaciones del colegio, con el hogar de paso que tanto soñaron. Más de 500 perros y gatos han sido protegidos y sus derechos fueron restaurados. En el camino, estos animales cambiaron para mejor la vida

de ocho generaciones de estudiantes, sus familias y sus comunidades. —Aquí encontré mi propio camino de vida. Aprendí que todos estamos en capacidad de hacer algo grande, que una gota de agua no llena el vaso, pero muchas sí, y que si nos unimos podemos hacer cosas muy grandes —dice Angie Farfán, egresada del colegio.

Jaime Ely Casas Ospina, actual rector, cuenta con orgullo que hoy está en marcha un proyecto para ampliar la experiencia a las demás localidades de Bogotá. Esperan que la primera réplica sea en el colegio Friedrich Naumann de Usaquén. Lo que hay es futuro. Aquel puñado de locos soñadores se convirtió en una sólida comunidad que ha hecho del amor por los otros su motor transformador. La profesora

Andrea Murcia tenía razón, los estudiantes fueron capaces de cambiar el mundo, su propio mundo. Ojalá nunca dejen de soñar.

Tatiana Duplat Ayala







Subsecretaría de Calidad y Pertinencia

**iCanta,
Bogotá
Canta!**

¡Canta, Bogotá Canta!

Fueron saliendo de a poquitos. Primero un pequeño grupo de hombres, todos adolescentes, cantó el himno nacional y, desde la primera nota, se hizo evidente que algo extraordinario estaba a punto de ocurrir. —*Oh júbilo inmortal*—. El solista dio un paso al frente, el resto del coro hizo silencio y brotó la voz que inundó todo el espacio. En sus notas, cabalgó Bolívar, fulguraron las espadas y descendieron los centauros; todo en una frase. Los demás respondieron —*mas no es completa gloria, vencer en la batalla*— y clamaron por un país libre y democrático, iluminado por la razón y por las leyes, —*Si el sol alumbra a todos, justicia es libertad*—. Se celebraban 200 años de la independencia y el *Himno nacional de Colombia*, como pocas veces, sonaba lleno de sentido y de significado. No había empezado el concierto y el público ya estaba emocionado.

A medida que transcurría el espectáculo, fueron apareciendo en escena más cantores y cantoras de todas las edades hasta que al final conformaron

En la coral ¡Canta, Bogotá Canta!, miles de estudiantes alzan la voz y dejan constancia de su compromiso irrestricto con sus comunidades, con la ciudad, con el país y con la vida.



un gran coro, uno grandioso. Eran muchos, muchísimos, 520 para ser exactos. Era la coral ¡Canta, Bogotá Canta!, la esperanza de una ciudad hecha voz y canción. El emblemático Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo, uno de los más bellos escenarios de Colombia, estaba a reventar y el concierto era transmitido en vivo a través de Canal Capital. En un momento todos, público y coro, se unieron en un solo clamor por la paz haciendo suyas las palabras del poeta Carlos Castro Saavedra: “Cuando

—Antes hacíamos de todo, hoy también, pero con más formación, más estructurados y profesionales. Nos sentimos más grandes.

el amor sacuda las cadenas y le nazcan dos alas en la espalda, sólo en aquella hora, podrá el hombre decir que tiene patria”. El final fue apoteósico. Al coro se unió un ensamble instrumental y todo alrededor se estremeció —*Colombia soy tu voz, no más llanto, no más miedo. Colombia soy tu voz, libre quiero crecer*—. Sonó la última nota y la palabra *Colombia* quedó flotando en el ambiente. El aplauso se volvió

ovación y se hizo infinito. Así terminaba el Séptimo Gran Concierto de ¡Canta, Bogotá Canta!

Tuvo que ser increíble la sensación de la maestra María Teresa Guillén Becerra. Ella empezó el proyecto de la nada. Ya era una reconocida directora coral cuando, en el año 2012, la buscaron de la Secretaría de Educación del Distrito y le propusieron crear este programa. —Me llamó Óscar Sánchez, en ese momento Secretario de Educación. Estaban implementando el programa 40 x 40, que extendía la jornada y me pide el favor de hacer una muestra para probar si era posible ofrecer la formación coral como Centro de Interés. Yo le dije, “ofrezco mi vida de experiencia y mi método de trabajo”, y eso hice. Nos hemos mantenido durante tres administraciones en el mismo camino y el programa cada vez es más sólido.

Hoy, a punto de cumplir los diez años, ¡Canta, Bogotá Canta! es una fantasía hecha realidad. Ha vinculado a miles de estudiantes y su magia se ha extendido hasta sus familias y comunidades. Además ha transformado por entero la vida de los docentes de música y ha aportado a la consolidación de la cadena creativa en el campo de la formación coral.

¡Canta, Bogotá Canta!, se constituyó como Centro de Interés, esto significa que todos los



estudiantes pueden hacer parte del proceso sin contar con un talento especial. La inclusión es un principio fundante. Este programa concibe acceder a una educación integral como un derecho y que la educación musical es indispensable en la formación de los estudiantes. Con un equipo de siete profesionales, tutores especializados en diferentes ramas de la enseñanza y la interpretación musical y una persona que apoya tareas administrativas, la maestra María Teresa construye el lineamiento pedagógico que se extiende a los colegios.

En este momento, se implementa en 16 instituciones educativas a través de sus docentes, cada uno de ellos acompañado por un tutor. En los colegios, las agrupaciones se organizan por categorías: Pequeños Cantores acoge a los niños más pequeños; Categoría Infantil, niños hasta los doce años y Categoría Juvenil, a los estudiantes de los últimos grados. Cada colegio conforma un coro con representación de sus agrupaciones y se suma al Gran Coro que tiene más de 500 integrantes. Además, está la Coral Representativa que dirige la maestra directamente y con la que se asumen repertorios de gran envergadura. Entre todas las agrupaciones, tejen una densa red que vincula a tutores, docentes,

estudiantes, familias, facultades de música, compositores, arreglistas y auditorios. Lo que se ve en el escenario, que es enorme, es solo un pedacito de esta malla gigantesca anudada a punta de conocimiento, compromiso, confianza, respeto, reconocimiento, afecto y solidaridad.

La primera tarea al iniciar la experiencia consistió en indagar por la situación de los docentes de música. —Se hablaba de los Centros de Interés como una alternativa para devolverles a los niños

Si los conciertos son espectaculares, los ensayos no se quedan atrás.



la educación artística que había salido del currículo —cuenta la maestra. —Algunos colegios sostuvieron la clase de música, otros la fueron quitando y le fueron poniendo otros nombres. Se me ocurrió preguntar cuántos maestros de música había en Bogotá y aparecían como 200, pero cuando fui a ver ellos no enseñaban música porque ya no se daba la materia, estaban dictando otras cosas —. Dignificar el oficio



de los docentes de música se volvió una prioridad y así ha sido hasta hoy; esto abarca desde garantizar las condiciones materiales para que puedan hacer su trabajo, hasta apoyar su formación.

—Cuando llega el proyecto en el 2013, sentí que por fin se reconocía el trabajo que venía haciendo en el colegio con mi grupo vocal e instrumental —cuenta Nidia Ladino, profesora del Instituto Técnico Industrial Francisco José de Caldas. —Ya no era ensayar en las horas de descanso y los sábados y los domingos, como robándole tiempo a las otras materias, sino que se establecieron unas condiciones de trabajo por medio de las horas extras. Se logró organizar y darle importancia a la música. Pudimos acceder a espacios, a equipos, a instrumentos. Antes hacíamos de todo, hoy también, pero con más

formación, más estructurados y profesionales. Nos sentimos más grandes. Nos sentimos con el derecho a decir, a exigir, necesito un sonido y un espacio con estas características. Esto trasciende también a los padres de familia, ellos empezaron a reconocer la importancia de lo que estábamos haciendo. Los papás están aprendiendo a escuchar igual que los otros compañeros y maestros. Ya el coro no es el relleno en el desarrollo del currículo, ocupa su propio lugar en las actividades del colegio, en la ciudad, en el país y fuera de él.

La maestra María Teresa encontró que los docentes no podían aprovechar los



apoyos de la Secretaría para cursar posgrados. Estas ayudas están pensadas para los programas de las facultades de educación y resulta que los posgrados de música dependen de las facultades de artes. Buscó a Alejandro Zuleta del Departamento de Música de la Universidad Javeriana y juntos gestionaron una alianza. Con el apoyo de la Secretaría, lograron graduar en la especialización dos cohortes de profesores. Sin embargo, cuando falleció el maestro, la alianza se disolvió. Otro aspecto que le inquieta es que la cátedra de pedagogía musical ha ido desapareciendo en Colombia. Hay cada vez más intérpretes de instrumentos, pero menos profesores. También ve con inquietud que se ha descuidado la formación en dirección

coral y orquestal pensada para el ámbito escolar, que es muy diferente a la de las escuelas de música. Por eso son tan importantes los tutores de ¡Canta, Bogotá Canta! A través de su labor, el programa busca mitigar esta problemática. Son en total siete maestros especializados: dos pianistas que, además de acompañar a las agrupaciones en los ensayos y presentaciones, tienen una labor pedagógica; dos directores corales graduados; dos profesores con énfasis en canto y uno especializado en didáctica musical para niños pequeños. Es un equipo de lujo.

Si los conciertos son espectaculares, los ensayos no se quedan atrás. Ahora la escena se traslada al salón donde un grupo de niños, niñas y jóvenes trabaja junto a la maestra María Teresa y el equipo de tutores. Preparan su presentación para el



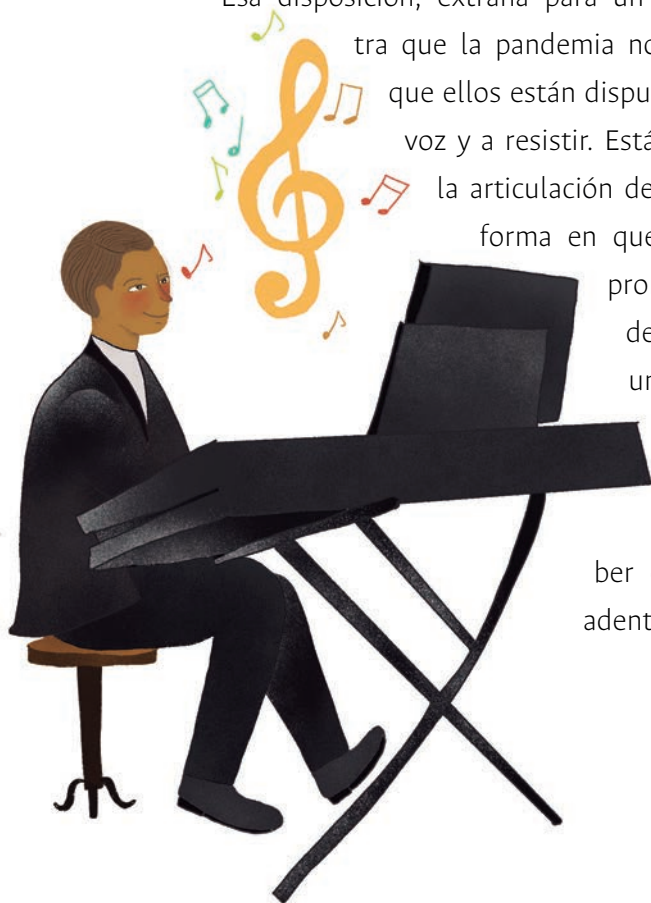
Festival Coral de Santander, un evento de reconocida trayectoria que lleva quince años reuniendo a lo más selecto de la música coral de Colombia y el mundo. ¡Canta, Bogotá Canta! es el invitado de honor. Como al festival no pueden ir los 500 coristas, pues no caben en el escenario y es muy costoso movilizarlos, asistirá la Coral Representativa. Se trata de una agrupación de 30 integrantes que se comportan todos como expertos músicos *ad-ports* de cumplir un compromiso muy importante, así tengan 11, 15 o 17 años.

Ensayan distanciados los unos de los otros. Esa disposición, extraña para un coro, demuestra que la pandemia no ha acabado y que ellos están dispuestos a alzar su voz y a resistir. Están emparejando la articulación de las vocales, la forma en que cada uno las pronuncia. El coro debe sonar como una sola entidad.

Para lograrlo, cada uno tiene que haber explorado muy adentro de su propio

ser. Cantar es aprender a oírse a uno mismo para luego poder escuchar a los demás y fundirse en un solo cuerpo sonoro a varias voces. Cantar en un coro es ser la parte y el todo al mismo tiempo, es compartir con otros la experiencia vital de respirar. Lograr esta profunda comunión requiere mucho trabajo. Cada ensayo deja lecciones para la vida: reconocer los errores, ayudar a los compañeros, dar todo de sí para apoyar la causa común. —Si repetimos y cometemos el mismo error, estamos perdiendo un tiempo muy valioso —dice la maestra. Cambian de pieza y ahora cantan en inglés. —Tenemos que meternos en el espíritu de la canción. Cuidado con la pronunciación, que no tengamos que parar por la fonética. Vamos a la siguiente canción. No se desafinen, arriba, apoyen contraltos. No hemos asumido el reto de cantar esa maravilla de frase, solo suenan blancas, negras y corcheas. Quiero que suene música, quiero oír a mi país en esa frase —el coro reacciona y suena bello:—*Colombia soy tu voz, no más llanto, no más miedo. Colombia soy tu voz, libre quiero crecer —, —¡Eso!, mucho mejor. Muy bien —. Acaba el ensayo y todos tienen esa expresión particular que da el cansancio lleno de satisfacción.*

¡Canta, Bogotá Canta! logró insertarse transversalmente en el currículo. A través de la formación



coral, los estudiantes fortalecen competencias asociadas al bilingüismo, la formación ciudadana y la lectura. —Me baso en los textos de las obras que vamos a trabajar, son nuestro tema de reflexión en el marco de la formación ciudadana. Nos acercamos al contexto geográfico e histórico de la obra. Yo selecciono los repertorios, soy meticulosa con la selección de los textos. Entiendo que uno está aprendiendo una cantidad de cosas al tiempo. Está el ejercicio de voz hablada, declamada y cantada. Hacemos el ejercicio de fonética y dicción en español y en el idioma que abordemos. Mi intención es que todos estos componentes sean aprendizajes para la vida de los niños. No me enfoco en formar músicos, pero sí en que se den unos contenidos de formación integral y se brinden aprendizajes para la vida —dice María Teresa Guillén.

Preparar un concierto de ¡Canta, Bogotá Canta! es algo complejo. Requiere del apoyo de las familias y de un gran compromiso por parte de los niños. Además de estudiar el repertorio hay que gestionar los permisos, el transporte y la alimentación, los uniformes, los accesorios, la escenografía, las carpetas, las partituras, la taquilla, los equipos de amplificación, la iluminación, el registro en video y la transmisión de televisión. Son miles de detalles que

—Para mí, ¡Canta, Bogotá Canta! es como mi huella indeleble, una marca que no se puede borrar.



hay que afinar. La producción de eventos es un oficio especializado y, en este caso, lo asume el equipo de profesores y tutores. La coral se ha presentado en los escenarios más importantes del país, pero cuando actúa en el Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo canta como en casa. Los niños se saben dueños del teatro. Es un empeño de este proceso construir sentimientos de arraigo en los niños hacia las localidades y los territorios, ciertamente lo logra.

Además del gran concierto que hacen cada año organizan el encuentro de coros escolares. Son muchos, muchísimos, pueden llegar a sumar mil niños. —Cada docente pasa con su coro y dirige su agrupación —cuenta Alejandra Murillo, una de las tutoras del programa. —Cada uno se presenta con su grupo y eso es una experiencia bella porque es el único momento donde se ven todos los actores involucrados. A esos encuentros, van desde el corista más pequeño hasta el más grande y todos los papás llenan el auditorio.



Buscamos cinco espacios de ciudad diferentes y, según la ubicación de los colegios, nos distribuimos.

—Este proyecto me enamoró —dice Alejandra. —La música y el canto siempre han sido la excusa para llegar a la gente, a las familias, a los jóvenes; para llegar y hacer comunidad; para emprender, para crecer como personas que socializamos. Ha sido la excusa para expresarnos y para movilizarnos y ser reconocidos. Ha sido un privilegio hacer parte del equipo de la maestra; ver cómo se organiza todo desde sus entrañas; cómo a partir de una reunión, un pensamiento y un deseo empiezan a surgir tantas cosas y a transformarse todo. Por ejemplo está lo de la especialización, recuerdo esas reuniones tan duras y luego ver el grado de estos ocho maestros y decir, se logró, esto sí es posible. Recuerdo ver los niños en 2013 y ahorita ya graduándose, muchos quieren ser cantantes, muchos están estudiando canto lírico en varias universidades, otros estudian

educación artística. Algunos se gradúan, entran a estudiar otras cosas y siguen cantando con nosotros.

—Para mí, ¡Canta, Bogotá Canta! es como mi huella indeleble, una marca que no se puede borrar. Me ha formado musicalmente, me ha impulsado a ser una persona más disciplinada, a valorar el arte, la historia y el patrimonio cultural de mi país. Siempre consideraré a este coro como mi familia —dice Carolina Bustamante, de 16 años. Ella quiere estudiar canto lírico en la universidad y combinarlo con una carrera técnica en administración de empresas. María Gabriela Martínez tiene 13 años y está en la coral desde los 7. —Me encanta descubrir en cada ensayo cómo puedo crecer a través de mi poderosa voz. Aprendemos a ser mejores ciudadanos escuchando a los demás y que es posible cambiar el mundo a través de nuestro canto —. Sergio González tiene 18 años y lleva más de nueve vinculado a la coral. Hoy cursa tercer semestre de canto lírico en la Pontificia Universidad Javeriana y dice que debe su vida a esta experiencia. —En ¡Canta, Bogotá Canta!, todo se hace con amor. Es indescriptible todo lo que ha hecho en mí, me ha permitido estar en los mejores escenarios de Colombia, conocer gente maravillosa, viajar por el país. Es uno de los ejes fundamentales en mi vida tanto por lo que he aprendido como por

lo que he enseñado y por las decisiones que he tomado por estar aquí.

En su propósito de anudar bien todos los lazos de esta red que es ¡Canta, Bogotá Canta!, el programa tiene un lugar de honor para los compositores colombianos. El 50 % de las obras que montan son colombianas, muchas de ellas han sido comisionadas, es decir, encargadas a sus compositores. Es un lujo contar con un repertorio hecho a la medida. Tratándose de una coral infantil y juvenil son muchas las consideraciones a la hora de escoger las piezas. Los niños pequeños solo pueden cantar en

Jorge Alejandro Salazar ha recibido varias veces el encargo de componer obras para ¡Canta, Bogotá Canta! Es el compositor de *Mi país*, aquella canción que le robó lágrimas al público el día en que se celebró el bicentenario de la independencia. —Participé en la convocatoria de los estímulos del Distrito que invitaba a escribir música para los coros juveniles de la Orquesta Filarmónica de Bogotá — cuenta. —La primera canción que compuse se llama *Yo tenía un tiple*. Es todo un reto pensar en el texto. Tiene que ser diáfano, divertido, capaz de despertar sentimientos de bondad y de amor, de admiración

En su propósito de anudar bien todos los lazos de esta red que es ¡Canta, Bogotá Canta!, el programa tiene un lugar de honor para los compositores colombianos.

tonos altos y ciertos intervalos entre nota y nota. Los jóvenes que están cambiando de voz, las voces cambiantes, un día amanecen cantando de una manera y al otro día de otra. Las obras seleccionadas deben responder a estas situaciones particulares. También tienen que ser capaces de comprometer emocionalmente a los coristas. Si se emocionan ellos, es seguro que lograrán conmover a los demás.

hacia la naturaleza. Salí ganador del concurso ese año. Después volvieron a hacer la convocatoria y yo volví a ganar. Los coros empezaron a cantar *Yo tenía un tiple*. Cuando vi que los niños se gozaban esa canción fue muy emocionante. Algo que yo había creado solo en la intimidad de mi estudio, era capaz de llegarle a ellos. Ahí fue que la maestra María Teresa me llamó — cuenta.

Para el compositor, lo más gratificante es constatar la calidad de la interpretación que la coral hace de su obra. —Es tan riguroso el trabajo de la coral que interpreta la obra tal y como yo la escribo. Yo escucho al pianista, Amín Carrillo, y él toca todo lo que yo escribo, cosa que no es fácil, mis acompañamientos son exigentes. Después de que escribo la obra, recibo todo el *feedback* y vamos ajustando. Escribir para las voces cambiantes es todo un reto, su registro es muy limitado. Hay que tratarlos gentilmente, porque se les puede hacer daño ya que están en un momento muy especial —. Cuando los niños conocieron al maestro Jorge Alejandro Salazar fue maravilloso. Lo trataron con la admiración de quienes conocían su obra desde las entrañas porque para cantarla habían tenido que desmenuzarla nota a nota. Al terminar, le pidieron que firmara sus partituras y fue como si hubieran sellado una alianza para el resto de sus días.

La Coral Representativa cerró la gala del festival en Santander. Esa noche los 30 coristas cantaron distanciados y con el tapabocas puesto, su mensaje llegó fuerte y claro, no estaban dispuestos a

callar aunque tuvieran que cantar con la boca tapada. Esa convicción, esa necesidad vital de expresar a través del canto una manera de estar en el mundo es lo que los hace cantores y cantoras. Lo que hicieron en Bucaramanga fue impecable. Cada uno llevaba en su voz el espíritu de miles de personas entrelazadas por el sencillo y sublime propósito de hacer música. Cada uno de ellos era a la vez todos los demás: una comunidad, una localidad, una ciudad y un país. Cuando terminó la función y se apagó la luz del auditorio aún retumbaba el eco de sus voces y, en ellas, el anhelo de una nación que se merece un mejor presente. ¡Canta, Bogotá Canta! es la constatación de que es posible.

—Yo canto a mi país, tierra de caña y mar. Yo canto a mi país, de verdes valles y montañas. De mil colores soy, hecho de lluvia y sol. Y mis campos son llenos de palmas, flores y cafetales. Colombia, yo soy Colombia. Colombia soy tu voz, no más llanto, no más miedo. Colombia soy tu voz, libre quiero crecer. Yo canto a mi país, Colombia.

Tatiana Duplat Ayala







Colegio Rural José Celestino Mutis IED

Tejiendo sueños

Tejiendo sueños

Diana Baracaldo es una de las tejedoras estrella del colegio rural José Celestino Mutis. Tiene 20 años y es una de las niñas que tienen necesidades especiales de educación. Está en grado octavo. Es huérfana de padre y madre desde los 15 años y, desde entonces, su hermano mayor se ha encargado de ella, un santo para un ángel. En el colegio, Dianita es toda una institución porque ella es de las socias fundadoras del programa Tejiendo sueños. Conoce perfectamente el proceso del tejido en todas sus etapas, desde que la lana le sirve de cobija a las ovejas. Vive tan orgullosa de sus logros que hasta le enseña a los nuevos compañeros y compañeras que quieren aprender. A lo largo de los últimos cuatro años, ha mejorado su motricidad. Es capaz de concentrarse por largo tiempo en una sola tarea y sin duda se siente más feliz con ella misma.

El colegio rural José Celestino Mutis queda en el kilómetro 10 de la vía que conduce a Quiba,



En la zona rural de Ciudad Bolívar, un colegio tiene una granja. Allí, con la lana que producen las ovejas, se tejen los sueños de los estudiantes, sus familias y sus comunidades.



Tejer es uno de los oficios más antiguos de la humanidad y quizás uno de los más dichosos. Las personas que tejen aseguran que les produce tranquilidad y paz.

esa vereda rural bogotana, vecina del páramo de Sumapaz. El colegio está enclavado sobre la montaña en el franco sur con relación a la gran ciudad. Es enorme, tanto en su planta física construida como en los terrenos que tiene. Desde cualquier salón se ven las montañas y, en ellas como en una pintura bucólica del Renacimiento, las ovejitas por ahí pastando. El rector del colegio, Carlos Arturo López Cuervo, ha hecho todo lo que está a su alcance para que el colegio se enorgullezca de su vocación rural. Desde que llegó, comenzó con los proyectos ambientales: un sistema de biofiltros para el tratamiento de las aguas no tratadas, que además de ser una experiencia pedagógica sin igual para los estudiantes, les ha servido para poder tener la autonomía hídrica suficiente para la granja agroecológica que lograron construir entre todos. Tienen cuatro huertas, más de 100 gallinas, cabras, conejos y cuyes. Es un verdadero divertimento para todos.

También tuvo la gran idea de tener ovejas, entre otras cosas, porque desde el colegio se está adelantando un proyecto de mejoramiento genético de los rebaños de los pequeños productores de la localidad. Pero las ovejas en el colegio tienen un rosario de valores agregados: solo verlas por ahí pastando es un síntoma de que todo alrededor está bien, producen una paz espiritual; también permiten que los estudiantes aprendan todo lo concerniente al cuidado de estos animales tan nobles; que se conecten con la tradición y con las costumbres campesinas; y las 20 ovejas que tienen son las encargadas de mantener los pastos podados todo el tiempo, es decir, que desde que hay ovejas no se volvió a pagar por guadañar los potreros. Por si todo lo anterior suena poco, con las ovejas comenzaron el proyecto Tejiendo sueños.

La profesora María Bernarda Niño Vargas es Licenciada en Educación Especial. Desde que llegó al colegio en 2014 quiso implementar un proyecto de manualidades para todos los niños con necesidades especiales de educación. Quería sobre todo



enseñarles a tejer porque ella misma es consciente del poder terapéutico del tejido. Pero solo hasta que llegó Carlos Arturo a la rectoría pudo empezar de verdad el programa. La única exigencia que hizo el rector fue que hicieran el proceso desde el comienzo, desde las ovejitas y la esquilada. Comenzaron a vincular a los padres de familia que tuvieran experiencia. Incluso trajeron a una tejedora profesional de Lenguazaque para que les explicara todo. El rector, además, compró rucacas, husos, pesas y todo lo indispensable para que el proyecto comenzara con el impulso necesario. —Los niños aprendieron todo sobre la lana y eso fue muy bonito —dice María Bernarda. Claro que lo fue. Pudieron ir a ver cómo se esquilaba una oveja. Luego aprendieron a seleccionar y separar los distintos tipos de lana, un proceso al que le llaman escarmenado, tan antiguo como las ovejas en el mundo; y después aprendieron a lavarla, a teñirla con tintes naturales y cardarla para el hilado con husos manuales, de los mismos que han usado en Mongolia y en los Alpes, en Cuzco y La Guajira. Cuando los niños están hilando parecen monjes lamas en pleno trance de iluminación. Con una mano, le dan vueltas al huso y con la otra van pasando la lana suelta hasta

convertirla en un hilo. Después viene el trenzado de los hilos para hacerlos más fuertes, un proceso que obligatoriamente tiene que hacerse entre dos personas como mínimo.

Dianita Baracaldo es de las más expertas. Siente un poco de vergüenza cuando las maestras dicen que ella es la verdadera profesora de tejido y lo es. Se concentra perfectamente en cada una de esas labores y cuando la lana está hilada en madejas de colores, saca las dos agujas o la aguja de croché, dependiendo de lo que quiera hacer ese día. Es especialista en hacer pescuezos para el frío. Diana está perfeccionando su técnica para empezar a vender sus productos y ayudarle a su hermano con los gastos de la casa. Eso quiere ella.

Tejer es uno de los oficios más antiguos de la humanidad y quizás uno de los más dichosos. Las personas que tejen aseguran que les produce tranquilidad y paz. Tan popular es esta creencia en el mundo entero,



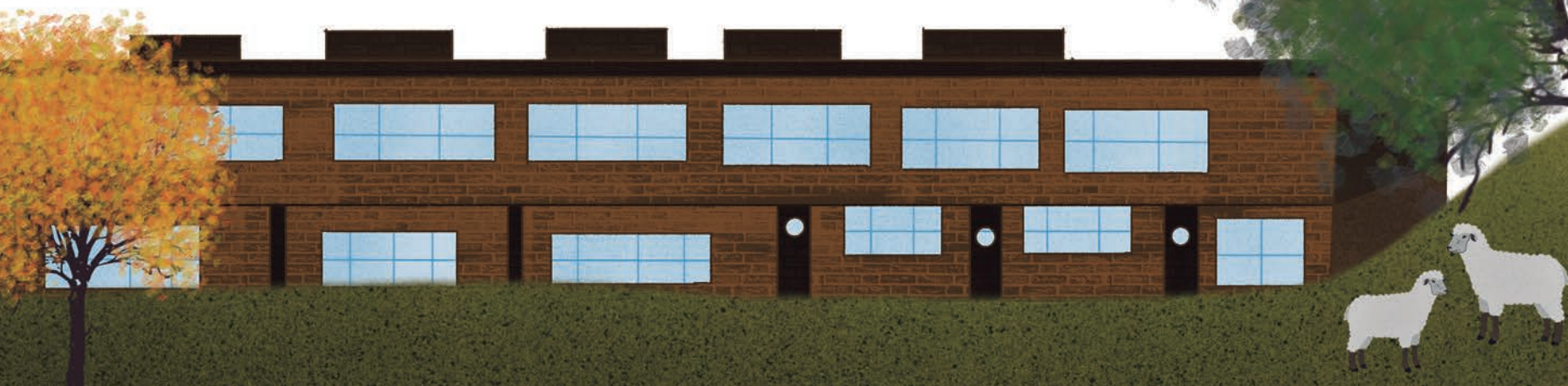
Tejiendo sueños



que el tejido ha sido usado para tratar los duelos y la depresión; para la tristeza y la ansiedad. En los hospitales de campaña de la Primera Guerra Mundial, usaron clases de tejido para que los heridos pudieran salir de un estado permanente de ansiedad y miedo a la muerte; también en cárceles y sanatorios. Parece ser que repetir el mismo movimiento una y otra vez, el punto y la cadeneta, opera de la misma manera que recitar un mantra y que, como cualquier mantra, tiene la función de llevar paz al corazón y al alma. El gran filósofo coreano, Byung Chul Han, dice que las repeticiones tanto de palabras como de actos hacen que la atención se estabilice y que se haga más profunda. Aprender de memoria se dice en francés *apprendre par cœur* y si se tradujera textualmente significaría aprender con el corazón. Así que por transitividad el oficio de tejer es algo que se aprende con el corazón. En un aparte del libro *El mensaje está en el tejido*, de Annuska Angulo y Miriam Mabel Martínez, una especie de ensayo apasionado sobre el oficio de tejer, se dice que:

Tejer significa reconocer la importancia del pequeño punto, del nudo individual, del instante que se deja ir, de la inmensidad de lo insignificante. No es gran cosa, pero al mismo tiempo lo es, porque tejer nos regresa a la realidad cotidiana más tranquilos, más sabios y más comprensivos. Tejer no tiene el respaldo de una religión (como el budismo) o de una filosofía milenaria (como el yoga), pero los efectos sobre las neuronas son muy similares a los que provocan el yoga y la meditación.

Quizá por todo esto es que no solo los niños de inclusión son los únicos benefactores del programa. En realidad, parece que Tejiendo sueños ha influido positivamente sobre el temperamento del colegio. Todo el mundo tiene una sonrisa



engatillada que a veces se les desprende sin motivo aparente. Karol Andrea Suárez es otra de las maestras entregadas a este proyecto. Su vida es como un milagro: su madre quedó embarazada cuando todos los indicios médicos decían que no podía tener hijos. También es una profesional tardía porque cuando salió de bachillerato se metió a trabajar. A los 22, quedó huérfana de su madre y comenzó a

estudiar Licenciatura en Pedagogía y psicología. Desde que terminó está interesada por la suerte de las poblaciones más vulnerables. Trabajó con los hijos de las trabajadoras sexuales del barrio Santafé, con menores infractores y hasta estuvo en la república de Chile trabajando con la juventud desamparada. Cuando decidió que su camino era la

docencia eligió como primera opción una escuela rural de Quiba porque tenía bonitos recuerdos de ese lugar. A los 15 años, organizó un proyecto ecológico con Ecobarrios en Sierra Morena. Tenían que ir a todas partes, incluso a Quiba, que desde entonces se le quedó en el corazón. No le salió Quiba pero la nombraron en el José Celestino Mutis, en la vía a Quiba, en un colegio rural lleno de proyectos ecológicos; cosas del destino, que no hace acuerdos, como diría Borges.

Karol es la orientadora de preescolar y de inclusión de todo el colegio. En el José Celestino Mutis, las condiciones especiales de audición son las únicas que no se pueden atender porque necesitan maestros traductores al lenguaje de señas, pero se toman todas las demás acciones que garantizan los derechos de los niños: asistencia psicosocial, prevención de problemas familiares, de abuso, de consumo, lo académico, dificultades del aprendizaje, de baja visión, pero no ceguera. Todo esto forma parte de los



avances en la política de inclusión del país en general y del Distrito capital en particular. Antes la atención a los niños con necesidades especiales se hacía de manera aislada, después vino la atención especializada con énfasis en lo hospitalario, luego la atención en institutos aparte y ahora llegó el momento en que todos los niños están en las mismas aulas de clase con atención diferencial de ser necesario.

Este es el único colegio que tiene orientadora de inclusión además de las educadoras especiales,



es decir, que puede dedicar mucho más tiempo tanto a los niños como a sus familias. Hay familias que se resisten a creer que sus hijos tienen necesidades especiales de educación. Lo niegan tanto que es necesario hacer un trabajo especial con ellas. Para esos casos y todos los demás está Karol, que se ha acomodado tan bien al programa de Tejiendo sueños que prácticamente vive en el colegio. Ella vive a escasas cuatro cuadras del límite occidental de la ciudad. Para llegar al colegio, debe esperar la ruta a las 5:30 a. m., en la avenida Primero de Mayo con avenida Boyacá. Aunque bien podría estar de regreso en la ruta de las 12:45 p. m., casi siempre se baja en la de las 3:00 o a las 5:30 p. m. La profe María Bernarda es casi tanto o más entregada. Vive en Madrid, y es una verdadera genia del tejido. —Ella nos regaló el amor por el proyecto —dice Karol. María Bernarda es única e irrepetible. Resulta increíble que José Celestino Mutis, por allá en 1760, haya encontrado y clasificado la *Barnadesia*, originaria de América del Sur, y que algunas personas de los páramos cercanos a la sabana de Bogotá la llamen *Bernadesia*, una flor hermosa, única y originaria como María Bernarda.

Desde que comenzó el programa ha dado resultados que saltan a la vista y no solo es el caso de Dianita Baracaldo. Hace un par de años, tenían



a Breiner Tenjo, un niño con parálisis cerebral que afectaba sobre todo los movimientos de sus brazos. —Al poco tiempo de estar en el programa sus brazos y sus manos empezaron a responder, y en solo seis meses sus manos respondían con dedicación las órdenes de la lana, sobre todo cuando escarmenaba—. Esa labor tan antigua como el hombre: estirar la lana, quitarle las impurezas y clasificarla por sus hebras... que si son cafés o con visos dorados, que si son ámbar o blanquecinas, que sin son robustas o delgadas. Escarmenar es estar en contacto directo con el tiempo. Como la lana de las ovejas crece durante el año, en sus bucles abullonados se amontonan los días y los segundos, las semanas y las horas. Escarmenar es sentir el tiempo entre los dedos.

Nasly Gamboa Contreras, nació en Barrancabermeja. Estudió licenciatura en Educación especial en Pamplona, esa ciudad universitaria del Norte de Santander. Llegó al colegio en 2019 para trabajar con inclusión, se encontró con el proyecto y hace parte del equipo que teje sueños. Le ha impresionado sobre todo que algunos estudiantes con déficit de atención logren concentrarse durante una o dos horas en el oficio.

—Valentina y Saira, por ejemplo, que tienen déficit cognitivo moderado, es decir, que si hoy les

Como la lana de las ovejas crece durante el año, en sus bucles abullonados se amontonan los días y los segundos, las semanas y las horas. Escarmenar es sentir el tiempo entre los dedos.

enseñas algo mañana ya no existe en su cabeza, cuando se trata de tejer recuerdan cada uno de los pasos. Hilan y tejen como cualquiera. Su cuerpo tiene memoria —dice Nasly mientras le da vuelta a la rueca como todos en el salón.

Mientras la profe Nasly habla, Valentina sonríe de medio lado sin dejar de buscar el rastro del tiempo en la lana. Parece que solo recuerda momentos felices. En medio de aquel salón del segundo piso, las chicas y los chicos a veces cantan mientras tejen o conversan sobre su vida diaria porque el tejido es así. Las manos tejen mientras la mente se abandona a sus caprichos. Sucede entonces la magia de la cotidianidad, la que se cuenta, la que se analiza, la que se recuerda. Existen millones de poemas dedicados a las tejedoras porque todo el mundo encuentra verdades fundamentales en este oficio. Uno



El día a día en el colegio sería la envidia de Tom Sawyer, ese joven personaje aventurero de Mark Twain. Todo parece diseñado por la caprichosa imaginación de un niño.

de ellos, reposa en la Casa Silva a nombre de Jaime Villa Solano. Es un dístico de toma y dame: “¿Qué tienen las damas que danzan y danzan con los ojos idos sobre las barandas? / Alguna quimera que tejen y rajan en su espera antigua de madonas santas”.

Diana Baracaldo está en octavo. Cuando llegue a décimo grado, seguramente las profes comenzarán a dirigir sus pasos para que sea una de las operadoras turísticas locales, que es uno de los énfasis del colegio. Si proyectamos ese sueño tejido en el tiempo, seguramente podremos visitar el colegio o las montañas de Mochuelo con la guía experta de Diana o Valentina entre los muchos estudiantes que quisieran ser guías. Dice el rector Carlos Arturo en un video: “Buscamos vincular a los estudiantes con la realidad de la ruralidad a través de programas como operadores turísticos locales para que puedan darse

cuenta de que hay otras formas de poder generar ingresos para poder mantenerse en la ruralidad”.

Es un grandioso punto a favor que el colegio fortalezca los motivos para estar orgullosos de esa ruralidad, a tal punto de que nadie quiera migrar a la ciudad, a ninguna, porque su manera de estar en el mundo es cada día más envidiable por todos los habitantes de las ciudades. Entre las cuatro líneas de especialización media que tiene el colegio, también está Tecnología ambiental.

El día a día en el colegio sería la envidia de Tom Sawyer, ese joven personaje aventurero de Mark Twain. Todo parece diseñado por la caprichosa imaginación de un niño. Cuando uno entra al colegio, lo reciben cuatro perros adoptados, enormes y dichosos, que parecen tener unas ganas incontrolables de mostrar cada rincón del colegio. Marquesa es una de las consentidas. Es una perra negra que se la pasa yendo y viniendo como si llevara y trajera razones. Casi siempre está acompañando a los niños a regar las huertas de hortalizas, a revisar el sistema de aguas, a darle de comer a los patos, a mirarle los ojos al conejito, a acariciar las ovejas, a recoger los huevos de las ponedoras o a decirle buenos días al cuy. Las ocupaciones diarias de los niños del José Celestino Mutis son las mismas por las que algunos niños del



país tienen que pagar por ver, como en esos parques temáticos en donde un niño puede ver por primera vez una oveja, acariciar un chivo, darle de comer a un pato o cosechar una lechuga. Hace unos veinte años, una recreadora les pidió un dibujo de un pollo a los niños de un conjunto de edificios y casi se va de espaldas cuando constató que todos los niños pintaron una presa de pollo asado sencillamente porque ninguno conocía un pollo de verdad.

Los niños tejedores del colegio no solo tejen, sino que conocen las ovejitas de donde salió la lana. Estuvieron presentes el día en que les quitaron el abrigo y en todo el proceso. Durante la pandemia fue muy difícil para todos porque no podían tener lana. Pero las profes se inventaron la manera de que el proyecto continuara. Empezaron a trabajar con

bolsas plásticas recicladas. Les enseñaron a sacar fibras para ovillarlas. Le dicen lana acrílica y hoy en día es la que usan los aprendices.

El famoso doctor Doolittle, ese personaje de ficción que hablaba con los animales, estaría a sus anchas en el colegio José Celestino Mutis. Cualquier conversación cotidiana sería más o menos así. Es sabido por todos que los animales y las plantas hablan entre ellos cuando están a solas. Están felices la mayor parte del año. —Nos divertimos mucho con los niños, paseamos por todo el colegio, comemos lo que queremos, en fin —dice una de las ovejas mayores, la que no se queja porque les roban las cobijas cada año. Los patos solo piden un espacio más grande y las gallinas que al menos las dejen criar a uno de sus pollitos. —Todavía no sabemos

Los niños tejedores del colegio no solo tejen, sino que conocen las ovejitas de donde salió la lana. Estuvieron presentes el día en que les quitaron el abrigo y en todo el proceso.



qué hacen con nuestros hijos —dice la mandamás. La lechuga vive sonriente, siempre y cuando le mantengan a Paco, el conejo, lejitos. —Porque estoy segura de que si me descuido Paco hace una ensalada conmigo y con las zanahorias —. Marquesa, la dueña y señora de todos los potreros, siempre les dice que no se quejen tanto, que más bien admiren el lugar donde se encuentran y cómo las tratan porque Marquesa ha sido educada y consentida por la personerita del colegio, Laura Méndez.

El proyecto Tejiendo sueños ha sido reseñado incluso por canales de televisión. Salieron en un noticiero todas, toditas, hasta las ovejas. Las niñas de inclusión fueron las estrellas de la nota periodística, una nota, que fue replicada por los vecinos, por los

padres de familia, por los hermanos, por los profes, por toda la comunidad educativa. Aquellas niñas y niños con sus tejidos se sintieron una vez más tan importantes, necesarios e irrepetibles como cuando en el colegio se hacen ferias para mostrar los productos que tejen.

Cuando las niñas y los niños tejen en aquel salón del segundo piso del colegio, se instala en el espacio un ambiente casi místico. Sagradas son las manos que ovillan, que trenzan, que hilan y tejen; sagrados, esos movimientos en el tiempo por esenciales, esos movimientos repetidos por todas las

Dianas y las Jimenas y los Mateos y los Simones por los siglos de los siglos.

Cristian Valencia







Colegio Técnico José Félix Restrepo IED

Iguales en la diferencia

Iguales en la diferencia

En el barrio Sociego de la localidad de San Cristóbal, hay un espacio sagrado. Así lo reconocen los vecinos del sector, los comerciantes y hasta los soldados de un batallón de mantenimiento ubicado en plena calle 19 sur. El lugar, que parece que funcionara las 24 horas del día, le abre sus puertas sin condiciones a quien tenga el deseo de estudiar y de ir tras sueños que en algún momento parecieron esquivos.

Allí se respeta siempre una filosofía: todos somos iguales desde la diferencia. No hay mejores ni peores, no hay etiquetas, no hay prejuicios. Hay afecto, comprensión, valores, solidaridad y puro trabajo en equipo para sacar adelante los proyectos. Es como si fuera una Colombia pequeña, diversa y multicultural en la que el concepto de inclusión adquiere un valor cada vez más potente.

Ese espacio sagrado es el colegio Técnico José Félix Restrepo, una institución que tiene claro su objetivo: formar líderes en transformación social. Su



En San Cristóbal, hay un colegio que cree en la inclusión y en las segundas oportunidades. Los estudiantes y docentes se han dedicado a derribar barreras y prejuicios, y han demostrado que todos somos iguales en la diferencia.



—el que no vive para servir, no sirve para vivir.

historia comenzó a principios de los años 80 y desde sus inicios le apostó a la educación inclusiva. Por allá en 1983, empezó a recibir a los primeros estudiantes con discapacidad visual, quienes se graduaron en 1989. Este trabajo definió su hoja de ruta y a finales de los años 90 el colegio ya era el encargado de realizar el proceso de inclusión educativa de los estudiantes con discapacidad visual de toda la localidad de San Cristóbal. Se convirtió en un referente.

Hoy el José Félix, como se le conoce en el barrio, cuenta con once líneas de inclusión que involucran a estudiantes con discapacidad visual, intelectual o múltiple, adultos o jóvenes en extraedad, adultos mayores, personas que fueron víctimas del conflicto armado, personas que habitan o habitaron la calle, hombres y mujeres privadas de la libertad, soldados, madres cabeza de hogar o quienes tienen talentos excepcionales. —Todos tenemos los mismos derechos y el derecho a la educación es sagrado. Acá lo entendemos así y todos los días trabajamos para abrirle las puertas de nuestra escuela a quien la necesite. Por eso y para eso nos hicimos

maestros —cuenta Jimmy Alexander Giraldo, rector del colegio.

Su trayectoria como docente empezó a finales de los años 90 y durante dieciocho años trabajó en colegios del sector privado. Sin embargo, por esas reflexiones que se gestan a partir de premoniciones, en el año 2015, quiso apostarle a la educación pública y se le midió al reto de liderar el colegio José Félix Restrepo. No se arrepiente. —Cuando llegué nadie creía que un profe que venía del sector privado tomara las riendas de esta institución, pero me encontré con un gran grupo de maestras y maestros —recuerda. En ese periodo, como fruto del esfuerzo colectivo, terminaron de diseñar e implementaron el Proyecto Educativo Institucional (PEI), del que nació el proyecto de Líderes en Transformación Social y muchas de las líneas de inclusión que hoy por hoy están en marcha.

—Queríamos ser más incluyentes —agrega con seguridad. Para él, dicha filosofía no es un mero discurso político, sino una práctica real, un ejercicio pedagógico que ha sido posible gracias a un fuerte trabajo en equipo que cada día trae las mejores recompensas. —Alguna vez se nos unieron a la jornada nocturna personas que habían integrado grupos paramilitares y grupos guerrilleros, adultos mayores,

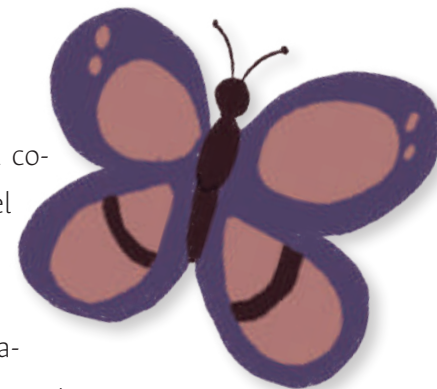


estudiantes que tenían alguna discapacidad y otros que habían sufrido de violencia de género; todos en un mismo salón en torno a un objetivo: estudiar. Y había algo más maravilloso, en la mañana las hijas e hijos de esas personas también compartían clase —cuenta con el corazón hinchado.

Al rector Jimmy, le rodea un grupo de docentes maravillosos, apasionados, humanistas y con una vocación de servicio propia de quienes con paciencia dedican su vida a enseñar. Una de ellas es la profe Patricia Rico, quien dirige el programa Educación responsable, única, realista, emprendedora y transformadora (Eduret), que tiene como principio conformar grupos heterogéneos y a su vez formar estudiantes autónomos, emprendedores, que puedan aplicar los conocimientos en su cotidianidad y de esa manera transformar su vida, la de sus familias y su entorno, es decir, ser líderes en todo el sentido de la palabra. Lo que más valora del colegio donde trabaja es que es un escenario en el que se escucha y donde se prioriza el ser humano con sus emociones e identidades por encima de las calificaciones. —Acá se pueden romper paradigmas, romper esquemas. En la jornada nocturna el estudiante es su principal evaluador y allí ya hay un cambio profundo, pues no se mide a la persona como si fuera un número más —cuenta.

La profe Patricia llegó al colegio hace diez años y desde el primer día se metió de lleno en los proyectos de inclusión, primero con estudiantes con discapacidad visual. —Mis ganas de aportar eran tantas que me empecé a capacitar a punta de tutoriales en Internet. Así aprendí braille —narra. Luego pasó a la jornada nocturna para trabajar con otras poblaciones y hacerle frente al fenómeno de deserción escolar que por ese tiempo estaba afectando los procesos. Quería convencer a sus estudiantes de que el camino más seguro que puede recorrer una persona es el de la educación.

Así convenció a Jeisson Peña de retornar a la escuela. Jeisson había sido su alumno en la primaria, sin embargo, abandonó el colegio a los 15 años luego de enterarse que iba a ser papá. Varios años después



Para hacer posible que estudiantes de realidades tan distintas puedan retornar y permanecer en la escuela, el profe Abel juega un papel importante.



Hogar de PASO Día-Noche
BAKATÁ

Atención a ciudadanos habitantes de calle



Patricia lo contactó y lo invitó a su grupo de la jornada nocturna. —Él regresó con mucho entusiasmo, terminó el bachillerato y gracias a la formación en liderazgo que acá implementamos se convirtió en uno de los tutores de grupo. Producto de esa experiencia Jeisson inició un emprendimiento del cual hoy vive y en el que incluso les da trabajo a estudiantes del José Félix —indica orgullosa la profe.

Otro de los docentes que hace posible este sueño es Abel Núñez, quien con voz pausada y con la contundencia de una frase resume su labor: —el que no vive para servir, no sirve para vivir —. Esa es su convicción, una certeza que reconfirma su nobleza y la de sus compañeros a fin de cuentas, ¿qué otro propósito es más noble que el de ser maestro?

Abel es uno de los coordinadores del colegio. Es filósofo y al preguntarle si su labor lo ha hecho una mejor persona responde tajantemente: —no creo en eso de mejores y peores, creo en los seres humanos, sin etiquetas —. Admite, eso sí, que desde que hace parte de este proyecto de inclusión es más sensible, más introspectivo, más cercano al otro. —Todos merecen nuestro respeto y atención no importa si es ecuatoriano, venezolano, francés, italiano, si vive en la calle o en una mansión. Todos son seres humanos maravillosos, personas únicas —expresa.

Para hacer posible que estudiantes de realidades tan distintas puedan retornar y permanecer en la escuela, el profe Abel juega un papel importante. En el día, coordina las acciones pedagógicas





a emprender con estudiantes que tienen discapacidad visual o algún déficit cognitivo. En la noche, está al frente de todos los procesos y no se le escapa el detalle más mínimo. Al principio y final de cada jornada, se ubica en la puerta del colegio para recibir y despedir a sus estudiantes, organiza las reuniones con los docentes, brinda atención individual a los alumnos, gestiona las solicitudes de cupo de quienes desean estudiar en la jornada nocturna y flexibiliza los procesos académicos.

Además, es el encargado de llevar con armonía las relaciones que la Secretaría de Educación del Distrito sostiene con diferentes instituciones o entidades para garantizarle el derecho a la educación a poblaciones específicas. —Por ejemplo, si son

personas que están privadas de la libertad, se trabaja en conjunto con la Secretaría Distrital de Seguridad; si son personas que habitan la calle, debemos articularnos con la Secretaría Distrital de Integración Social, cada grupo o población nos exige una dinámica diferente —explica.

En los casos en los que los estudiantes no pueden ir al colegio de manera presencial por su situación, se realizan convenios con instituciones externas para que sus docentes se desplacen hasta el lugar que sea necesario con el fin de brindar el servicio. El colegio José Félix, por su parte, es el encargado de supervisar que el proceso se lleve a cabo con todo el rigor. —Estamos en todos los frentes. Con cada profe y con cada entidad hay acuerdos diferentes,





El destino quería que yo viviera y son esas las señales que no se deben ignorar.

las realidades se van modificando según la necesidad de los estudiantes y permanentemente estamos en diálogo con quien necesita nuestra ayuda —dijo Abel. Actualmente, el colegio cuenta con cerca de 400 alumnos que hacen parte de los diferentes programas de inclusión. Sin embargo, ha habido periodos en los que esa cifra ha llegado hasta los 1250 estudiantes, 1250 vidas transformadas, 1250 sueños por cumplir, 1250 motivos para continuar.

Para lograrlo, el colegio José Félix Restrepo funciona 16 horas al día. Su trabajo no finaliza con la puesta del sol, por el contrario, adquiere una vitalidad especial cuando llega la noche y los pasillos y aulas de clase son copados por estudiantes diversos con un objetivo colectivo: aprender. Doña Cielo Arias está en ciclo 6 y su entusiasmo contagia, tal vez porque está a solo un mes de culminar su bachillerato. Decidió terminar sus estudios cuando su hijo menor se graduó de once. —Ahora que mis retoños se me crecieron tengo más tiempo para mí y debo aprovecharlo. Siempre quise terminar la

secundaria y esta es una gran oportunidad. El profe Abel me ayudó para que me pudiera matricular acá, así como en su momento me colaboró con la matrícula de mis hijos y hasta con algunos de mis nietos. Por eso quiero tanto a esta institución, al rector y a los profes —nos cuenta entre risas.

A pesar de que las realidades de sus estudiantes son muy diferentes, durante la noche, se percibe un ambiente de unidad en el colegio Técnico José Félix Restrepo. Ese es uno de los logros que más valoran Jimmy, Patricia y Abel, el “cambio de chip” como ellos lo llaman. —A punta de esfuerzo, de persistencia y de trabajo continuo hemos logrado una transformación cultural. Acá todos se respetan desde la diferencia. Saben que, aunque somos distintos, todos tenemos los mismos derechos. Si nuestra sociedad pudiera alcanzar un objetivo similar, la ciudad y el país mejorarían considerablemente, viviríamos en paz —agrega el rector.

Como en este espacio sagrado la educación inclusiva no es solo un discurso político, todas y todos tienen cabida sin condiciones. Por ello, uno de los programas que ha tomado más fuerza durante los últimos años involucra a personas que habitan o habitaron la calle y hace parte de la línea de inclusión Educación para jóvenes adultos. En este, no solo colaboran



la Secretaría de Educación del Distrito y el colegio Técnico José Félix Restrepo, sino también la Secretaría Distrital de Integración Social a través de los Círculos Preparatorios Integrales de Aprendizaje (Cipreia). Es un trabajo en equipo que envía un mensaje poderoso: todos merecemos una segunda oportunidad.

Alexander Mahecha es prueba de ello. Habitó la calle por cerca de diecisiete años, la abandonó cuando su cuerpo le dijo que no podía aguantar más, después se puso a estudiar y hoy trabaja con la Secretaría Distrital de Integración Social en la estrategia de prevención de habitabilidad en calle de la subdirección para la adultez. Así parece fácil, pero el camino que recorrió fue tan largo que no lo considera como un simple cambio, sino como todo un acto de redención en el que la educación tuvo un efecto sinigual.

Mientras el planeta se preparaba para afrontar el nuevo milenio, Alex abandonó todo aquello que conocía: sus libros, los Rolling Stones, Led Zeppelin, The Cure, el fútbol, Millonarios, sus *hobbies*, a sus amigos y hasta a su familia, todo por caer en la trampa del bazuco, la sustancia tóxica más popular entre los ciudadanos de la calle y que, como pocas, genera una gran dependencia y adicción entre quienes la consumen. Ese fue su talón de Aquiles, el que lo llevó a vivir una vida en la que los días no

existían, solo la ansiedad por conseguir una nueva dosis a toda costa.

Durante esos diecisiete años, se jugó la vida cada minuto. Recuerda una anécdota en particular, una noche en la que se encontraba en una de las “ollas” de la ciudad y ocurrió un tiroteo. —Estaba tan desorientado que me perdí del sitio que estaba buscando, caminé por varios minutos y luego escuché los disparos. Resulta que siete personas fallecieron justo en ese lugar al que yo no pude llegar. Si no me hubiera perdido, tal vez hubiera sido una víctima más. El destino quería que yo viviera y son esas las señales que no se deben ignorar —cuenta. Pero el punto de inflexión ocurrió siete años más tarde, en 2017, con otra señal de alerta esta vez proveniente de su cuerpo que empezó a enfermarse. La tos

Uno de los programas que ha tomado más fuerza durante los últimos años involucra a personas que habitan o habitaron la calle y hace parte de la línea de inclusión Educación para jóvenes adultos.

lo aquejaba cada minuto sin cesar. —Ya ni siquiera podía fumar. Tenía principios de Epoc, una enfermedad pulmonar inflamatoria crónica —recuerda. En ese momento, se dio cuenta que si quería seguir viviendo, debía tener una voluntad enorme y dejar de consumir. Así empezó la redención.

Con la ayuda de una de sus hermanas, volvió a quedarse en casa, así fuera uno que otro día. Sintió de nuevo el afecto del hogar, de sus seres queridos. En compañía de ellos, vio de nuevo a su equipo favorito, Millonarios, esa tarde de domingo en la que le ganó una final a Santa Fe. Iba y venía. Una noche se quedaba en la calle y otra en casa, pero no consumía. Así duró tres meses hasta que le pidió ayuda a su hermana para empezar un proceso de desintoxicación. —Ella averiguó, llamó, hizo todo el trámite y, como si fuera un regalo de Navidad, el 23 de diciembre de 2017 los entonces Ángeles Azules de la Secretaría Distrital de Integración Social me recogieron y me llevaron al Hogar de paso día-noche Bakatá. En ese centro de atención, estuve casi un mes —cuenta.

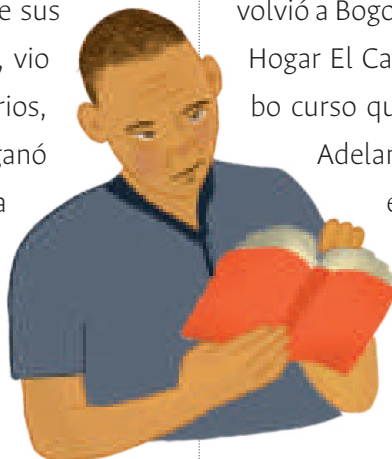
Fueron veintiocho días extenuantes, largos, difíciles, pero empezó a recuperar hábitos de

higiene, de salud. Echó mano de la biblioteca del hogar de paso y volvió a leer, se interesó de nuevo por aprender. De ahí, salió trasladado para otro centro ubicado en el municipio de Ricaurte, Cundinamarca, y fue allí donde tomó la decisión de volver a estudiar. Quería terminar su bachillerato, ir tras esos sueños que se truncaron en el camino, para él no era una posibilidad renunciar a ellos. Así fue como volvió a Bogotá y se instaló en la Comunidad de Vida Hogar El Camino. —Ahí lo aproveché todo. No hubo curso que el Sena¹ ofertara que yo no hiciera.

Adelanté un curso de alturas, de natación, de electricidad, de panadería y repostería —nos cuenta.

Pero el mayor reto llegó en el 2018. El trabajo mancomunado entre las secretarías de Educación e Integración Social con el colegio José

Félix Restrepo permitió que Alex cursara los grados décimo y once en cada uno de los semestres del año. Tenía clase cinco horas al día todos los lunes, miércoles y viernes con docentes del Cipeira, quienes se articulaban a su vez con Abel, Patricia, Jimmy y los demás miembros del colegio



¹ Servicio Nacional de Aprendizaje.

para garantizarle la mejor educación. Así transcurrió un año de transición entre física, química, filosofía, lenguaje, inglés y la felicidad de volver a tomar el control de su vida. —Me gradué en el 2019. La ceremonia fue en el colegio José Félix Restrepo y la alegría que sentí es indescriptible. Volver a estudiar me dio vitalidad y el trato que recibí de los profes me llenó de dignidad. El hecho de tener una segunda oportunidad, de que me permitieran terminar la secundaria fue muy simbólico, me hicieron entender que yo era una persona importante para ellos y eso no tiene precio —reflexiona. Ahora prepara todo para iniciar la carrera de ingeniería civil el próximo año porque como él mismo dice: —Esto hasta ahora empieza.

Otra historia que resuena con fuerza entre quienes hacen posible este proyecto de educación inclusiva es la de Luna Amada Hurtado, una mujer que hace parte de la comunidad LGBTIQ+ y que, al igual que Alex, vivió al límite en la calle por ocho años luego de probar el bazuco. Aunque resistió por un largo periodo muchos actos de violencia y de maltrato en su contra, particularmente por ser una mujer transexual, un día quiso darse una segunda

oportunidad, hallarle nuevamente sentido a su vida. Fue así como, en el año 2016, llegó a uno de los centros de atención de la Secretaría Distrital de Integración Social y empezó un proceso que se extendió por siete meses. Pero el trabajo aún no estaba terminado, faltaba retomar una labor que había dejado pendiente hace casi dos décadas. —Al salir del hogar de paso empecé a laborar en una peluquería como estilista, sin embargo, perdí muchas oportunidades de trabajo por no ser bachiller. Gracias a Cipreia y al colegio José Félix Restrepo pude cursar los grados décimo y once durante el 2019 —recuerda.

Fue toda una aventura, una experiencia maravillosa, según nos cuenta. Estar frente al tablero y rebuscar entre los libros y en Internet la información para realizar sus tareas le trajo recuerdos de un pasado que había dejado en puntos suspensivos. Por otro lado, llegar a la meta y volver a hacer sentir orgullosa a su familia fueron el mejor impulso para no desfallecer y, una vez más, superar los obstáculos que la vida iba poniendo. —El ánimo, el entusiasmo y la paciencia que los profes siempre



tuvieron conmigo fueron fundamentales también. Aunque retomar los estudios no es una tarea sencilla y más después de estar tanto tiempo en la calle, uno vuelve a tomar el hábito y después quiere continuar. Ahora mi sueño es estudiar enfermería y ser la enfermera jefe de algún hospital o clínica y estoy segura de que lo voy a lograr.

Ese es el colegio José Félix Restrepo, el espacio más sagrado del barrio, allí donde los sueños tienen eco y no sucumben ante la adversidad. Aquel lugar donde cada año sin flaquear Jimmy, Patricia y Abel recuerdan la canción *Deja vu* del mítico Gustavo Cerati, porque nadie puede negar que sacar belleza del caos es virtud y ellos sí que saben de eso. Su trabajo, siempre en equipo, ha trascendido. No solo enseñan, sino que también dignifican y esa es una labor invaluable. El pasado, los errores y las decisiones que se hayan tomado antaño se esfuman en el salón de clases. Es como

hacer un borrón y cuenta nueva, es tener la fortuna de volver a comenzar.

Hace tan solo unos años Luna, Alex, Jeisson y Cielo no se imaginaban que retornarían a la escuela, pero la vida es una tómbola, como le cantó alguna vez Manu Chao a Maradona en un famoso documental, y hoy, gracias al poder transformador de la educación inclusiva que ofrece el colegio Técnico José Félix Restrepo, están más cerca de alcanzar esos sueños que en algún momento parecían imposibles. El colegio, por su parte, continuará funcionando 16 horas al día con disciplina y amor para dignificar a sus estudiantes, para abrir sus puertas sin reparos y para seguir construyendo un lugar donde todas y todos sean iguales en la diferencia.

Ángel Andrés Aguilar Forero





Colegio Inem Francisco de Paula Santander IED

Rebeldes
con todo el
derecho

Rebeldes con todo el derecho

Así como la gente va a un mariposario para ver y entender el fascinante mundo de las mariposas, los alumnos del Inem de Kennedy asisten al Violentario durante todo el año para identificar y entender las violencias que los afectan. Sí, los alumnos resultan asistiendo también al fascinante mundo de la violencia. Fascinante en la medida en que los tres profesores que están al frente del proyecto han inventado toda suerte de estrategias pedagógicas para que sus clases sean mejores que ir al cine a ver una película de acción.

El día de la tertulia, una especie de colofón de todo lo que han visto en el año, decidieron montar un hospital psiquiátrico de la Alemania Nazi. Así que, a eso de las dos de la tarde, en los salones del segundo piso del módulo azul, era fácil encontrarse con enfermeras nazis, dueñas de unas sonrisas aterradoras y falsas, tratando de curar unos males inventados por el doctor Mengele. Valga decir, que



Kennedy libre de violencia

En Kennedy, un grupo de estudiantes y docentes se dedica a estudiar los conflictos sociales. Escriben, pintan, recortan y narran la localidad con el anhelo de construir un territorio libre de violencias.



Aunque suene a utopía, porque a muchos les suena a utopía, solo basta mirar a los ojos a estos tres profes para saber que van en serio.

Mengele estaba personificado por una alumna de décimo grado, tan apropiada de su papel que hasta sonreía cuando aplicaba electrochoques a sus pacientes, solo que estos pacientes no estaban enfermos. Los pacientes eran humanos de humana condición a los que estaban convenciendo de padecer el peor de los males: ser diferentes. Por eso en aquel hospital macabro, les aplicaban electrochoques a los objetores de conciencia, a los homosexuales, a los afrodescendientes y a todo aquel que no perteneciera a esa pretendida normalidad. Como es obvio suponer la mayoría de los pacientes murieron por los excesos de esa medicina triste.

La dramaturgia de todo el evento fue inventada por los alumnos de décimo y once, modalidad de humanidades. Ellos decidieron la época, decidieron los nazis, decidieron la metáfora; ellos escogieron los personajes, inventaron un periódico terrible y, en general, montaron la fotocopia de un mundo cruel

en esos salones. Los espectadores fueron novenos, décimos y onces aterrados porque estuvieron frente a frente con la posibilidad de un mundo hecho a esa medida. Pero los espectadores bien habrían podido ser público en general, asistentes a un teatro. Era una obra bien concebida en la forma y en el contenido gracias a la conversación que tuvieron durante el 2021 sobre las distintas violencias.

El Violentario Capítulo Kennedy quiere desentrañar las razones para no convivir. Es un proyecto a tres años que pretende hacer del Inem de Kennedy una especie de zona de distensión, en donde la comunidad educativa pueda conversar con todos los actores violentos del vecindario. Aunque suene a utopía, porque a muchos les suena a utopía, solo basta mirar a los ojos a estos tres profes para saber que van en serio.

Jasser Sandoval dice que sus padres lo bautizaron así en homenaje a Yaser Arafat. Tal vez sea cierto porque este profe Jasser es partidario de la libertad. Tiene un timbre de voz melodioso y grueso, pero usa palabras del *slang* todo el tiempo y eso, justamente eso, lo mantiene muy cerquita de la muchachada. Estudió una licenciatura en Ciencias Sociales y también hizo un diplomado en Investigación Comunitaria, todo en la Universidad

Distrital, la mayor proveedora de profesores de los colegios del Distrito. Si bien está agradecido con la U, cree que lo que más le ayudó a encontrar la vocación docente fue ser recreador y todo su trabajo en educación popular y comunitaria con una fundación que se inventó con unos amigos.

Jasser cree que la violencia no se puede sacar de la ecuación de la historia de la humanidad. —Pero hay que saber de qué se trata, no es solamente pintarse la cara color esperanza y cogernos de las manos, porque así nadie entiende nada —dice. Claro que tiene toda la razón. En ciudad Bolívar, comenzó con sus Violentarios. Les pidió a los muchachos que recogieran historias de violencia del barrio y las escribieran. Al final, resultaron publicando ediciones con temáticas varias como borrachos, chismes, violencia intrafamiliar, robos, entre otras en fanzines hechos por los mismos alumnos. El profe Jasser es hijo de la cultura popular, criado con los fanzines subterráneos de la escena rockera y metalera de finales de los noventa y comienzos del 2000. —Nada más popular y potente que el fanzine —dice. Otra vez tiene toda la razón.

Juan Francisco Rincón Rodríguez, en cambio, lleva los nombres de Juan, el apóstol preferido de Jesús, y el de Francisco, el más rebelde de todos los

santos, un anarquista en esencia. Es un hombre serio. Los estudiantes lo quieren y lo respetan porque es de una amabilidad a toda prueba. Algunos dicen que es un verdadero “clásico”. Estudió Ciencias Sociales en la Distrital también y luego Derecho en la Universidad Cooperativa. Trabajó en Acción Social y con la Unidad de Víctimas. Sabe del conflicto de este país y lo sabe desde adentro, desde las entrañas del Estado. Terminó en la docencia porque el viento escoge los destinos de los hombres. Trabajó en un colegio de Ciudad Bolívar y comenzó con su retahíla sobre los derechos humanos, que tal vez por ser tan humanos resultan revolucionarios. En la semana por la paz del 2019, cuando aún trabajaba allá, Juan Francisco llevó al Estado al colegio: gente de la Personería Bogotá, de la Secretaría de la Mujer, de los Bomberos, de la Jurisdicción Especial para la Paz, de la Procuraduría. Lo amenazaron Las Águilas Negras, fue acusado de adoctrinar a los estudiantes y claro que lo hacía, pero en derechos

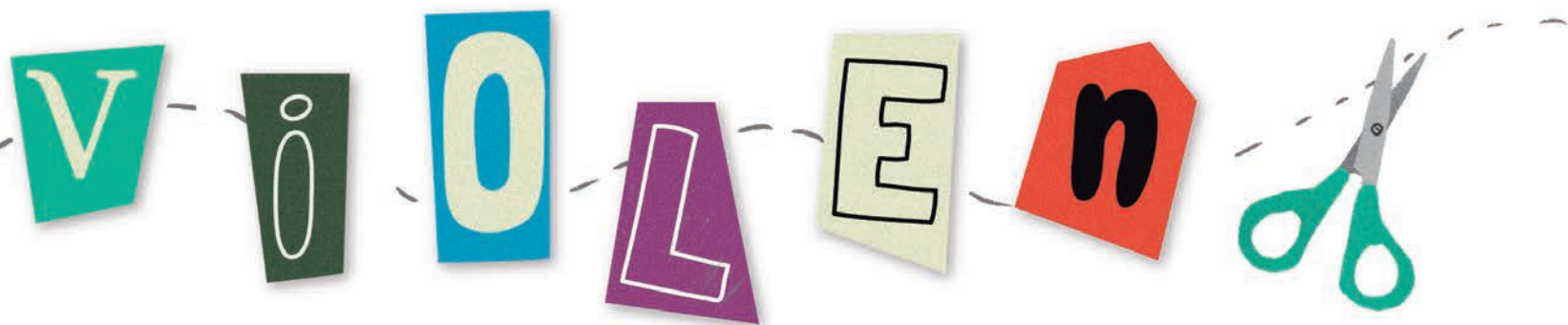


constitucionales, en dignidad, en nuevas ciudadanías. Llegó al Inem en el 2020, antecitos de la pandemia. Llegó con esas ideas, con esos arrestos.

Estos dos maestros darían para hacer un comic sobre pedagogía. El uno desabrochado y loco de entrada, dueño de un desparpajo casi costeño, pero cachaco hasta los tuétanos, desbordante de ideas y de ganas; el otro, un caballero de buenas maneras, un clásico, convencido también de que hay que romper las formas. Los dos son defensores de la libertad, creativos, visionarios; pero tienen estas distintas maneras de aparecer en el mundo. Los alumnos que reciben clases con estos dos lo saben, que la apariencia es solo apariencia y que el empaque no es lo importante. Lo saben como Julio Cortázar también lo sabía: —Yo creo que desde muy pequeño mi desdicha y mi dicha al mismo tiempo fue el no aceptar las cosas como dadas. A mí no me

bastaba con que me dijeran que eso era una mesa o que la palabra madre era la palabra madre y ahí se acaba todo. Al contrario, en el objeto mesa y en la palabra madre empezaba para mí un itinerario misterioso que a veces llegaba a franquear y en el que a veces me estrellaba.

La medianía y el polo a tierra, el impulso y la de las ganas cuando faltan, la testigo y la lectora exquisita se llama Alejandra Torres Penagos. Ella completa la ecuación. Es Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana, maestra en educación con énfasis en Ciencias Sociales (adivinen ustedes de qué Universidad, una pista, empieza por D). Es una ideóloga, una planeadora. Sabe que hay que cambiar las formas. Modifica los lenguajes. Cuando sale en fotos parece tan normal... pero no, no lo es. Alejandra entiende a profundidad el proyecto y las intenciones del Violentario. Le cabe en la cabeza, lo



visualiza a corto y mediano plazo. —El hecho de que el colegio sirva de plataforma para estas actividades y que también sirva como punto de encuentro para todos los actores de la violencia, pues es significativo y es posible—, dice. Alejandra ha oficiado de moderadora de los paneles, de jefe de logística y ha intervenido en cada detalle de este Violentario.

Violentario. El proyecto dice:

Violentario Capítulo Kennedy (VCK) se presenta como una propuesta de visibilización de factores que alteran la convivencia y afectan directamente los entornos escolares. Ante la posibilidad de hacer de la institución un espacio activo de paz, un centro de experimentación convivencial, VCK surge como un primer momento de identificación y caracterización de violencias para posteriormente

abrir las puertas de la institución a distintos actores sociales y comunitarios que puedan ‘enseñar’ aquellos saberes propios y populares en torno al mejoramiento de la convivencia y del entorno. En el mismo sentido, se busca la manera de interactuar e intercambiar experiencias con otras instituciones educativas para ampliar el espectro de acción del Violentario tanto en su difusión como en una estrategia que se pueda replicar con organizaciones e instituciones del sector (y en modo más amplio la localidad) para posteriormente posicionar al Inem-FPS como un laboratorio de paz, convivencia y diálogo del sector.

Eso propone el proyecto y es justamente lo que han hecho durante este año estos profes, cumplir sus promesas. Aunque la concepción del Violentario parezca a simple vista increíblemente ambiciosa,



Me dijo que le tocó ver de todo en ese barrio y que ahora sabe que por esos lares rondaban muchas formas de violencia.

parece ser que nada es demasiado ambicioso para este súper equipo. Para los alumnos, ha sido una experiencia intensa y totalizante porque han podido entender de verdad cómo son las violencias que los afectan y cómo se manifiestan. No solo han recibido instrucción en antropología cultural, sino en la mecánica del Estado y las herramientas del derecho que pueden usar para denunciar las distintas violencias. Han comprendido incluso cómo se presentan esas violencias en los medios de comunicación porque han recibido talleres intensos de todo: de periodismo, de fuentes, de manejo de la imagen, de fanzine, de dibujo, de artes gráficas, de Estado, de antropología de la violencia, de grafiti, de humor negro. Al final del año, todo eso se reunió en esos cuadros teatrales de la tertulia y de final de infarto, están en plena producción de los fanzines que los estudiantes escribieron, diseñaron, recortaron, pegaron e imprimieron como les

dio la regalada gana porque de eso se trata. Los fanzines son un libro de autor.

Alejandra dice al respecto que —lo bacano del fanzine es que permite poner todo ahí como uno quiera. Lleva mucho el sentir del autor y ellos van a ser los autores de lo que entendieron porque así es. Estos fanzines llevarán mucho de su manera de ser y pensar. Ellos pensaron en la violencia que vivieron en su cotidianidad y también en la violencia que ellos pudieron ejercer; porque no se trata solamente de que nos hacen daño, se trata de reconocer que también hacemos daño, también ejercemos violencia.

A lo largo de la historia reciente del arte pop, el fanzine ha sido el soporte preferido para plasmar las ideas de la contracultura. El fanzine es un término que aparece en la década de los años 30 del siglo XX y surge de mezclar las palabras *fan* y *magazine*, que podría traducirse como revista para fanáticos. Pero el concepto y su fuerza popular surgió en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se usó para divulgar las ideas políticas que hicieron posible La Comuna de París, por ejemplo. Luego reapareció repotenciado como medio popular de comunicación en la década de los 60 cuando comenzaron todas las revoluciones juveniles. En Colombia, se

comenzó a usar con fuerza sobre todo en la escena roquera del país en los años 80 y 90. Fueron famosos *Visión Rockera*, *Subterráneo*, *Virus*, *La Pirofarándula*, *Retaliación* o *Hellzine* y otros que el profe Jasser leyó hasta el cansancio.

Los fanzines están alimentados de todo lo que ha sucedido a lo largo del año, que no ha sido poco. Además de las cátedras y la conversación de saberes, los estudiantes tuvieron la oportunidad de asistir a tres paneles de lujo pensados por este trío dinámico. Juan Francisco dice que esos paneles son casi la médula espinal del Violentario porque con ellos se abre el colegio a otras instituciones. Es el comienzo de la interacción, empezar a influir en el entorno. Los paneles son una pieza fundamental porque son espacios abiertos académicos en donde la muchachada interactúa con gente que está en la sociedad, que ha sido víctima de violencia, pensadores de la violencia o incluso actores mismos de ella.

El primer panel fue sobre violencia de género. Invitaron a varias personas de la comunidad vecina. Andrés Felipe, un estudiante de décimo, dijo que él mismo podría haber estado en el auditorio como expositor porque enfrentó en carne propia lo que era

discriminar a otra persona solo por su orientación sexual. Cuando estaba en quinto grado, su mejor amigo comenzó a sentir atracción por otros compañeros. Al comienzo, se sintió muy molesto y, en medio de su desconcierto, comenzó a apartarse de él hasta que entendió que esa era una decisión de él y solo de él y que eso no afectaba en lo más mínimo su amistad. El panel fue un éxito rotundo, pero los profes quedaron con cierta espinita, como que la



Colegio Distrital
INEM

Francisco de Paula Santander



forma no era la más adecuada, pero no sabían cómo modificarla.

Para el segundo panel, decidieron invitar panelistas muy especializados. Querían enfrentar la Violencia de Origen desde distintos puntos de vista, la discriminación en todas sus formas: el racismo, la xenofobia, la homofobia. Unas profesionales en Educación Intercultural y Grupos Étnicos de la Secretaría de Educación del Distrito, una experta en estudios afrocolombianos y especialista en capacidades excepcionales, una especialista en Gerencia de la Salud y pedagoga en Migraciones y Memoria; una potente militante del proceso de Comunidades Negras y representante de las comunidades negras, raizales y palenqueras ante el consejo de planeación local de Kennedy; un inmigrante venezolano egresado del Inem; una experta en ciencias sociales y el propio Juan Francisco, quien intervino en el panel como abogado y licenciado, lograron contrarrestar el acartonamiento del formato panel con ponencias de lujo. La conversación fue más fluida y los estudiantes pudieron interactuar mejor con los invitados.



Sofía, estudiante de grado once, lamentó profundamente que ese mismo panel no se hubiera dictado en años

anteriores porque tuvo una amiga que se retiró del colegio por racismo —la molestaban mucho y no la respetaban. Me decía muchas veces que no aguantaba la depresión, que se quería ir pa'l otro mundo. Es que uno a veces falla en su estupidez adolescente, pero si hubiéramos tenido Violentarios en años pasados, mi amiga Yasmín no se habría ido —dice con cierta tristeza irremediable.



En todo caso, la espinita de la forma seguía incomodando a los profes. Fue la profe Alejandra quien descubrió como romper el formato. Para el de Violencia y Conflicto en Colombia, además de traer invitados de primerísimo orden, idearon unas Mesas de Experiencias en la cafetería central. En cada mesa, sentaron a un invitado que conversaba con un puñado de alumnos durante quince minutos. A los quince minutos, el grupo de muchachos cambiaba. Ese fue el más poderoso de todos los paneles, no solo porque lograron por fin romper la rígida forma de un auditorio con unos espectadores, sino porque invitaron a una víctima del conflicto que venía de Urabá; a la esposa de un desaparecido, además representante del movimiento de víctimas; a una defensora de los derechos humanos perteneciente a la Mesa Nacional



de Víctimas; a un excombatiente de las Farc, ex-prisionero político y firmante de la paz; y a una analista de la Unidad de Atención y Reparación Integral a las Víctimas de la Violencia.

Santiago es alumno de grado once, fue uno de los organizadores de la tertulia y parece un líder natural. Llegó al Inem cuando tenía 10 años. Venía de un barrio bravo cerca de Corabastos. Me dijo que le tocó ver de todo en ese barrio y que ahora sabe que por esos lares rondaban muchas formas de violencia. En ese entonces, cuando salía del colegio, se iba a cargar bultos al mercado. Por su propia iniciativa, decidieron mudarse con su familia a un barrio más tranquilo. Le dijo a su mamá que él colaboraría con el arriendo y haría lo que fuera necesario. Cuando llegó al Inem, venía con mucha rabia. Se la montaba a todo el mundo, pero el colegio y la comunidad le mostraron otras rutas para estar en el mundo. Santiago habla maravillas del último panel. Dice que le encantó poder hablar con el excombatiente de las Farc, que cuando le preguntó si había valido la pena firmar la paz o si se arrepentía —me dijo que la firmaría otras diez veces y que por nada del mundo volvería a la guerra porque nadie imagina qué tan dura es la guerra.



Kennedy es un barrio de muchas caras. Los alrededores del colegio son residenciales y comerciales. Por supuesto, hay pequeñas bandas criminales dedicadas al microtráfico que seguramente tienen en la mira a los estudiantes del Inem, entre otras porque entre las jornadas de la mañana y de la tarde reúne un poco más de siete mil estudiantes. Juan Francisco contó que a finales de octubre una joven abordó a unos cuantos estudiantes al salir y les dijo que los tenían rodeados. También les dijo que comenzaran a decir los nombres de los que vendían droga en el colegio porque solo ellos podían vender. Al final, se los llevó a un parque y les quitó la plata que traían y los celulares. Si bien Juan Francisco está seguro de que fue un robo común, sabe que esas fuerzas rodean el colegio. A veces le parece una utopía que la pretensión del Violentario sea hacer del Inem una zona de distensión sobre todo cuando piensa en ese tipo de delincuentes. Alejandra también puede creer que es una utopía, pero está convencida de que hay que intentarlo. Por lo pronto, su única queja es que el Violentario solo se quede en ese pequeño ámbito del ala azul del enormísimo colegio Inem de Kennedy.



Es Jasser el que más duro jala ese carro, con su habladito en *slang* y su aparente desparpajo anárquico tiene un poder de convencimiento increíble. Cree en el Violentario, cree que hay que llegar a unos acuerdos básicos con todos los actores del barrio, los malevos y no malevos. Así piensa Jasser, hay que sentar a todo el mundo en la mesa. Jasser está convencido de que a mediano plazo el Inem será una zona de despeje o de distensión en el corazón de la localidad de Kennedy y que en ese territorio libre podrán generar otro tipo de contenidos: cátedras sobre el placer, sobre los vicios, sobre la agresión, sobre fanzine, grafiti, sobre las drogas duras y las drogas blandas; una serie de asignaturas diferentes como las que están dictando con ese Violentario.

La fuerza que tiene este proyecto, la fuerza de los profes y la fuerza de cada uno de los alumnos que intervinieron en él hace que sea inevitable

pensar en aquellas *Palabras fundamentales* escritas por Nicolás Guillén y Pablo Milanés:

Haz que tu vida sea
campana que repique
o surco en que florezca y fructifique
el árbol luminoso de la idea.
Alza tu voz sobre la voz sin nombre
de todos los demás, y haz que se vea
junto al poeta, el hombre.
Llena todo tu espíritu de lumbre;
busca el empinamiento de la cumbre,
y si el sostén nudoso de tu báculo
ofrece algún obstáculo a tu intento,
¡sacude el ala del atrevimiento,
ante el atrevimiento del obstáculo!

Cristian Valencia





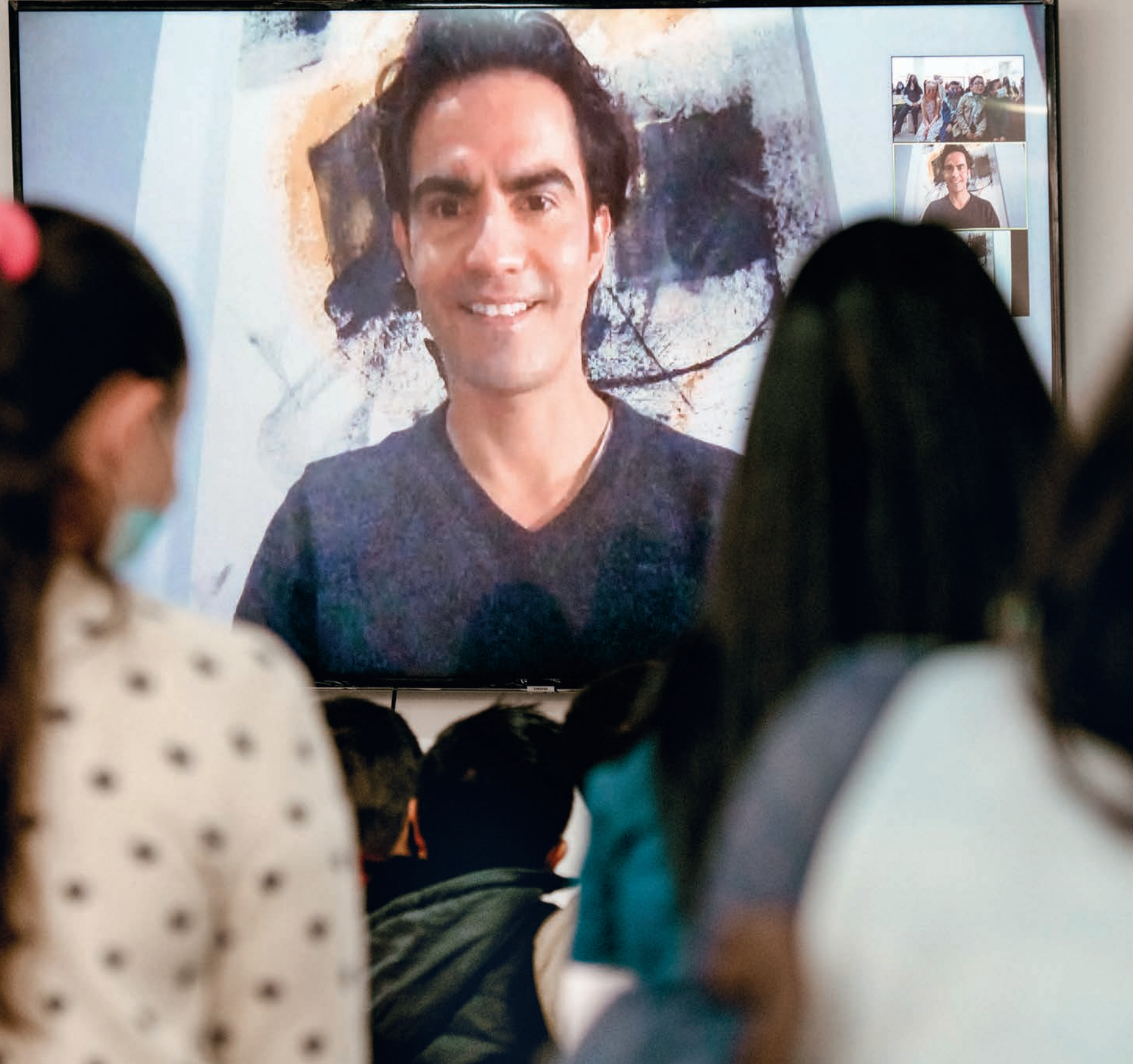
VIOLENTA
KENNEDY

Kennedy
libre de violencia

La paz es la

Este dood contiene escenas gráficas

Ruhmalches Krankenhaus



Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico (IDEP) y Red Chisua

Para sanarte

El Arte

Escucha

Para sanarte El Arte Escucha

La profesora Martha Buitrago no quería vivir. Así como suena. La enfermedad y muerte de su querida madre durante la pandemia la habían arrojado a ese solitario lugar emocional donde las lágrimas no se lloran y las tristezas no se notan. Esperaba que un rayo la partiera en dos o que el destino obrara en su beneficio y la matara para no tener que enfrentar los días; esos días tan aciagos, tan profunda e insondablemente tristes en que debía levantarse y desempeñarse como si nada pasara. Así andaba por el mundo, sin ganas y con la imperante obligación de parecer llena de vida para sus estudiantes de cuarto grado. En una de esas, se metió a la página de la Secretaría de Educación del Distrito y le llamó la atención un programa de salud emocional, bautizado por sus creadores El Arte Escucha. De una escribió a ver si la admitían y de una recibió la respuesta de la coordinadora, Carolina Tamayo. Le dijo



Este programa de salud emocional utiliza el arte como una herramienta para expresar sentimientos y restaurar la autoestima, la creatividad y las emociones. El arte es un punto de partida para tratar los conflictos y crear nuevas realidades.



que sí, que era bienvenida y que las sesiones, o clases, o talleres comenzaban pronto.

La profe Martha lo hizo pensando sobre todo en los niños, pero, cuando recibió la primera clase con el maestro Dairo Vargas, supo que su tristeza no tenía fondo y que lo único que podía hacer era llorar. Lloraba durante esos primeros talleres. Apagaba la cámara y el micrófono y lloraba. Cada vez que el profe le preguntaba por su estado se veía obligada a encender la cámara y el micrófono, y dejar ver la evidencia de su profunda tristeza regada en ese primer plano de los encuentros virtuales. Pero el camino había comenzado, ese camino invisible de recuperación emocional que está implícito en El Arte Escucha. El maestro Dairo Vargas, quizá sea mejor decir el terapeuta Dairo Vargas, o el artista, el pedagogo, el humano, o todas las anteriores, se le dedicó a Martha. Ella empezó a salir paso a paso. Dice que cuando Dairo les dijo que cerraran los ojos y respiraran profundamente hasta ubicar esa parte del cuerpo que estaba siendo afectada por el cansancio, por una rabia, por una tristeza o por un rencor para comenzar a mejorarla, ella no supo qué hacer porque le dolía todo el cuerpo y le dolía el alma, la vida misma, y no quería mejorar nada. Parecía la encarnación de ese

poema que dice “tengo tantas melancolías en el alma que no sé por cuál de ellas comenzar a sufrir”.

Comenzó, sin embargo, a participar. —Lloraba antes o después de mi intervención, pero ya no lloraba durante —dice esta entrañable Martha ocho meses después y con cierto gesto de paz en su rostro, mientras me muestra unos dibujos que ha hecho últimamente. Ahora, Martha no puede salir de casa sin llevar su cuaderno y sus lápices de colores. Son parte del equipaje diario para su vida, como el aire.

El Arte Escucha es un programa de salud emocional que utiliza el arte como una herramienta para expresar sentimientos y restaurar la autoestima, la creatividad y las emociones. El arte es un punto de partida para tratar los conflictos internos o externos para luego crear nuevas realidades. El programa fue abierto para toda la comunidad educativa: alumnos, maestros y padres de familia con el propósito de ayudarles a todos y cada uno a sobrellevar los excepcionales tiempos de la pandemia. Para nadie es un secreto que esa realidad inesperada cambió por completo la cotidianidad en el mundo entero de manera tan vehemente que los desórdenes emocionales se convirtieron en el pan de cada día. La comunidad educativa fue quizás una de las que recibió con más rudeza el embate psicológico de la pandemia

porque se prohibieron por decreto los abrazos, las risotadas en público, los juegos de manos, la cercanía, las reuniones sociales, el aula, los recreos y las clases. Lo que comenzó con cuarentenas de quince o veinte días se fue prolongando en el tiempo por un mes, por dos, por seis y por un año, y la incertidumbre se volvió una norma. Esa norma, esas carencias, esos mientras tanto dejaron huellas profundas en el alma de las personas, heridas emocionales que nadie pareció tener en cuenta al comienzo y que de pronto comenzaron a notarse en la realidad. Según un informe de la Unicef:

A medida que la covid-19 se acerca a su tercer año, las consecuencias para la salud mental y el bienestar de los niños y los jóvenes siguen siendo enormes [...]. La alteración de las rutinas, la educación y el ocio, así como la preocupación de las familias por los ingresos y la salud hacen que muchos jóvenes sientan miedo, rabia y preocupación por su futuro [...]. Los trastornos mentales diagnosticados, como el trastorno por déficit de atención e hiperactividad, ansiedad, autismo, trastorno bipolar, trastorno de la conducta, depresión, trastornos alimentarios, discapacidad intelectual y esquizofrenia pueden perjudicar

considerablemente la salud, la educación y las condiciones de vida.

En el Distrito son conscientes de estas secuelas de la pandemia. En la Secretaría de Educación del Distrito, por ejemplo, crearon el Programa integral de educación socioemocional, ciudadana y de escuelas como territorios de paz y todo un sistema de alertas para detectar el abuso y la violencia, la maternidad y paternidad temprana, la accidentalidad, trastornos de aprendizaje, el consumo de sustancias psicoactivas y, obviamente, conductas suicidas.

Carolina Tamayo, coordinadora en Colombia de El Arte Escucha, amiga de Dairo Vargas desde años atrás cuando se conocieron en Londres y conocedora de la potencia terapéutica del programa, comenzó a presentarlo en distintos ámbitos, mediante webinarios y estrategias digitales. Carolina es una periodista de tiempo completo, pero es una gestora increíblemente





eficaz. Ella es capaz de hacer mapas mentales, relaciones casi imposibles que, a la postre, terminan por aterrizar los proyectos más ambiciosos. Juntos bautizaron el programa en 2020. La primera parte donde Dairo quiso implementarlo fue en El Agrado, Huila, allá en su tierra con su gente. Impartieron seminarios y talleres para más de mil personas. Lo implementaron en el colegio La Merced, donde se graduó de bachiller; en la Escuela Rural Montesino; en la Escuela Militar Cacique Pigoanza de Garzón y también en las universidades Externado y Los Libertadores en Bogotá. Fue un éxito total. Con esos pilotos de tanta altura y tanto alcance, Carolina habló con Alexander Rubio, director del Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico (IDEP), y luego con la Secretaría de

Educación del Distrito. Después lo presentó con Ana Brisé, directora de la red Chisua de maestros y recibió el apoyo de esas tres instituciones para implementar el programa en la comunidad educativa: maestros, padres de familia y alumnos.

Todo ese esfuerzo institucional se hizo porque el proyecto existía y existe gracias a Dairo Vargas, artista plástico y una de las voces más autorizadas en el mundo a la hora de hablar de salud emocional. Nació en Agrado, un pequeño pueblo del Huila, a medio camino entre Garzón y La Plata. Todo lo que hoy en día es el profe Dairo se coció durante esos primeros años en El Agrado a 24°C de temperatura media. Su vocación de servicio, por ejemplo, el amor y el gusto por ayudar a los demás se los atribuye a su mamá, quien ayudaba a la gente como podía: les



daba ropa y comida a los viejitos, y Dairo, el niño, hacía de mensajero de bienestares. Con los años y cuando tuvo su propio dinero, él mismo les llevaba tamales o roscones y Pony Maltas a los ancianos. A los 20 años, Dairo estudió diseño y trabajó en publicidad por mucho tiempo. Lo hacía bien a pesar de que por ese entonces padecía de depresión, condición que le duró más de diez años. Como en su camino de curación no encontró una terapia a su medida que le satisficiera completamente, decidió diseñar su propio camino terapéutico para ofrecerlo a todo aquel que tuviera problemas emocionales, tendencias suicidas, depresión, bipolaridad o lo que fuera.

El objetivo de El Arte Escucha empieza por entender los sentimientos para poder expresarlos, liberarlos de su carga negativa y reemplazarlos por

nuevos sentimientos y experiencias. La metodología general consiste en una etapa de exploración con el ser interior para saber qué está ocurriendo. Luego viene un momento para expresar, para crear a partir de los sentimientos y un tercer momento en donde se crean nuevos hábitos para una saludable higiene emocional.

No hay persona que rehúse la tentación del pincel o de los colores. De las artes es sin duda la más espontánea. —El arte es importante porque te permite, a través de colores, del movimiento de la mano, de figuras, expresar cosas que realmente son más difíciles de contar —dice Dairo. De ahí, quizás, el nombre de El Arte Escucha porque el arte está ahí para escucharnos. El primer paso es que los asistentes se pregunten quiénes son, de dónde vienen en



una especie de autobiografía enfocada en sanar esas heridas y encontrar el perdón. Después de ese autoconocimiento, Dairo los invita a pensar en el proyecto de vida, en lo que cada uno quisiera ser. También se habla de la resiliencia, les da las bases para que identifiquen temas de la vida cotidiana en donde necesitan sobreponerse a la adversidad. Un punto clave del proceso es la construcción de un proyecto en común, en comunidad, para tratar de simular la presencialidad, de verse a los ojos con los demás. –Nos dimos cuenta de que muchos niños tenían que trabajar solos o que tenían un cuidador porque sus padres habían muerto en la pandemia. Fue muy bonito porque los chicos hablaron todo y lo trataron a través de los dibujos

–dice. Dairo sostiene que hay que crear hábitos emocionales saludables,

así como se crean hábitos saludables de alimentación o de bienestar físico.

Al final de cada proyecto de El Arte Escucha siempre hay un trabajo colectivo, una exposición con el trabajo de todos. Por lo general, usan un enorme lienzo y cada uno va interviniendo con su dibujo y complementando el trabajo de los otros. Luego de hacer la pintura es muy importante, en lo posible, que las personas hablen de su obra, de qué quisieron plasmar, qué querían liberar, qué están nombrando. Compartir es una de las partes más importantes porque solo así los demás estudiantes entienden que no están solos. A veces los participantes resultan escribiendo, ahondando aún más en aquello que los perturba, de alguna manera, aclaran el camino. –Identificar las reacciones es importante porque pueden causar un impacto no solo en la persona, sino en los demás.

En realidad, lo que hace el programa de El Arte Escucha es entregar herramientas para el autoanálisis. En vez de un diván está la hoja en blanco, el lienzo, y, en lugar del terapeuta, están los pinceles y los lápices. En realidad, El Arte Escucha es una herramienta de transformación desde lo posible. Desde ese aparente pequeño espacio, se



están transformando seres humanos y relaciones sociales. Es una transformación cultural que, si se fortalece el programa y se implementa en más colegios y en más ámbitos de la sociedad, seguramente tendremos un mejor vivir cotidiano a mediano plazo. Como decía Estanislao Zuleta, ese enorme pensador colombiano: “una sociedad mejor es una sociedad capaz de tener mejores conflictos. De conocerlos y de contenerlos. De vivir no a pesar de ellos, sino productiva e inteligentemente en ellos”.

Dairo es un artista complejo y una persona sencilla. Sus cuadros deconstruyen y reconstruyen momentos del arte renacentista o barroco y los resignifica con toda la fuerza de su interior y con un derroche de colores. En su búsqueda como artista, encontró una forma de estar, un tono, un mensaje. En su búsqueda como ser humano, descubrió en el arte esta herramienta compleja y potente que puede ser usada para promover nuevos hábitos de salud emocional. Un hallazgo tan invaluable en su vida como encontrar el nacimiento de un río en la mitad de unas dunas; un hallazgo personal que ha compartido con el mundo entero. En Londres, trabajó con un grupo de jóvenes que ya no tenían más opciones en el sistema educativo y fue un éxito. En Rusia, trabajó con niños que padecen de cáncer



Dairo vive en Londres. A pesar de que los talleres fueron virtuales, todos se conectaron consigo mismos y comenzaron a pintar-se. Dairo estaba siempre, pese a las diferencias horarias.

cerebral; en Italia, con niños con síndrome de Down y, en Nepal, con víctimas de tráfico infantil.

El trabajo que venía desarrollando más o menos en silencio fue mundialmente reconocido cuando fue invitado especial en la Cumbre de Salud Mental de 2018. Allí estuvo con su discurso sencillo y sus lienzos, con esa manera de entender al otro. La duquesa y el duque de Cambridge contribuyeron interviniendo ese enorme lienzo que estaba exponiendo. De repente, todo el mundo comenzó a hablar del trabajo de Dairo Vargas. Michael Phelps, el grandiosísimo campeón olímpico de natación que ha sufrido de depresiones severas también estuvo allá con el pincel pintando. Ese reconocimiento a nivel mundial ha hecho posible que el programa llegue a muchos otros lugares.

En cada uno de esos escenarios, el programa ha logrado sacar a los participantes de lugares oscuros y solitarios. Ha logrado que ellos mismos reconozcan que no están solos, que todos padecemos de miedos, de rabias, de tristezas o de celos y que todo pertenece al ámbito de los seres humanos. Dairo y su programa hacen que la gente regrese a intentarlo de nuevo. Intentar estar sin recriminarse, sin odiarse, sin esas cuentas de cobro tan caras que solemos extendernos en la soledad de los espejos.

Adriana Correa es profesora de preescolar en el colegio Alejandro Obregón de Bogotá. Dice que cuando comenzaron con los encierros nadie los tomaba en serio, pero que cuando la pandemia avanzó y empezó a cobrar vidas cercanas el estado emocional de los profesores, los alumnos y los padres de familia comenzó a flaquear. Este año se



inscribió en el programa de El Arte Escucha. Como casi todos los profes pensaba tener unas herramientas adicionales para ayudarles a los chiquitos con todo lo que pasaba a nivel emocional y, cuando le dijeron que el programa empezaba con ella misma, jamás imaginó que de verdad sería considerada en toda su dimensión humana, no solo



como maestra. —De pronto me di cuenta de que no era la única, que no estaba sola, que otros también tenían miedos y tenían rabias, que también habían tenido una infancia difícil —dice Adriana. Ella y su compañera, Luz Marina Puentes, fueron testigos de algunos milagros. Los niños tenían estrés. Dicen que fue increíble ver cómo los niños que daban dificultades en las clases normales comenzaron a participar y a hablar de sus miedos en El Arte Escucha. James, por ejemplo, perdió a su padre en este año, murió de covid. El acompañamiento que tuvo en el programa fue vital para poder transitar por su duelo y hasta compartirlo. Al final del curso le dedicó un dibujo a su papito que estaba en el cielo como un ángel.

Todos y cada uno de los asistentes que fueron entrevistados para escribir este texto no saben cómo agradecerle al programa, a Dairo y a Carolina Tamayo. Durante el 2021, en el programa de El Arte Escucha, participaron más de 50 profesores, quizás más de 600 estudiantes y tal vez 200 padres de familia. Dairo vive en Londres. A pesar de que los talleres fueron virtuales, todos se conectaron consigo mismos y comenzaron a pintar-se. Dairo estaba siempre, pese a las diferencias horarias. El resultado del 2021 fue expuesto el 18 de noviembre en la Biblioteca Virgilio Barco. Allá estuvieron casi todos.

El objetivo de El Arte Escucha empieza por entender los sentimientos para poder expresarlos, liberarlos de su carga negativa y reemplazarlos por nuevos sentimientos y experiencias.

Pudieron verse a las caras y decir aquí estamos, y pudieron aunque fuera chocar los puños en el aire, esa nueva forma del abrazo, y reconocerse y decirse gracias. Esas exposiciones siempre son grandes eventos para el alma.

Carolina Tamayo es una gestora incansable. Ella se ha encargado de multiplicar todos los logros del proyecto. Ha hecho prensa, se ha inventado seminarios, ha replicado en todas las páginas posibles que el duque y la duquesa de Cambridge le dieron un espaldarazo al proyecto. Ha multiplicado los pines de manera generosa. Este año tanto su trabajo como gestora como el trabajo de Dairo como creador y acompañante del proyecto ha sido *ad honorem* porque querían que se implementara en los colegios del Distrito. Obviamente los recursos materiales, los tiempos y la disposición de las redes y todo lo necesario para que el programa sea una realidad ha corrido por cuenta de los tres aliados estratégicos del proyecto en Bogotá: La Secretaría de Educación del Distrito, el IDEP; y la red de maestros Chisua.

El día que pude hablar con la profesora Martha Buitrago, ella se encontraba en el hospital, acompañando el proceso posoperatorio de su esposo. Quiso conceder la entrevista con video llamada porque quería mostrarme a los ojos que era verdad; que ella, quizá la paciente más crítica de tristeza e inapetencia por la vida, había logrado salir gracias a El Arte Escucha. —No son clases —dice—, son herramientas para vivir—. Los hijos de Martha, que ya tienen más de treinta años, están aterrados porque ahora su madre se la pasa dibujando cuando nunca en su vida pintó ni siquiera un pollito de bolitas y palitos, pero Martha dibuja. Me mostró sus últimas pinturas: un enfermo en cama, conectado a sistemas de resucitación y con suero; una pelea familiar frente a un niño, un fantasma horroroso; y unos niños corriendo felices



de la mano. —Cuando yo presentaba mis mamarra-
chos al profe Dairo me decía que muy bien. Y fui
entendiendo que eso era lo que quería decir, que in-
cluso podía mejorar el dibujo. Me interesé por la vida
nuevamente —. Hay que repetirlo, Martha no sale a
la calle sin su cuaderno de dibujo y sus lápices.

Los desórdenes mentales son terriblemente
desoladores para quienes los padecen. Es todo un
acierto que gracias al arte y el dibujo podamos re-
cordar que no estamos solos y que esto de estar vi-
vos viene con todas esas aristas. Raúl Gómez Jattin,
el gran poeta de Cereté que ha-
bitaba el sanatorio de San Pablo
al menos un mes al año, escribía
desde su soledad poemas que
sirven de bálsamo para todos.
Es famoso un video suyo en el

que camina y canta por los corredores del hospital
mental. Canta un poema suyo que Beatriz Sabina
musicalizó, y parece que se refiere a todos, espe-
cialmente a Dairo Vargas, ese maestro de almas.

Dairo encarna ese poema de nuestro poeta,
ese que habitó todas las profundidades y las hizo
luminosas. Es Dairo, con su humildad y su vocación
de servicio el que anticipa con sus formas la historia
de los hombres. Es Dairo el que remienda con sus
manos de astromelias las comisuras de las almas
solitarias. Es Dairo el creador de una legión de án-
geles clandestinos por el mundo
para que nadie diga a solas: “¡Qué
será de mí!”.

Cristian Valencia





EL ARTE
Escuela
COLEGIO

SECRETARIA DE EDUCACION INICIAL
BOGOTA
COLEGIO SALVADORENSES SUR 1200
Cra. 124 31
Oct 2021

UB92+53
UB92



Dirección de Relaciones con el Sector Educativo Privado (DRSEP)

La Red

Paz y Reconciliación

La Red

Paz y Reconciliación

Aquella noche todo era caos y confusión en la calle. Terminaba otra semana y nada indicaba que el Paro fuera a levantarse. Al contrario, cada vez había más gente indignada y los enfrentamientos con la fuerza pública se hacían más intensos. David estaba preocupado, en pocos minutos iniciaría la primera clase y todo en el ambiente parecía adverso a los propósitos del curso. Hablar de paz y reconciliación en medio de tanta violencia podía parecer contradictorio o ingenuo cuanto menos. Se completaban dos semanas de protestas y la situación tendía a empeorar. Por las redes sociales, se denunciaban brutalidad policial y vandalismo, también circulaban imágenes de civiles armados disparando, grupos de personas enfrentadas en la calle y estatuas de conquistadores derribadas; como si todas las tensiones que están a la base de esta violencia inmemorial hubieran decidido expresarse al mismo



Esta red, tejida entre instituciones, docentes y estudiantes busca hacer de los entornos escolares lugares seguros donde las tensiones y las diferencias se resuelvan por vías pacíficas.





Entonces dijimos,
“vamos a hablar de lo
que está pasando. Hablemos
de paz, no en abstracto, sino ligado
a lo que está pasando hoy en las
calles de Bogotá, con nuestros
amigos y vecinos”.

tiempo. David puso su mejor cara, prendió la cámara y dio la bienvenida.

En medio de una ciudad convulsionada, David lanzaba la primera puntada para tejer la Red Distrital de Facilitadores por la Paz y la Reconciliación, una iniciativa que suma las voluntades de varias instituciones y mucha gente. Son ACDI VOCA, una organización que impulsa la transformación social con el apoyo de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID); Fe y Alegría, una fundación de la comunidad Jesuita que lleva medio siglo construyendo un mundo más justo y equitativo; y la Secretaría de Educación del Distrito, a través de la Dirección de Relaciones con el Sector Educativo Privado. El propósito que los vincula a

todos es construir un ecosistema de paz y reconciliación para que los estudiantes estén tan seguros en la calle como en el colegio.

Para crear entornos protectores y confiables, es necesario trenzar muchos hilos hasta convertirlos en lazos fuertes y luego anudarlos para hacer una malla capaz de resistir a las peores cosas: la delincuencia organizada, el tráfico de drogas, el matoneo que intimida al diferente, la exclusión que margina y el machismo que golpea y mata, por nombrar solo algunas. Construir la red, vincular a muchas personas, dentro y fuera del colegio, en la cuadra y en el barrio es la misión de los que participan en este empeño. No es nada fácil. Se necesita paciencia de costurera para lograrlo. David la tiene. Lleva una vida entera dedicado a construir paz en medio de las circunstancias más difíciles.

David Esteban Arteaga Rojas nació en Bogotá y creció en el barrio Villa Luz, en la localidad de Engativá. Allí tuvo la fortuna de conocer a quienes han sido sus amigos de la vida, los que están ahí, en las buenas y en las malas, su propia malla de salvamento. Desde niño le impresionaron las historias de sus familiares sobre el conflicto armado. Habían llegado desde el Caquetá buscando una vida más tranquila en la ciudad. Sus relatos eran los de tantos



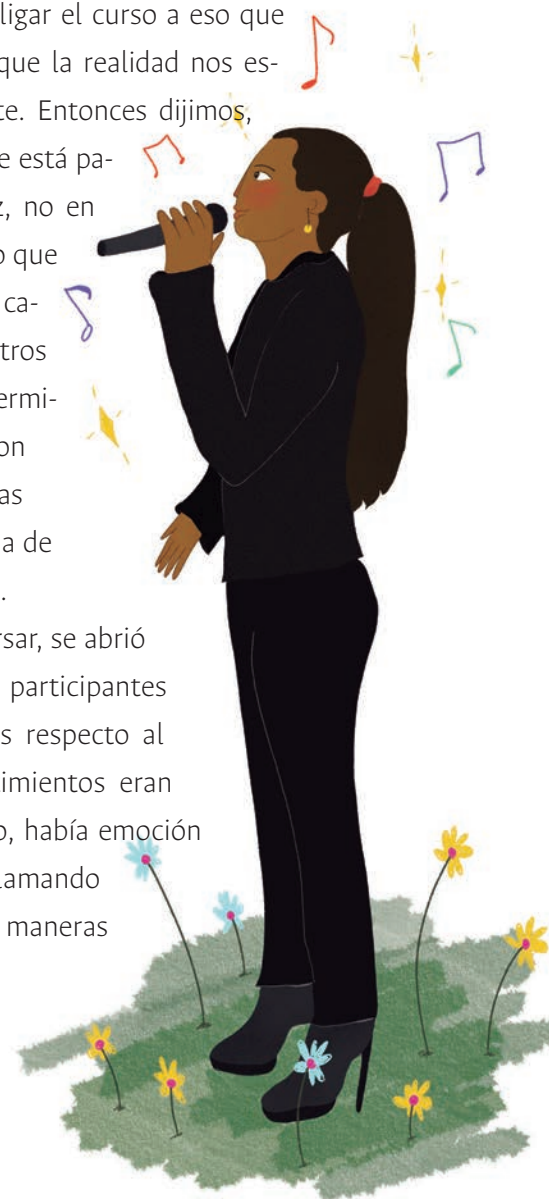
en Colombia que cargan a cuestas el dolor y el rigor de una guerra que no les pertenece. A David, no le cabía en la cabeza tanta violencia, quería entender.

Comprender los conflictos, cómo surgen, cómo se regulan, cómo se transforman y cómo se resuelven, se volvió su proyecto de vida. Estudió Ciencia Política en la Universidad Javeriana y luego, ahí mismo, una maestría en Estudios de Paz y Resolución de Conflictos. Así, leyendo, escribiendo, hablando y escuchando, supo que la violencia no es una condena que se carga con resignación, que si entendemos los conflictos vamos a encontrar formas de resolverlos por vías pacíficas, que si la violencia es un comportamiento aprendido, también podemos aprender a construir paz. David lleva años trabajando en el sector educativo, pues sabe que ese es un terreno fértil para sembrar cambios y sumar voluntades en torno a propósitos comunes. Ha participado en el proyecto de la Red desde que era solo una idea a la que fueron dándole forma en el Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico (IDEP) y con la Fundación Fe y Alegría fue el encargado de implementar el pilotaje.

La sesión empezó y sucedió lo inevitable, todos los asistentes querían, necesitaban, hablar de lo

que estaba sucediendo en la calle. —Arrancamos en plena pandemia y en una de las semanas más difíciles del Paro Nacional —cuenta David. —Al ser sesiones virtuales no íbamos a encontrarnos cara a cara y yo estaba preocupado por cómo lograr el aterrizaje en los territorios y en la vida cotidiana de los estudiantes. Lo que hice fue ligar el curso a eso que estábamos viviendo, porque la realidad nos estaba llevando por delante. Entonces dijimos, “vamos a hablar de lo que está pasando. Hablemos de paz, no en abstracto, sino ligado a lo que está pasando hoy en las calles de Bogotá, con nuestros amigos y vecinos”. Eso permitió conectarnos mucho con los chicos, con las maestras y los adultos de la jornada de la noche que participaron.

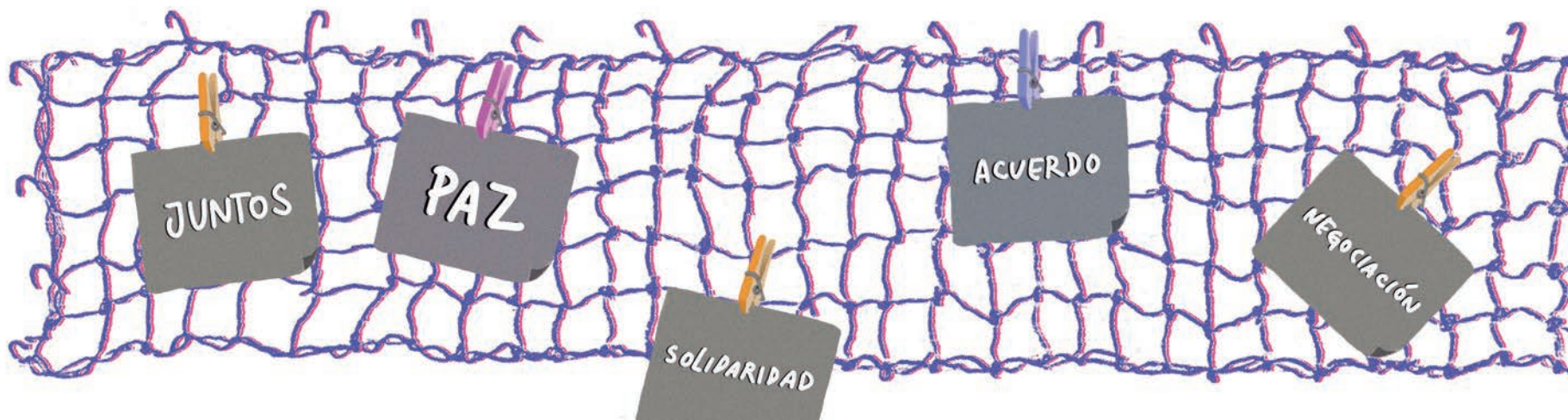
Después de conversar, se abrió un espacio para que los participantes escribieran sus opiniones respecto al Paro Nacional. Los sentimientos eran encontrados, por un lado, había emoción de ver a tantos jóvenes clamando por sus derechos de las maneras



más creativas y llamativas y, por el otro, había estu-
por ante la destrucción y la muerte. —Me he senti-
do abrumado por la violencia que se ha desatado en
contra de los manifestantes —dijo uno de los estu-
diantes. —Siento que es muy doloroso ver cómo no
se escucha la voz de mucha gente que pide cambios
justos. También creo que siempre que hay violencia,
el mensaje central se pierde y se afecta, por eso de-
bemos rechazarla sin “peros”, reconociendo que to-
dos hacemos parte de un mismo país —. —Apoyo el
Paro. Pienso que la gente tiene derecho a protestar,
a hacerse escuchar, pero no estoy de acuerdo con la
violencia —dijo otro. —Es necesario un cambio, es
necesario luchar por una democracia y garantizar
las funciones de un Estado social de derecho, como
está escrito en nuestra Constitución —dijo una es-
tudiante con una lucidez que muchos gobernantes
envidiarían.

Cada uno fue escribiendo lo que pensaba y lo
que sentía en una especie de muro virtual de los la-
mentos. Allí quedó plasmada la inconformidad de

una generación que no está dispuesta a quedarse al
margen de la historia. Eran más de 100 estudiantes
divididos en varios grupos, muy diferentes unos de
otros. Había niños, niñas y jóvenes en su mayoría
de quinto y noveno grado de los colegios Soledad
Acosta de Samper, Ciudadela Educativa, El Porvenir
y Tom Adams. Además había un grupo de adultos
de la jornada nocturna del colegio Japón y dos do-
centes del colegio Germán Arciniegas que asistie-
ron con dos estudiantes. A todos, los vinculaba su
interés por entender y mejorar la situación de sus
entornos en las localidades de Bosa y Kennedy.
Todos, sin excepción, rechazaron tajantemente la
violencia, reconocieron en las vías pacíficas cami-
nos efectivos de expresión y de transformación so-
cial y reivindicaron la democracia como escenario
de participación y diálogo de la diferencia. Cuando
el último de los participantes terminó de hablar y
de escribir, David supo que contaba con un cordel
fuerte para anudar la Red Distrital de Facilitadores
por la Paz y la Reconciliación.

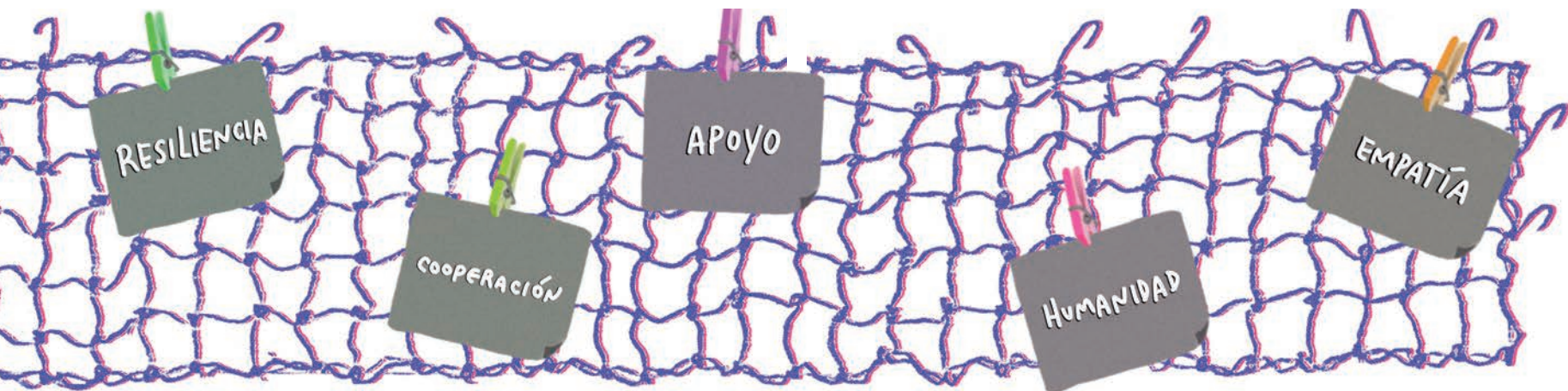


Después de oírlos, la profe Jenny Andrea Botache, del colegio Germán Arciniegas, también confirmó que estaba en el lugar correcto. Había respondido a la convocatoria con la idea de consolidar el proyecto de convivencia escolar en el que trabaja desde hace varios años, junto a la profe Norma Adriana Álvarez. Las dos docentes asistieron como estudiantes con dos de sus alumnos, Andrea Ramírez Rodríguez y Germán Santiago Linares o Germancito, como le dicen todos, el participante más joven de la Red. El suyo, fue el único colegio que no vinculó esta actividad al requisito obligatorio del Servicio social, es decir, que ellos asistieron y se mantuvieron durante las 15 sesiones por pura convicción.

Jenny es Licenciada en Lenguas Modernas, magíster en Educación y además es abogada penalista. Trabajar en contextos difíciles le mostró la importancia de combinar estos conocimientos. —Cuando me vinculé al Distrito, encontré que los chicos vivían problemáticas muy fuertes, estaban expuestos a las

drogas, al alcohol, a las bandas criminales, sufrían violencia intrafamiliar. Vivían muchas situaciones difíciles y yo sentía que no podía dejarlos solos. No puedo conformarme con dar la clase de inglés y salir del salón como si afuera no pasara nada. Estando ahí entendí que mi lugar está en el aula como maestra y no en la oficina como abogada. Yo tengo una utopía, pienso que si estoy en el aula voy a evitar que los muchachos caigan en la cárcel —cuenta.

Norma también está convencida de la necesidad de construir paz y reconciliación. Sabe que su responsabilidad no se agota en las matemáticas que enseña y que ella puede ayudar a hacer mejor la vida de sus estudiantes y sus familias. —He sido vecina de Bosa toda mi vida —dice. —He vivido aquí desde que tengo seis meses. Yo les digo a los chicos, “que usted sea de Bosa no significa que no pueda lograrlo. Uno puede salir adelante”. Yo intento sacarlos siempre de la desesperanza y mostrarles que tienen un futuro y que vale la pena luchar por lo que sueñan. Muchos de ellos terminan el colegio



Para que la semilla que hoy
siembran logre germinar, se
requiere de un trabajo constante
a lo largo del tiempo y de grandes
dosis de optimismo.

y creen que hasta ahí les llegó el futuro. Creen que tienen que salir a trabajar y quieren salir de la casa porque muchas veces no los tratan bien, entonces, la posibilidad de estudiar se les va alejando.

Norma nunca ha dejado de luchar, estudió en circunstancias muy difíciles y siempre pudo sobreponerse. Cuando estaba a punto de graduarse del colegio, sufrió una parálisis facial que cambió el curso de su vida. La mitad de su cara perdió el movimiento y su apariencia cambió por completo. Verse así fue muy duro, no quería salir, no quería ir al grado, no quería pensar en nada, estaba desesperada y desesperanzada. En su caso, su familia fue la malla de salvamento, una mamá “de racamandaca”, como ella misma dice, le enseñó a no desistir; un papá siempre presente y un tío que, en el momento más oscuro, la animó a inscribirse al Sena en contabilidad y finanzas. Norma se aferró a su red y salió

a flote. Tiempo después estudió la licenciatura en matemáticas y al rato ya era magíster en Educación Matemática de la Universidad de los Andes. De la parálisis facial nunca se recuperó por completo, el daño fue irreparable. Sin embargo, mientras intentaba sobreponerse fue adquiriendo una fortaleza de espíritu que hoy se irradia a todos los que la rodean.

El empeño de Jenny y Norma es darle un enfoque pedagógico al Manual y al Comité de convivencia del colegio Germán Arciniegas, que los casos que se tratan en esa instancia, se conviertan en una oportunidad para que los estudiantes aprendan cosas útiles para el resto de la vida: resolver los conflictos hablando y no a puños, respetar la diversidad en todas sus manifestaciones, reconocer la pluralidad de ideas y formas de ver el mundo, comprender la importancia de las leyes y las normas como garantes de la convivencia, rechazar el matoneo y construir formas de relación horizontales y democráticas, basadas en la cooperación más que en la competencia.

Para que la idea funcione, deben darle la vuelta al Manual de convivencia, enfocarlo diferente. —En los colegios, se piensa que el Manual de convivencia es un documento punitivo y eso no es cierto, es un paradigma que toca cambiar —dice Jenny.



—Nosotros somos formadores, no somos jueces, ni cortes, ni mucho menos podemos imponer penas, para eso existen las instituciones de la rama judicial. El Comité de convivencia es un órgano consultor, no decisorio. Si algún estudiante llegara a cometer un delito, se le manda el caso a la Policía de infancia y adolescencia, también están los centros de servicios judiciales (CESPA) y la misma Fiscalía General de la Nación. Nuestro trabajo es evitar que las situaciones escalen hasta allá, es educar en la convivencia, en la reconciliación y en la concertación. Por eso más que un manual estamos construyendo un pacto de convivencia de manera concertada —dice.

La idea de las profesoras es poderosa, en vez de castigar, educar. La institución, por su parte, apoya por completo la iniciativa. De hecho, antes de que iniciaran

con el proyecto de convivencia, ya tenían una experiencia grande y fructífera con el gobierno escolar que allí se organiza replicando el esquema de la ciudad: con una alcaldesa mayor, varios alcaldes locales, concejales, contralores y personeros. También se habían vinculado al programa Hermes para la convivencia estudiantil, que impulsa la Cámara de Comercio de Bogotá a través de su Centro de Arbitraje y Concertación. Lo que está claro es que en el Germán Arciniegas la formación ciudadana es una prioridad.

—Esto de volvernos facilitadores por la paz y la reconciliación va ligado con lo que venimos haciendo en el programa Hermes, que nos va a certificar como conciliadores —cuenta Jenny. —Esas dos cosas van de la mano. Vamos a implementar la figura de jueces





de paz que existe en el papel, pero que no se aplica en la vida cotidiana. Me enorgullece que el colegio ha liderado espacios para la formación de los profesores y hemos hecho charlas con ellos sobre todo esto. El Comité lo preside la rectora, un coordinador de convivencia del colegio, una orientadora escolar, un docente que es elegido por los otros docentes, un padre que es elegido del Consejo de padres, la personera de grado once

Red, como ellos están en octavo y quinto grado respectivamente, aún tienen varios años por delante para echar a andar el proyecto de convivencia escolar.

En el proceso de formación, profesoras y estudiantes fueron compañeros, pares. Todos aprendieron y enseñaron a la vez y eso estableció una relación muy especial entre ellos. —Fue muy chévere conocer a las profesoras de esta manera, más humana, ver que son alegres a pesar de ser exigentes —cuenta Andrea. —También fue importante co-

—Aprendí mucho sobre cómo reconocer el machismo. Esto me parece muy útil porque en el colegio hay niños que tratan mal a las niñas, se burlan de ellas y ni siquiera se dan cuenta de lo que están haciendo.

y nuestra alcaldesa mayor, que en otros colegios sería el representante del Consejo estudiantil.

Para que la semilla que hoy siembran logre germinar, se requiere de un trabajo constante a lo largo del tiempo y de grandes dosis de optimismo. Creer en el futuro es un requisito para hacer la paz. —No somos seres construidos, somos seres en construcción y cada día podemos encontrar algo más bonito para hacer —dice Jenny. Por eso es tan significativa la participación de Andrea y Germancito en la

nocer las historias de los otros y poder expresar lo que uno opina. En las clases, nunca podemos hablar de lo que pensamos o sentimos, en la Red sí y eso es muy necesario.

Germancito fue todo un personaje en las sesiones, era el menor, pero uno de los más elocuentes. Él tiene muy claro el poder de la palabra y es un conciliador nato. —Aprendí mucho sobre cómo reconocer el machismo. Esto me parece muy útil porque en el colegio hay niños que tratan mal a las

niñas, se burlan de ellas y ni siquiera se dan cuenta de lo que están haciendo. Yo antes no me daba cuenta, ahora puedo decirles que eso no se hace y que si alguien los tratara de esa manera a ellos, se sentirían igual de mal —dice. Quiere uno pensar que en las palabras de Germán Santiago habita la esperanza de un presente mejor para todos, hombres y mujeres. Para Luz Myriam, por lo menos, es un alivio saber que existen niños como él.

Luz Myriam Galeano Cuervo es estudiante de la jornada nocturna en el colegio Japón y también hace parte de la red. La suya es una historia de sufrimiento y también de resistencia y resiliencia. En su caso, los golpes de la vida no han sido metafóricos, han sido de verdad y han hecho mucho, mucho daño. Su malla de salvamento no era muy grande ni muy fuerte, así que le tocó a ella sola salir a flote. Un día se cansó de sufrir maltratos y se fue de la casa, tenía solo 13 años. Con la responsabilidad de sostenerse y de ayudar a su familia, no pudo volver al colegio y quedó a merced de todas las formas de violencia. —He tenido una vida dura desde niña, pero de todas las caídas me he levantado más fortalecida. Por eso estoy aquí, porque creo en la vida y en el amor. Hago de todo,



cuido niños, arreglo casas y soy cantante. Aprendí a cantar de niña, trabajando en los buses, cogía un cepillo y cantaba sobre la grabación del mariachi. Ensayaba y ensayaba hasta que daba con el tono. Ingresé a estudiar en la nocturna porque quiero superarme académicamente para tener una mejor opción de trabajo y para montar mi propio negocio. Con la Red de Facilitadores, aprendí que los sentimientos no son malos ni buenos, son sentimientos y es muy importante reconocerlos para poder manejar los conflictos que surgen todos los días; que si no me cuido a mí, no puedo cuidar a los demás; que, a pesar de las adversidades y las cosas duras que me han hecho, debo perdonarme a mí misma para perdonar a los demás —habla y su sonrisa, haciendo honor a su nombre, lo ilumina todo al otro lado de la pantalla.

Luz Myriam se hizo facilitadora por la paz y la reconciliación porque quiere compartir su historia con otras mujeres y, así, ayudar a prevenir las violencias basadas en el género. Sabe muy bien que la violencia se esconde detrás de los chistes, de la costumbre, de los celos, de las amenazas, de los insultos y de la dependencia económica. Quiere hacerse notar a otras personas y mostrar que hay otras maneras de relacionarse. No desiste de su



empeño en ser feliz, por eso canta, por eso cree en el amor y en que es posible cambiar el mundo, así como ella ha sido capaz de cambiar su vida. Luz Myriam lo tiene muy claro y su historia lo atestigua, no estamos condenados a la violencia, vivir en paz es nuestra decisión.

El curso terminó y todos se sentían diferentes. El día del grado se encontraron los 110 participantes y, por primera vez, pudieron verse a los ojos. Aun a pesar del tapabocas, se reconocieron y cada quién sintió que hacía parte de la historia de los otros. El vínculo estaba ahí. Los sentimientos, las ideas, las opiniones y las experiencias de cada uno se habían entrelazado con las de los demás hasta conformar un tejido colorido, una red que puede llegar a convertirse en malla de salvamento para muchos otros.

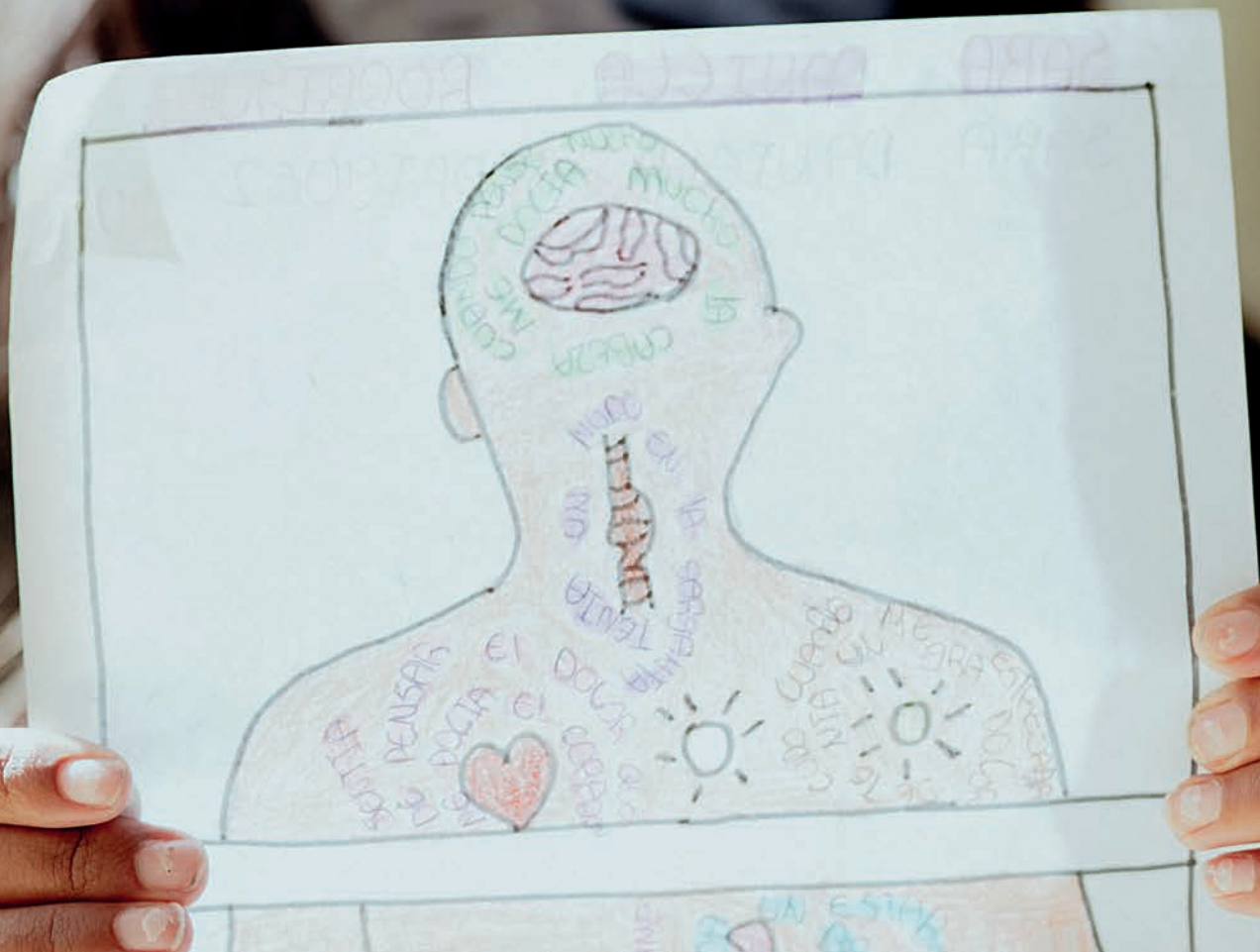
No más con haberse escuchado mutuamente, a punta de palabras, esta red ya tejió los primeros círculos, el reto ahora es extender la malla. La idea es construir paz empezando por el interior de cada uno para que luego el efecto se extienda a la familia, a los compañeros de colegio, a los vecinos y a la ciudad. Esa es la labor de los facilitadores. De cada uno de ellos, puede desprenderse una red nueva, depende de ellos. No es necesario emprender proyectos titánicos y heroicos, se puede hacer en la vida cotidiana con actos sencillos. El de la paz es un camino que se hace al andar y que siempre está en construcción, no es necesario llegar a alguna parte, solo con intentarlo es suficiente.

Tatiana Duplat Ayala



PACTO DE CONVIVENCIA





Colegio La Estancia San Isidro Labrador IED

Cartografías del Habitatar

Cartografías del Habitar

En aquel salón de cuarto grado del colegio La Estancia-San Isidro Labrador (Lesil), a eso de las 11:00 de la mañana, más de treinta chiquillos estaban concentrados en su trabajo sin maestro regañón, ni prefecto de disciplina cerca, nada, solos, dando las últimas pinceladas a un pequeño libro álbum que estaban terminando ese día. Por ahí, entre los pupitres, concentrado en ayudar a hacer un pliegue o en sostener un grano de arroz mientras un niño le pintaba ojos, se encontraba el profesor Mahecha. Silencioso, sin pretensiones, discreto. Uno de esos libritos (en diminutivo, no porque sean hechos por estudiantes de cuarto, sino porque son pequeñas joyas coleccionables) lo está terminando Sara Sofía. Es un libro animado. Los personajes cobran vida tridimensional en la medida que se lee. Sara Sofía ha dibujado a su hermanito en la doble página central y, cuando se abre por completo, de pronto aparecen unas alas enormes que se mueven



En Ciudad Bolívar, hay estudiantes y profesores que se dedican a pintar y narrar el territorio. Es su manera de afirmar la pertenencia al lugar que habitan y donde se tejen los vínculos que le dan sentido a la existencia.





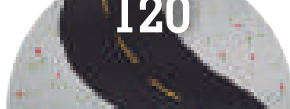
Cuando esas cartas llegaron a El Espinal, produjeron todo tipo de emociones. Se sentaron en círculo, sobre el pasto y todos fueron felices con aquellas noticias que les contaban sus amigos por correspondencia.

contra un cielo azul nostalgia. Ella misma me explicó cómo se mueven las alas de su hermanito y me dijo que él está en el cielo, entonces se formaron nudos en la garganta.

Cartografías del Habitar se llama este proyecto de educación artística. Los alumnos dibujan, cosen, pliegan, empegotan, escriben, colorean, se divierten pintando sus estados de ánimo; a sus amigos, a su familia, a sus vecinos. Hacen mapas increíblemente sabios del barrio entero en donde ubican únicamente lo esencial. Me encuentro de pronto con un cíclope, un pequeño monstruo amoroso y rosado hecho de sentimientos, solo de sentimientos. Lo pintó Diana en su casa durante la pandemia y tiene el estómago revuelto porque su mamá se enamoró; un solo ojo, porque no quiere ver la gente

enferma por ese virus y también tiene el corazón grande porque su vecino se recuperó de esa enfermedad. Todos los estudiantes de tercero, cuarto y quinto de primaria del colegio Lesil han hecho estos mapas emocionales y se han apropiado de su barrio, de su colegio, de sus calles y de sus parques. Esto es especialmente importante porque al barrio llega mucha población flotante y pareciera que es uno de esos no-lugares que se habitan, esos que son de paso, sin cara ni forma, ni sentimientos.

La maestra Alexa, Alexandra Pérez, es la socia, la compinche por excelencia del profe Edgar y de todas sus ocurrencias. Estudió Licenciatura en Español en la Universidad Javeriana. Lo hizo a distancia porque tenía que trabajar como impulsadora de productos varios. En casa de su madre, la cosa estaba dura, negra, diría Chico Buarque a su querido amigo. Se graduó después de seis años. No pudo entrar de inmediato al magisterio, pero tan pronto salió el concurso se presentó, pasó y quedó flechada para siempre con su oficio de maestra. Le encanta lo que hace y se le nota porque le brillan los ojos como a nadie, también le brilla el pelo y le brilla la sonrisa. Sin duda es luminosa ella toda. En el 2018, por ejemplo, Edgar Mahecha fue invitado a Ibagué al Segundo Simposio Regional de Educación Artística



para exponer su proyecto. A pesar de que lo hizo desde el discurso, varios maestros quedaron sorprendidos con la fuerza creativa que tenía implícita.

—Aquí el proceso del aula es determinante, pues se debe acompañar cada acción y retroceso que exista dentro del proceso del niño. Se debe cuestionar el qué pasa y cómo resolverlo, pues el niño tendrá momentos de absoluto despliegue creativo y otros de retraimiento total porque la creación es como la vida misma. Debemos propender por hacer del colegio un territorio existencial que permita la producción de existencias singulares; la construcción de sujetos emancipados de toda dinámica de control social y político; niños y niñas críticos y reflexivos de su contexto, propositivos, que articulen y generen cambios trascendentes en su comunidad, que se atrevan a soñar y a cumplir sus sueños, que, desde las imágenes, objetos, movimientos y sonidos que emitan, puedan reconstruir el habitar-ser en el mundo.

Obviamente el profe Mahecha hizo buenas migas con la comunidad del Simposio. Pudo explicar mejor su proyecto y aprender de las experiencias que traían los demás. Uno de ellos, maestro de la escuela rural Llano del Pozo en El Espinal, Tolima, le propuso que hicieran algo en conjunto, algo en donde pusieran a conversar esa modesta escuelita regional

con aquel enorme colegio de Ciudad Bolívar.

Al profe Mahecha se le ocurrió de inmediato establecer una correspondencia entre los alumnos de esos dos mundos. Fue una experiencia sin par que debería ser replicada por todos los colegios del país: que cada colegio escoja otro colegio para conversar, que sea al azar la elección entre colegios públicos, rurales, privados, isleños, religiosos, nocturnos, vespertinos, llaneros o guajiros y que conversen sobre su forma de ver el mundo para que de uno y otro lado se asombren con cada palabra.

Alexa dice que fue una experiencia sin par porque los niños, cuando tienen un lector de carne y hueso del otro lado, sienten la necesidad de contar de verdad sobre sus



Cartografías del Habitar no es solo decirles a los niños que pinten y ya. Es un trabajo largo, dispendioso, lleno de mágicos secretos de pedagogía que los niños ni siquiera sospechan.

vidas. Es claro que escribir una carta a un niño de El Espinal no es una tarea de lengua castellana, no se trata de hacer un ensayo sobre la vaca, uno de esos que, a la postre, no dicen nada porque todos dicen lo mismo. Este ejercicio les dio la oportunidad de expresarse, de contar sus verdades, sus casas, sus emociones, sus vidas, sus entornos. Alexa les ayudaba, por supuesto, a que cada carta representara lo que querían decir. Cuando esas cartas llegaron a El Espinal, produjeron todo tipo de emociones. Se sentaron en círculo, sobre el pasto y todos fueron felices con aquellas noticias que les contaban sus amigos por correspondencia.

El colegio Lesil existe gracias a un esfuerzo popular. Fueron los vecinos los que impulsaron la idea frente a la Secretaría hace veinticinco años. La impulsaron con hechos. Donaron el lote para que el Distrito hiciera una escuela para sus hijos. Hoy en día, tiene dos sedes y es un colegio impecable por donde se mire. Tiene 2800 alumnos, 116 maestros

y 6 administrativos. Edgar Mahecha se siente abrigado por la institución. A la rectora, le dice la capitana del barco. Se llama María Virginia



Salinas Bustos y es la rectora desde hace seis años. Con la pandemia y el obligatorio uso del tapabocas, ha desarrollado algo que podría llamarse una carga ocular. Es feliz. La encontré en las barandas de la segunda cubierta del barco mirando hacia la cancha recién pintada. Cuando llegó a dirigir el rumbo de La Estancia, lo primero que hizo fue visitar la sede B, la más antigua, para hacer un diagnóstico de la sede física. Logró que la Secretaría de Educación del Distrito le aprobara un presupuesto para cambiar la cubierta, que en ese entonces era de asbesto. —Era muy importante empezar por levantar la sede, ponerla bonita —dice.

Se siente muy orgullosa de todo su equipo y los apoya en todo —porque esa debe ser la misión de un rector: si el docente le trae un proyecto, lo que debe hacer el rector es apoyarlo decididamente con espacio y recursos —dice. Luego se queda como alelada mirando los detalles del colegio y remata: —Los niños han hecho unas cartillas muy buenas, hemos hecho la cartografía social con ellos.

Cartografías del Habitar no es solo decirles a los niños que pinten y ya. Es un trabajo largo, dispendioso, lleno de mágicos secretos de pedagogía que los niños ni siquiera sospechan.

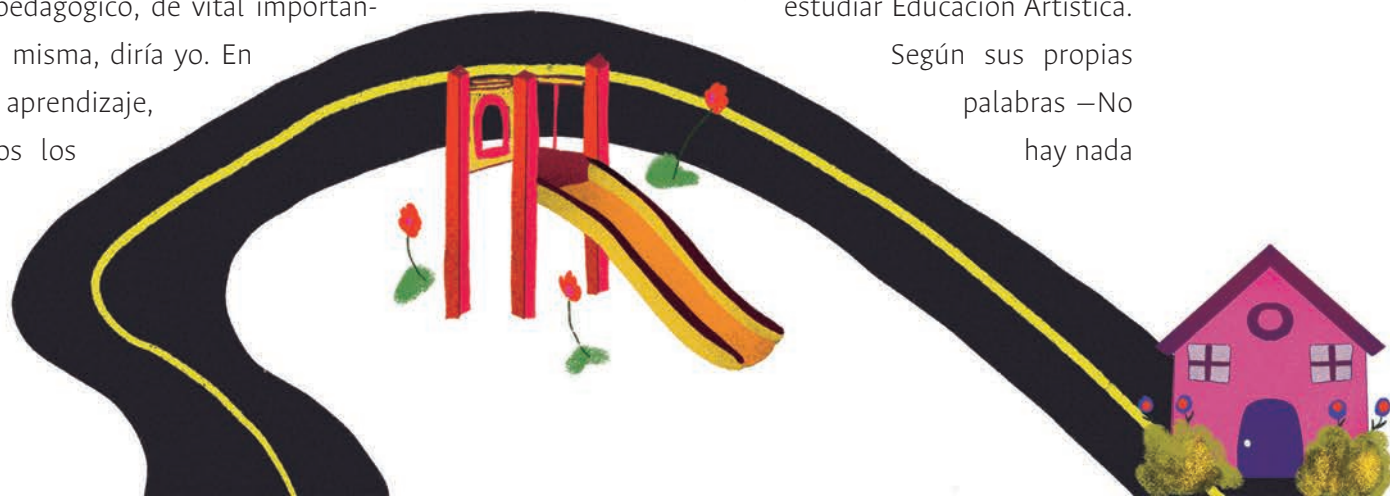


Alexa rescata muchas cosas del proceso. Una de ellas es que algunos niños convencidos de que no podían hacer nada de pronto descubrieron que sí y se llenaron de motivos para sonreír de repente. Los niños aprenden a identificar y reconocer procesos mentales complejos. Lo que parece tan obvio, por ejemplo, no lo es. Cosas como identificar la familia, el colegio, sus círculos de amistad resultan siendo tareas complejas que requieren trabajo y apoyo, sobre todo apoyo. —El profesor Edgar no hace un ejercicio general y listo, no. El profesor Edgar se sienta con cada uno, escucha las ideas y los guía —cuenta Alexa. Por eso es habitual encontrar al profe con las manos untadas de pintura, ayudando a doblar el papel como se debe o haciendo una tarea que uno de los alumnos le encomendó. —El profe Edgar es increíble —dice Alexa. Ella también lo es. Es increíble ver a los chiquillos concentrados en sus obras, increíble saber que se cartean con otros niños que no conocen físicamente, increíble que hayan logrado hacer de la educación artística algo esencial en el proceso pedagógico, de vital importancia para la vida misma, diría yo. En ese camino de aprendizaje, participan todos los

niños e incluso se destacan los que tienen necesidades educativas especiales.

¿Quién es entonces Edgar Mahecha? Un Labrador de espíritus, como San Isidro lo era con la tierra. El profe Mahecha es como una llave que abre la caja donde están las posibilidades. Su familia es similar a las familias de la mayoría de sus estudiantes: un papá obrero, mamá ama de casa, de economía limitada. Estudió hasta séptimo en un colegio público porque se ganó una beca en uno privado. Allí se dio cuenta de otras cosas, otras posibilidades. Le impresionó que en ese nuevo colegio existía un día de autogobierno y aquello le quedó sonando porque ese día era como debían ser los días del año: cada niño concentrado en un proyecto personal, sin necesidad de un guardia de vigilancia. El profe es un transgresor profesional, uno de esos que no pierde de vista nunca que hay que educar desde las diferencias; que las sociedades normalizadas, homogenizadas y pasteurizadas solo producen esclavos. Por eso el profe Mahecha tenía clarísimo que quería estudiar Educación Artística.

Según sus propias palabras —No hay nada



más revolucionario que estudiar arte siendo pobre –. Uff. Tampoco hay una verdad tan poderosa como esa. Con ese sencillo acto el profe Mahecha evadió el destino que la sociedad le tenía preparado, uno acorde con sus posibilidades económicas, sin estudiar y engrosando la fuerza laboral a sus 18 años, sin nada en el equipaje.

Desde ahí, trabajan el profe Mahecha, el colegio Lesil entero y su amiga compinche, Alexa, desde educar desde la dignidad, crear capacidades, como bien lo dice la filósofa Martha Nussbaum. Resulta

De cada curso, se hace un fanzine con la recopilación de los trabajos y se imprimen las copias necesarias para abastecer la demanda.

por lo menos curioso que el colegio y el barrio se llamen La Estancia porque una acepción de la palabra se refiere a la permanencia de una persona en un lugar durante un tiempo determinado, es decir, se vale decir que la estancia es un hogar de paso. Aunque en esa definición lo que más resuena es el concepto de lo temporal, lo verdaderamente importante es

la palabra *hogar*. Es ahí donde el profe instala sus Cartografías del Habitar. Al profe, lo primero que le encantó fue que el colegio haya sido gestionado por la comunidad porque sabe la potencia que tiene lo comunitario, pero también encendió las alarmas porque sabe que Ciudad Bolívar está en constante movimiento, llegan y salen familias cada día y eso puede desaparecer los vestigios de lo comunitario. El profe está interesado en que todos y cada uno de los niños se apropien del territorio, sean conscientes de él, lo extrañen cuando se vayan o lo mejoren si permanecen. De alguna manera, quiere combatir el desarraigo, esa palabra tan cruel. Una definición encontrada en la web lo dice todo: “es la pérdida o corrupción de las raíces sociales y familiares [sic] sufriendo la identidad personal un extrañamiento o pérdida de sentido vital, cultural y social. El desarraigo repercute en la vida emocional de las personas y los grupos sociales”.

En la conferencia de las Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos, Agenda Hábitat de 1996, los países firmantes destacaron, entre otros factores, la importancia de la preservación de la identidad cultural de los migrantes y de la igualdad de oportunidades para el desarrollo personal, cultural, social y espiritual de todos. Todos los países

firmaron ese compromiso. Colombia también hizo la promesa de proveer para todos una vida decorosa en condiciones de dignidad, buena salud, seguridad, felicidad y esperanza. Eso prometieron.

El profe Mahecha y el colegio La Estancia San Isidro Labrador quieren dejar huella en esas infancias, que sean infancias inocentes y eternas como en *Los días de algodón*, el poema de Piedad Bonnett: “Eran los días / de cara al cielo azul, donde una nube / era un oso tocando una guitarra. [...] Eran los días/ de seguirle la pista a una lombriz / que abrió un agujero entre la tierra [...]”. Edgar Mahecha lleva apenas cinco años en el colegio. Venía del colegio Guayasamín de Usme donde logró hacer un proyecto de libros de artista con los niños, que a la postre fue reconocido con el premio Compartir al maestro. Allí, crearon una vocacional en arte y Edgar era el encargado de enseñar diseño, pintura, fotografía, dibujo, libro artista y de mural. Trabajó dos años.

Llegó a La Estancia porque así lo quiso la rectora, María Virginia, la capitana del barco, que quería abrirle un espacio relevante a las artes en primaria, donde no es obligatorio. —De

una me pongo en la tarea de hacer un diagnóstico. Me doy cuenta de que hay muchas carencias motrices y, además, mucha demanda creativa. Entonces, diseñé el *currículum* haciendo énfasis en actividades que les permiten crecer en los lenguajes artísticos y, además, hacer cosas para ellos, como el álbum —dice el profe Mahecha.

Para el profe, contarse hace parte del proceso de reconocerse. Si un niño se reconoce como un ser emocional, inteligente, sensible puede reconocer a los demás de la misma manera. El proceso de Cartografías del Habitar se divide en tres momentos. Primero, los niños de tercero trabajan sobre su



origen. En lo posible, deben preguntar a sus padres de dónde vienen, cómo ha sido su trasegar, cuándo llegaron a La Estancia, cuáles fueron las situaciones y decisiones que los llevaron al embarazo, hasta indagar sobre su nacimiento y construir su historia de vida. Luego, en cuarto grado, el profe les pide a los niños preguntar sobre su núcleo familiar. Por lo general, en ese momento, dibujan un autorretrato y hacen su propio álbum de la familia. Finalmente, en quinto grado, los niños trabajan cartografía social. Se trata de contar cómo es el barrio, cuáles son los lugares importantes, cómo se relacionan con esos espacios. —Con esos relatos hacemos un mapeo, seleccionamos palabras y frases icónicas dentro del relato y de ahí construimos imágenes —cuenta el profe mientras me muestra una de sus publicaciones de Lesil ediciones, todo orgulloso.

Mientras me pasa una de las ediciones, recita con especial cuidado una especie de discurso institucional —En el año 2018, creamos nuestro sello

editorial Lesil, cuya finalidad es posibilitar un espacio en que los niños y las niñas de grado cuarto y quinto de primaria se cuenten, narren su vida y sus sueños, anhelos y deseos

más sinceros por medio de la creación de libros que permitan a los y las estudiantes poder transmitir aquello que quieren decir sobre sí mismos, sobre sus familias y su contexto —. Lesil ha publicado dos ediciones una en 2018 y otra en 2019. De cada curso, se hace un fanzine con la recopilación de los trabajos y se imprimen las copias necesarias para abastecer la demanda. En 2018, el tiraje fue de 400 copias que se repartieron entre los niños, los padres de familia, todos los profesores de primaria y la rectora; en 2019, fueron 350. El dinero para la impresión lo puso el colegio, se sacó del presupuesto destinado a didácticas.

Además de la edición, y por si fuera poco, se han hecho dos exposiciones con los trabajos de los niños y niñas. Toda la comunidad educativa asistió. Los niños, los artistas, tenían la oportunidad de explicar la obra para todo el que quisiera: un joven de décimo, un padre de familia, una profesora o un vecino. El profesor Mahecha dice que ha aprendido mucho y que siente que el proyecto le puede aportar bastante a todos los niños, niñas y padres de familia, al colegio, al vecindario y a la sociedad en general. —Lo que he aprendido en este camino es que los niños y niñas tienen la necesidad de comunicar su universo y la forma cómo conciben el



—Con esos relatos hacemos un mapeo, seleccionamos palabras y frases icónicas dentro del relato y de ahí construimos imágenes.

mundo; que el trabajo en equipo genera respeto y afecto por el otro y que eso, en nuestro país, es una necesidad latente. Tal vez no son hallazgos nuevos, pero la forma como se canalizan las necesidades de nuestros niños y niñas son de vital importancia para generar cambios reales en la sociedad.

Las cartografías de los fanzines son de una sinceridad contundente. Algunos chiquillos pintan un nudo gordiano de avenidas entre la casa y el colegio, calles y calles que desembocan en más calles hasta que por fin se llega al colegio. La gran mayoría de los niños consideran La Panadería uno de los lugares más importantes del universo. Con toda la razón, porque allí están los roscones, las chicharronas, los panes de uva, los mojicones, todo lo necesario para sobrevivir en La Estancia. En casi todos los mapas, está el colegio grande, pintado con felicidad, como uno de los lugares de esparcimiento.

Claro que hay parques y están las casas de los amigos. Hasta se pueden encontrar delaciones veladas o no tan veladas —Aquí vivo yo y aquí vive mi amiga Isabel, que es mala.



Me fui con uno de esos mapas a tratar de encontrar las pistas y llegué a la panadería de don Henry. Su hijo Daniel estudia en el colegio y está en sexto grado. A la panadería, cada cinco minutos, llega un niño con unas monedas a tratar de cambiarlas por algo dulzongo. Don Henry me dijo que su hijo hizo quinto en plena pandemia y que fue muy duro para todos. Recuerda especialmente el día en que Daniel llegó con una carta para la familia. Era una carta ilustrada con sus dibujos. —Nos hizo llorar a todos —cuenta don Henry —porque pedía que nos quisiéramos más, nos pedía el favor de no morirnos, de hacer más lasañas —. De pronto tuvo que dejar de hablar porque le subió un nudo a la garganta. Me dijo que hablar de esto le recordaba a su abuelo, que murió de covid en septiembre del 2020.

El profe Mahecha hoy en día vive en Suba. Para quienes no conocen Bogotá, hay que aclarar que entre su casa y el colegio hay aproximadamente 20 kilómetros. 20 multiplicado por dos o por tres en el tiempo porque el tráfico, porque el invierno, porque

un pinchazo, porque los accidentes, porque es una ciudad enorme. En un día normal con un tráfico normal, se puede tardar en llegar al colegio una hora y cuarto más o menos. Cuando llega al colegio está a la orden de esas cartografías sociales que los niños hacen. Entonces, se sienta en los pupitres, conversa con los niños, amasa plastilina, recorta y pega, se divierte con los cuentos de los niños. Así pasan los días en aquella Estancia-San Isidro Labrador y

así, este profesor Edgar Mahecha y su proyecto de labranza. Así les enseña a esos niños a reconocer sus caminos, a entenderlos, a tenerlos en el corazón como en ese poema de Machado que Joan Manuel Serrat inmortalizó por el mundo: Caminante, son tus huellas /el camino y nada más; / Caminante, no hay camino, /se hace camino al andar.

Cristian Valencia







Colegio José María Vargas Vila IED

Soma Pedagogía y arte

Soma Pedagogía y arte

En el departamento de guion, tenían más o menos las cosas claras, solo estaban afinando detalles conceptuales con el departamento de filosofía. En el departamento de producción, estaban desglosando la historia para saber los requerimientos reales y comenzar a buscar el presupuesto. Las dos coreógrafas llevaban más de un año trabajando con los integrantes del curso en diferentes técnicas y habían discutido con los guionistas algunos detalles. Obviamente estaban supeditadas al guion final y a que el departamento de música entregara la banda sonora definitiva. El departamento de efectos especiales, por obvias razones, mantenía una comunicación constante con los guionistas, las coreógrafas, la gente de producción y, en general, con la dirección de arte que estaba en plena producción de las máscaras, el vestuario y el diseño de luces. La presentación final sería en el Teatro de La Victoria, el único lugar posible para presentar *Las bestias de*



Una comunidad entera se encuentra, se conoce y se reconoce alrededor del teatro. Allí, todas las personas y las disciplinas del conocimiento se ponen al servicio de una causa común, la puesta en escena.





Inglaterra, la segunda obra del colectivo Soma, que pondría en escena más de 150 actores, 70 operarios tras

bambalinas y a toda la comunidad educativa del colegio José María Vargas Vila. Fue apoteósico. Aquello sucedió a finales de 2019.

El colegio queda en el más profundo sur de Bogotá, en la vía que conduce a la vereda Quiba que forma parte del territorio agrícola de la ciudad. Desde aquellas lomas, a casi 3000 metros de altura sobre el nivel del mar, el centro de Bogotá se ve como un espejismo. Tal vez lo sea. Esa Bogotá de edificios altos, esa Bogotá de los plegables turísticos bien puede ser una distopía de la misma estirpe de los libros que alimentan las obras del proyecto Soma. Claro que esta visión de mundo se ve en las obras que producen. Tanto maestros como alumnos tienen una mirada crítica sobre la realidad que les ha tocado en suerte, una mirada que resulta siendo la impronta creativa de todos los integrantes del proyecto. No cabe duda de que si tuvieran más herramientas y presupuesto, estos profesores estarían en condiciones de producir obras para presentar en los teatros más conspicuos del país como el Colón, el Amira de la Rosa, el Pablo Tobón Uribe, el Enrique Buenaventura o cualquier otro. Si hicieran cine, harían cine social de autor, de

la misma potencia del Cinema Novo Brasileño de comienzos de los años 60, que se especializaba en mostrar las contradicciones de la realidad valiéndose de personajes que, por lo general, vivían alejados de esos centros principales, y lo harían con más desparpajo, con más humor.

Para llegar a la puesta en escena final de *Las bestias de Inglaterra*, se necesitó del trabajo de muchas personas y sobre todo de una concepción pedagógica integral. El modelo de enseñanza que han aplicado este puñado de maestros es el mismo modelo que se aplica en países como Dinamarca o Finlandia, es decir, trabajan sobre un proyecto conjunto desde todas las disciplinas. La maestra Paola Salazar, Licenciada en Química y una de las más apasionadas integrantes del *staff* creativo de Soma, por ejemplo, se dedicó a trabajar con los estudiantes los efectos especiales que necesitaba la obra: pócimas verdes que chorreaban humo, menjurjes explosivos y todo desde la química aplicada y en compañía de sus alumnos. En matemáticas, trabajaron sobre todo el conocimiento necesario para la obra, activaron saberes de pesos y medidas. El grupo de producción de matemáticas estuvo encargado de construir un asiento que pudiera soportar el peso de la reina, así que entre



todos tuvieron que medir, pesar y calcular para tener un asiento a la medida. Todos eran conscientes del rigor con el que debían afrontar el trabajo porque se trataba de la realidad. No eran fórmulas químicas en el vacío, ni operaciones matemáticas para obtener un resultado. No. Lo que hacían se veía representado en la realidad y además lo vería un público desconocido. Lo mismo pasó con el profesor de música que se fajó con los estudiantes tremenda investigación sobre la música celta y comenzó a componer con ellos una obra en consecuencia.

La semilla del proyecto Soma fue sembrada en el 2017 por la profesora María Victoria Reales. De pronto, se dio cuenta de que el colegio entero estaba en medio de una epidemia de apatía y desinterés por el Español, una materia transversal a todas las demás porque el que maneja el lenguaje tiene la llave para abrir con más facilidad las puertas de otros conocimientos. María Victoria estaba interesada en que aprendieran del lenguaje algo más que el manejo del adjetivo, el adverbio y la conjunción. Ella quería acercarlos a la lectura, a la literatura, a la pasión por las historias. Tal vez habló en voz alta en la sala de profesores y tal vez su amiga y compañera, Janeth Osorio, maestra de Matemáticas, sintió que tenía toda la razón y que

debían hacer algo para ganarle la batalla a esa epidemia que se estaba apoderando de todos los cursos.

—El clic fue en el 2017 cuando por fin encontré una obra literaria que los enganchó —dice María Victoria. —Empezamos con *Satanás* y a los pocos meses encontramos entre todos *La reina Roja*, que fue la verdadera locura. Lo fue. *La reina Roja* es una novela de más de 500 páginas y se volvió tan popular en el colegio que hasta los vigilantes y el personal del servicio se engancharon con ella. Muchos estudiantes se leyeron los cuatro libros de la saga completa.

María Victoria es amiga de la maestra de matemáticas, Janeth Osorio, no solo porque son compañeras, sino porque son apasionadas por la danza. Paralelo a sus estudios de lengua castellana y matemáticas se han dedicado a la danza con la pasión, la disciplina y la entrega de las bailarinas profesionales. María Victoria se especializa en bailes populares y folclóricos, Janeth es una enferma por la danza urbana en todas sus formas. Así que pensaron que la mejor manera de atraer a los chicos era con el movimiento. Sabían que eso sería posible porque a la gran mayoría de estudiantes del José María Vargas Vila



les apasiona lo corporal, las artes y el deporte, debido quizás a la influencia de la población afro del colegio que proviene de todos los litorales bailables de Colombia. Para entonces, también se vinculó el profe de música y, cuando menos pensaron, tenían montada una puesta en escena de 10 minutos que fue presentada frente a todo el colegio.

Ahí quedó la semilla, calientica y germinando bajo el sustrato de ese diciembre. Apenas despuntó el 2018, aquella semilla ya había brotado tallo y la fiebre se convirtió en una verdadera pasión. *La reina Roja* creció de tal manera que se fueron vinculando más maestros, más materias, más niños. Cada profesor empezó a tratar de que cada cosa quedara mejor. En un abrir y cerrar de ojos, había 30 profesores vinculados y todo un colegio completamente interesado en hacer un montaje verdadero.

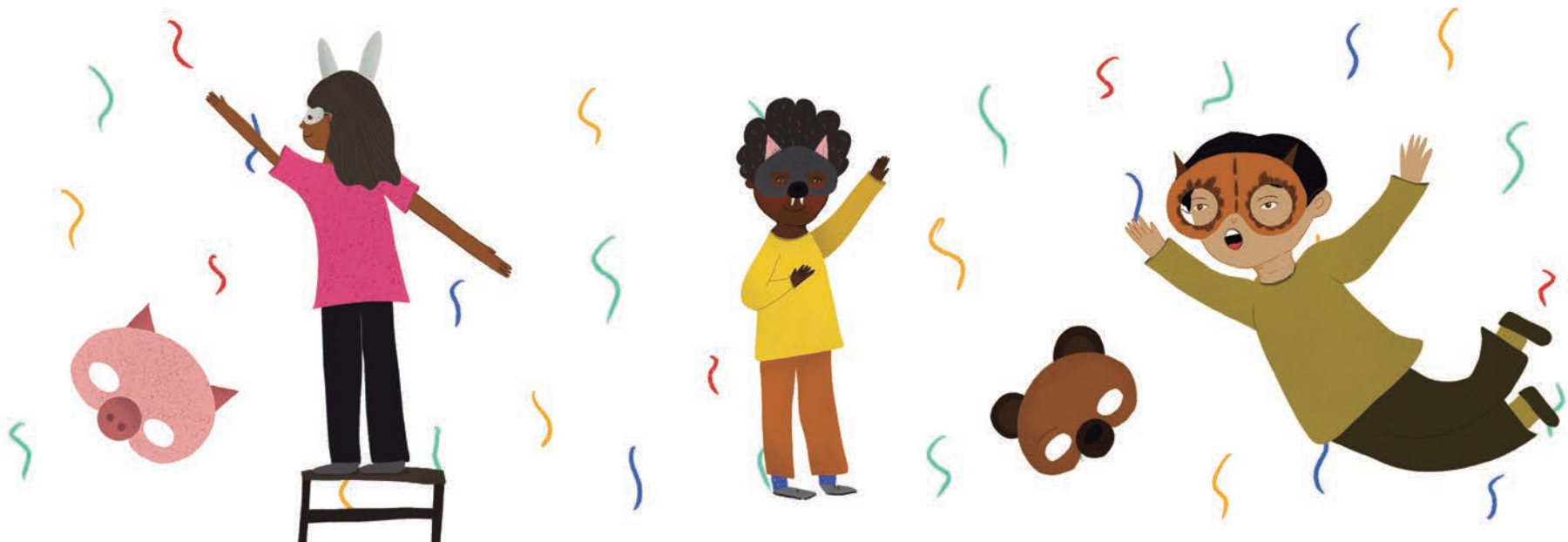
El boca a boca de lo que pasaba fue tan intenso que muchos de los estudiantes que se habían retirado en 2016 decidieron regresar al colegio para poder participar del montaje. Aunque este significaba trabajo, estudio y sacrificio, era tal el furor colectivo que aquello no importaba. En todo caso, necesitaban darle forma al engendro para que no quedara como un puñado de muchachos haciendo danzas atacados de la risa. Fue ahí donde llegó el profe Germán Conde, Licenciado y maestro en Filosofía, a conceptualizar la propuesta para sacarle el mayor provecho pedagógico posible. Lo articularon todo alrededor de un foro sobre *La reina Roja*. Los estudiantes tenían que encontrar analogías entre el *Mito de la caverna* y el argumento de *La reina Roja*, conversar sobre la lucha de clases, la división social, la monarquía y las instituciones democráticas.



El cronograma del 2018 fue muy exigente. Los profesores invirtieron parte de su tiempo libre. Trabajaron en las tardes, en sus casas, en los recreos. Los alumnos también se esmeraron. Antes del mes de marzo tenían un cuadro de Excel con funciones concretas y productos específicos que deberían estar en una fecha única si querían tener la obra lista para presentarla en noviembre. La articulación de cada detalle, cada asignatura, cada alumno fue tal vez la labor más exigente de todas. El trabajo tuvo cuatro componentes implícitos pero invisibles en la obra final, aunque estuvieron presentes en cada momento: el componente artístico-creativo, el argumentativo, el científico y el empresarial. Cada uno de ellos vinculaba distintas disciplinas que, a la postre, terminaron siendo todas las asignaturas que se dictan en el colegio, incluyendo Educación

Física, Ética, Tecnología, Bioprofundización y Física, Ciencias Políticas y Filosofía. Todas son todas. En la página web del proyecto soma se lee:

El proyecto nace del interés de la investigación del cuerpo como núcleo integrador y articulador de los aprendizajes en la escuela en el año 2018. La experiencia de innovación pedagógica se concreta en el colegio José María Vargas Vila inicialmente con los estudiantes de los grados 10 y 11 y la participación de las diferentes áreas el conocimiento y de la comunidad educativa para la elaboración y consecución de un producto artístico (Obra titulada *Plata y Sangre*) y el Foro (Discurso y Poder), mediados por actividades complementarias que permitieron la movilización de aprendizajes significativos en la escuela.



En el guion de *Sangre y plata*, apareció toda la fuerza creativa. Es un guion con todas las de la ley. Guardadas las proporciones, tiene todo lo que tiene el guion del archifamoso musical *Mamma Mia* de Catherine Johnson, que se presenta en Broadway todos los años. Tiene anotaciones técnicas de luces, de movimientos de los personajes, de vestuario, de escenografía, del minuto exacto en que entra cada pista de la banda sonora, que en el caso del proyecto Soma es completamente original.

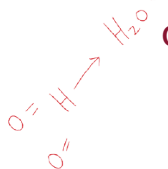
Los profes dicen que aquello fue una verdadera locura. Participaron todos los estudiantes de décimo y once, y aquel delirio se apoderó de todo

el colegio. Los más chiquitos se gastaban el recreo husmeando por las ventanas los ensayos. Todos los profesores, cuando hablan del proyecto, lo hacen como si se refirieran al momento justo en que encontraron una mina de oro, la veta enorme brillando al fondo del socavón. No todos los jóvenes querían ser actores principales o primeros bailarines. —Eso fue lo más hermoso del proyecto —dice Janeth Osorio, la verdadera reina del *freestyle*, el *breakdance* y el *B-boying*. Solo querían participar en la medida de sus capacidades. Algunos cosieron trajes, otros se dedicaron a la escenografía y así hubo carpinteros, científicos, químicos, costureros, utileros, tramoyistas, luminotécnicos. Todos aprendieron de todos. A la hora de montar luces, se inventaron reflectores con tarros, bombillos led y papel celofán. También hicieron un plano de luces en donde cada operario debía seguir a tal o pascual personaje según las indicaciones.

Germán Conde Rodríguez, el filósofo detrás del tinglado, cuando se refiere al proceso, lo hace como si estuviera describiendo el proceso por el cual la humanidad llegó a ese grado de evolución. Casi todo fue y es elaborado por los estudiantes, que asumen roles y



Esa gran hermandad, tal vez distópica, siempre orgullosa de su ciudad excéntrica, enclavada a 3000 metros de altura.



se apoderan del proyecto. Una niña, por ejemplo, se encargó de tomar las fotos solo porque su papá trabajaba en fotografía, también hizo las tomas para las boletas y el volante; otra se encargó de los peinados; cuando necesitaron vestuarista apareció la familia de un alumno que sabía de costura y, junto con el niño, se encargaron de coser todo el vestuario.

—Fue muy emocionante —dice el profesor Conde. —El proyecto superó las expectativas de interdisciplinaridad. Comenzó de manera horizontal y sin darnos cuenta se convirtió en la médula espinal, transversal a toda la propuesta educativa. Por ejemplo, Freddy Triana, el profe de educación física, se propuso hacer una coreografía con las peleas. Toda la escenografía la hicieron los estudiantes con el profe de matemáticas: tomaron medidas y sacaron promedios de pesos para poder construirla y trabajaron geometría avanzada, porque la escenografía tenía

unos cubos que giraban y cambiaban el *backing* por completo, es decir, el ambiente de toda la escena.

La obra se presentó el 18 de octubre de 2018 en el auditorio de La Normal Distrital María Montessori. El volante de la invitación fue diseñado, obviamente, por el departamento de diseño de invitaciones. En la imagen de fondo, aparece una ciudad completamente devastada y, en primer plano, uno de los integrantes de la hermandad de los rojos lleva una máscara antigás y está acurrucado en un gesto desafiante y altivo. El lema dice: “rojos como el amanecer”. Lo demás es la información institucional con ciertos toques mágicos:

El colegio José María Vargas Vila invita al estreno de la obra *Sangre y Plata*, adaptación del libro *La reina Roja*, de Victoria Aveyard [...]. La planeación y preparación de la obra se ha desarrollado durante todo el año lectivo y presenta elementos artísticos, teatrales, musicales y coreográficos creados por los estudiantes. [...] El valor de la entrada es respeto y tolerancia.

Chapeau para todos, sin duda hay que quitarse el sombrero frente a tan artística elegancia.



Primer llamado. Queridos lectores, favor apagar sus celulares. Están cordialmente invitados a esta primera escena. Sepan que están frente a un mercado callejero en una calle desolada:

Desarrollo de la primera escena:

Pista 1. “Danza del oso”, música celta con la que se desarrolla la coreografía del mercado. Ingreso de los plateados al mercado. Entran plateados por parejas y por tríos, muy sofisticados. Miran que tienen los rojos para ofrecer en el mercado. Los rojos, al percatarse que los plateados han llegado, quieren llamar la atención de estos para que les compren a ellos (se ejecutan secuencias de movimientos con los objetos que cada puesto vende, se desarrollan retos corporales entre los distintos puntos de venta). Los plateados son atraídos por las técnicas de venta de los rojos y van rotando de puesto en puesto. En uno de los puestos está Gisa tejiendo y debe salir de su puesto en un momento determinado para interactuar con Mark. También deben estar Evans, Carla, Margie y Farley interactuando en el mercado.

La escena completa termina en un pico alto cuando los rojos intimidan a los plateados a tal punto que los obligan a salir del escenario. Se apagan las luces. En este momento, darían ganas de aplaudir porque este colectivo Soma sabe lo que hace. No solo entiende los movimientos generales de la dramaturgia, sino que saben que mientras estén las luces apagadas pueden preparar la escenografía de la segunda escena en donde tienen que hacer un juego con imágenes proyectadas y escenografía palaciega.

No hay mucho que agregar ante la contundencia del montaje, pero, por si las dudas académicas, ahí va un ejercicio de falso verdadero sobre el proyecto en general:

Aumentó la autoestima y mejoró la salud emocional de los niños porque sintieron que podían ser orgullosos habitantes de Ciudad Bolívar y que la estigmatización hacia esa localidad es sencillamente un prejuicio. (Falso) **(Verdadero)**.

Desde la danza se puede mejorar el manejo espacial, la concentración, la atención y estas habilidades mejoran incluso el desempeño en matemáticas. (Falso) **(Verdadero)**.



En cualquier lugar, se puede dar un ambiente de enseñanza y aprendizaje, no solo en el aula. (Falso) (**Verdadero**).

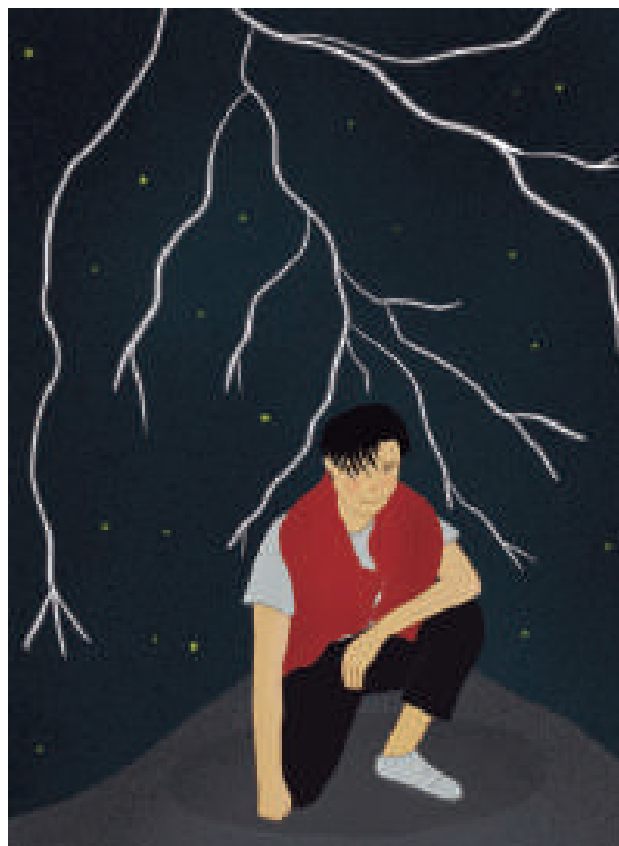
El trabajo en equipo hizo que se fortalecieran los lazos entre la comunidad educativa y se vindicara la solidaridad como una forma de estar en el mundo. (Falso) (**Verdadero**).

Promovió la lectura, la escritura y el pensamiento crítico. (Falso) (**Verdadero**).

La lista podría ser interminable. Es una apuesta tan revolucionaria y ganadora en tantos niveles que es imposible que tenga detractores. Tal vez el único inconveniente que tiene es que podría ser mejor si tuvieran un apoyo económico de alguna fuente distinta a ellos mismos porque hasta el momento todo el presupuesto para el vestuario, los peinados, la escenografía, todo en general corrió por cuenta del bolsillo de los profes, de los alumnos y de un par de premios que se ganaron.

María Victoria Reales lo presentó al 5to Premio Nacional al Docente BBVA en 2019 y se lo ganó. Aunque la plata era para el maestro ponente como ella es tan real, como su apellido, decidió invertir el premio en el proyecto. El acta dice que:

La ganadora en esta categoría fue la docente Victoria Reales, de la IED José María Vargas Vila, de Ciudad Bolívar, con Proyecto Soma: *La reina Roja*, iniciativa que destaca las habilidades artísticas de los estudiantes y que, a través de la lectura, los enfoca en el desarrollo de potenciales artísticos y de dramaturgia.



También se ganaron el premio a la Investigación y a la innovación educativa en el 2020, que otorga el Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico (IDEP). El acta dice que luego de evaluar 151 proyectos, 44 de investigación y 107 de innovación, han decidido otorgar uno de los premios de innovación al proyecto Soma: *La reina Roja*, creado por María Victoria Reales Moreno, Janeth Osorio Prieto y Germán Conde Rodríguez del colegio José María Vargas Vila, porque “esta iniciativa busca promover la autonomía desde la danza, las matemáticas y el área de Español, además de rescatar y potenciar las destrezas de las y los estudiantes”.

Para el año 2019, como ya tenían toda la experiencia del año anterior, los profes decidieron meterse en una camisa más grande que una de once varas. Ya no solo trabajarían con *La reina Roja*. Ampliarían el horizonte conceptual a otros mundos. Propusieron bibliografía para cuatro ejes temáticos: en el eje Distopías: *Un mundo feliz*, *Mercaderes del espacio*, *Neuromancer*, *Fahrenheit 451*, *Divergente*, *Los juegos del hambre*, *La reina Roja* y 1984; en el

eje Historia de Colombia: *Siervo sin tierra*, novela de Eduardo Caballero Calderón, y *Crecimos en la guerra*, crónicas de Pilar Lozano; y en el eje de Sociedades líquidas (estado fluido y volátil de la actual sociedad, sin valores demasiado sólidos, donde la incertidumbre por la rapidez de los cambios ha debilitado los vínculos humanos): *La rebelión de la granja* y *El señor de las moscas*. El foro propuesto desde filosofía llevó por título “discurso y poder”, como eje conceptual de toda la propuesta escénica.

Con esa ambición lograron montar *Las bestias de Inglaterra* y presentarla para todo el mundo en el teatro La Victoria. En esa ocasión, los chiquillos de primaria, esos que miraban los ensayos en los recreos en 2018, pudieron participar también con sus máscaras. Se sintieron parte de esa gran hermandad que se llama proyecto Soma. Esa gran hermandad, tal vez distópica, siempre orgullosa de su ciudad excéntrica, enclavada a 3000 metros de altura, allá en la frontera rural de Bogotá, en el corazón de esa incomprendida Ciudad Bolívar.

Cristian Valencia







Colegio Carlo Federici IED

Sin Etiquetas

No somos, estamos siendo

Sin etiquetas

No somos, estamos siendo

Gabriela se mira al espejo y lo que ve le encanta, es ella, tal y como quiere ser. Se pinta la boca, se alisa la falda, asegura sus tacones y así, aferrada a sus convicciones, sale a la calle a desafiar al mundo. Pisa fuerte y, con cada paso, va pateando prejuicios y estereotipos. No le importa el qué dirán, solo quiere ser ella misma; allá los otros, sus señalamientos y sus palabras hirientes. Ha decidido no juzgar a nadie por su apariencia y pide el mismo trato para ella, es lo mínimo. Por eso vestirse se ha vuelto una declaración de principios, la afirmación de una manera de entenderse a sí misma y entender su relación con los demás, más allá de los moldes y las etiquetas que encasillan. Vestirse, de una u otra forma, es su manera de gritarle al mundo que su cuerpo le pertenece por entero, que solo ella decide sobre él y que siempre está en construcción. Nunca somos, siempre estamos siendo. Esto lo ha aprendido en el colegio y es tal vez la más bella lección



En Fontibón, una docente, sus compañeros del Departamento de Sociales y los estudiantes lideran una iniciativa de desprincesamiento, reflexionan sobre los roles de género y dejan al descubierto cómo operan los estereotipos sobre las mujeres y los hombres.



de libertad y de dignidad que alguien pueda recibir para la vida. Qué fortuna para ella y para sus compañeros, hombres y mujeres.

Todo ocurre en Fontibón, en el colegio Carlo Federici. Allí, el Departamento de Ciencias Sociales lidera una iniciativa para reflexionar sobre los roles de género y dejar al descubierto cómo operan los estereotipos sobre las mujeres y los hombres. Es un proyecto de desprincesamiento, así le dicen a este tipo de propuestas pedagógicas. Los estudiantes leen, miran películas, oyen canciones, debaten, conversan, escriben, dibujan, cantan y van sacando sus propias conclusiones sobre cómo se construye el género y cómo quieren construirse a sí mismos. Aprenden a ser dueños de sus cuerpos y de sus vidas, nada más y nada menos.

La iniciativa es sobre todo un espacio de liberación. Para las niñas es liberador entender que pueden afrontar sus problemas y no tienen que ser como las princesas desvalidas de las películas que solo logran ser felices cuando un príncipe valiente las rescata. Para los niños es liberador saber que no tienen que cargar sobre sus hombros con la responsabilidad de salvar a nadie, que no tienen que ser héroes impávidos, que pueden sentir miedo y

que está bien expresar los sentimientos. Es liberador entender que podemos ser como queremos ser, autonomía es la palabra clave.

Alexandra Erazo Simons, docente de Ciencias Sociales, Ciencias Políticas y Filosofía, es como el viento que impulsa este proceso. Empezó a trabajar en este campo en el año 2016, antes de llegar al colegio Carlo Federici, muy preocupada por la situación de algunas de sus alumnas que habían padecido maltratos, acoso e incluso abuso sexual. Se propuso enseñarles a sus estudiantes a rechazar tajantemente todo acto de violencia basada en el género y cómo reconocer y desbaratar los discursos sociales que justifican esta manera de actuar. Se pusieron a analizar canciones, de esas pegajosas que todo el mundo canta sin fijarse en lo que dicen, y fueron descubriendo el oscuro lugar al que conducen muchas de ellas. “Mira ponte a lavar. Si te cojo coqueteándole a otro, ya verás que trompa’ te voy a pegar”, dice una canción de salsa que canta Ismael Rivera. En el reguetón, la situación es peor: “Si sigues en esta actitud voy a violarte”, dice el popular Maluma. Tenebroso. Ningún ser humano debería pisar ese lugar, en ninguna circunstancia, allí no hay príncipe valiente ni hada madrina que valga, solo la educación puede salvarnos.

[...] hoy la diversidad hace parte de una conversación que está en los debates, en las clases, en los pasillos, en el salón de profesores, en las izadas de bandera.

La profe Alexandra llegó al Carlo Federici, en el año 2017 y fue un alivio. Trabajar en ese entorno tan bello, tan cuidado, fue como reconciliarse con la vida misma. Definitivamente ese era un buen sitio para aprender y para enseñar. El edificio precioso, los niños arreglados e impecables, todo era como de cuento. A medida que fue hablando con las estudiantes, supo que detrás de la bella fachada, se vivían dramas similares a los del colegio anterior, la gran diferencia era que aquí no se hacían explícitos. Además, chicos y chicas se quejaban de la forma rígida en que se regulaba el uso del uniforme. Habló con los colegas del Departamento de Sociales sobre la necesidad de abordar temáticas asociadas al género, a la diversidad y al proceso de construcción de la identidad y ellos la apoyaron. No es suficiente con tener buenas ideas, siempre se necesita de aliados que ayuden a volverlas realidad y Alexandra los encontró en sus

compañeros. Se puso a leer y a estudiar, y supo de las experiencias de desprincesamiento en otros países. Formuló el proyecto, lo presentó y el rector Rogelio Hurtado lo apoyó sin dudar.

La profesora Gloria Téllez, también del área de Sociales, cuenta que antes de que se implementara el proyecto, el colegio ya había pasado por discusiones acaloradas sobre cómo debía usarse el uniforme. No se toleraba nada que se saliera de lo convencional, aparecía un joven con arete o con el pelo largo y se armaba la trifulca, todos opinaban, discutían y no lograban ponerse de acuerdo sobre cómo debía manejarse ese asunto. Un grupo de profesores decidió liderar una investigación y se dedicó a revisar los fallos de la Corte Constitucional relacionados con estos temas. Lo que encontraron fue contundente, en todos los casos se defendía el derecho fundamental de los niños, niñas y adolescentes al libre desarrollo de la personalidad y se recordaba que el manual de convivencia, en ningún caso, podía ir en contra de lo que dicta la Constitución, los profesores tampoco. Ante estos resultados, las directivas del colegio empezaron a cambiar de actitud, pero el manual de convivencia solo se adecuó años después, cuando un





estudiante llevó su caso a la Personería y logró el respaldo de esta institución.

El respeto por la diversidad es algo que se aprende. Para lograrlo, es necesario estar en disposición de desaprender muchas cosas: que no tenemos que ser iguales, que no hay modelos mejores que otros, que juzgar a las personas por su apariencia es reducir la realidad al peligroso escenario de los prejuicios y que existen tantas versiones de hombres y de mujeres como personas hay en el mundo. En el colegio Carlo Federici, las directivas, los docentes y los estudiantes llevan años aprendiendo a desaprender y a desprincesar por su puesto. No todos van al mismo ritmo, es un proceso, no se logra de un día para otro.

Todos recuerdan la vez que a una niña le prohibieron usar pantalones entubados y ella, a manera de protesta, se puso un pantalón talla XL y se lo amarró a la cintura con una cabuya. —Para mí fue un choque llegar al colegio —cuenta el profesor Diego Fernando

Rojas, docente de Sociales y Economía Política. —Yo venía del colegio Guillermo León Valencia, en el Restrepo, y ahí este tema se manejaba diferente. Había niños que se reconocían como mujeres y llegaban con su uniforme, con falda y nadie las molestaba —. En el Carlo Federici, hasta hace poco no se aceptaban el piercing, los tatuajes ni los pantalones entubados, pero poco a poco las cosas han empezado a cambiar. Lo que es un hecho incontrovertible, es que hoy la diversidad hace parte de una conversación que está en los debates, en las clases, en los pasillos, en el salón de profesores, en las izadas de bandera y en las actividades de conmemoración. Aunque todavía los estudiantes sientan cierta rigidez, la sola existencia del proyecto de desprincesamiento y el apoyo irrestricto del actual rector, Manuel Fajardo, ya han provocado un cambio enorme en la institución.

La profe Alexandra empezó a trabajar en el 2017 con los estudiantes de grado sexto y, a



medida que pasó el tiempo, el proyecto se fue extendiendo hasta abarcar el grado once. —Para mí, la educación es todo —dice Alexandra. —A mí, me encanta ser maestra, esta es mi vocación y ahora además tengo otro rol, el de mujer buscando defender mis derechos y los de las niñas y los niños —. Los demás profesores del departamento se adhirieron e incluyeron las temáticas y las actividades en sus propias clases. También se sumaron las profesoras de preescolar, que resultaron aliadas incondicionales y muy importantes para este proceso, pues es en la primera infancia cuando se adoptan las pautas de comportamiento relacionadas con el género. Con su apoyo, la capacidad de movilización y transformación de este proyecto es enorme.

Un día analizaron la obra de Malala Yousafzai, la niña que ganó un premio Nobel de la Paz por defender, con su propia vida, el derecho a la educación de las mujeres en Pakistán. Resultó inspirador y una alumna se animó a escribir una ponencia sobre el

tema. Desde ese momento, prevenir y rechazar la violencia contra las mujeres se convirtió en una causa común de los que participan en el proyecto, estudiantes y profesores, hombres y mujeres. Hay que oír a las chicas de los grados décimo y once para sentir esperanza. Son mujeres valientes, de corazón grande, dispuestas a cambiar el mundo.

—Las clases me han ayudado a generar un pensamiento crítico. Me han enseñado a ver cómo funcionan los micromachismos —dice una. —He visto que no por ser mujer tengo que estar metida siempre en la cocina o que solo estoy hecha para tener hijos. Estoy hecha para otras cosas, no solo para lo que dicta el estereotipo —dice otra. —En mi casa, siempre me han dicho la revolucionaria. Estoy a favor del aborto, soy atea, me pinto el cabello y siempre defiendo a las mujeres —cuenta alguien más. Así, cada una va contando lo que ha aprendido en el proyecto de desprincesamiento y aprovecha para denunciar, fuerte y claro, actos de violencia

que suceden a diario en sus entornos y que no están dispuestas a tolerar más. Sus relatos se refieren a todas las clases de violencia, desde las formas simbólicas, sutiles y vedadas de control, pasando por los insultos, hasta llegar a las agresiones físicas y al feminicidio. Como dice la *Canción sin miedo* compuesta por Vivir Quintana, a estas mujeres les sembraron miedo y les crecieron alas. Ya nada las calla y si tocan a una, ellas responden por todas. Son la expresión viva de la sororidad.

Cada que se conmemora el Día de la Mujer, este grupo pone al resto del colegio a pensar. El profesor Diego Fernando cuenta que una vez organizaron una jornada para denunciar el acoso callejero e hicieron una cartografía de las zonas más peligrosas para ser mujer. La situación se reveló muy compleja en la localidad. Todas las chicas reportaban haber experimentado miradas incómodas, silbidos, comentarios obscenos y acercamientos intimidantes. —Yo soy una persona que no se viste mucho con faldas, pero una vez salí con una falda larga, unas medias largas y un saco e igual había hombres muy

mayores que me miraban y me hacían sentir mal. Yo no entiendo qué es lo que están esperando que pase, no importa cómo se vista uno, siempre da miedo —cuenta Akemy. Investigaron más sobre los riesgos que no son percibidos a primera vista y encontraron situaciones muy graves. Hay organizaciones criminales que suelen aprovechar la posición estratégica de Fontibón con respecto al terminal de transportes y al aeropuerto para esconder y sacar de la ciudad y del país a las víctimas del delito de trata de personas. Tenebroso.

En Fontibón y en muchas partes del mundo, las calles son peligrosas para las mujeres y no es precisamente por la ropa que usan, ni por las rutas que escogen para transitar. Las calles son peligrosas porque existen hombres que consideran que pueden invadir la intimidad de las mujeres hasta

llegar incluso a apropiarse de sus cuerpos y de sus vidas. Esta misma situación la padecen las niñas, los niños y los jóvenes de ambos sexos. Por eso la reivindicación de los derechos a través del cuerpo no es un asunto menor. Usar *piercing*, cortarse o pintarse el



pelo, o dejarlo largo, liso o crespo, ponerse labial rojo, tatuarse, pintarse las uñas, usar minifalda, pantalones entubados o ropa ancha, o lo que sea que escojan es una manera de afirmar la soberanía y la autonomía sobre el propio ser. Es su manera de rechazar actos de imposición y violencia sobre los cuerpos de las personas. Es una declaración de principios.

Los estudiantes cuentan que gracias al proyecto han encontrado un espacio para expresar lo que opinan y lo que sienten, sin ser juzgados, señalados, ni encasillados. La vida es muy compleja, tiene muchos tonos y matices como para meterla a la fuerza en una etiqueta que siempre resultará estrecha. —A veces, tiendo a vestirme masculino, uso ropa ancha o ropa que mis tíos no utilizan y me miran raro. A mi familia no le gusta. Yo no entiendo por qué cuando me visto muy femenino con minifalda y tacones está mal y si me visto masculino también está mal, como si a alguna gente solo le sirviera su propio modelo y nada más —dice Luisa. Ella ya sabe que el mundo no se reduce a dos colores, rosado o azul, que está lleno de posibilidades y combinaciones, y que además está en permanente cambio. Nunca somos, siempre estamos siendo. Esto es algo que los estudiantes tienen muy claro, por

La jornada acaba y hay una mezcla de sentimientos encontrados en el ambiente, alegría por el ciclo culminado, nostalgia por lo que queda en el pasado e incertidumbre por lo que viene.



eso le han pedido a la profesora Alexandra abrir más espacios para abordar las temáticas LGBTQ+, pues sienten que deben propiciar discusiones sobre la situación de las comunidades de lesbianas, gais, bisexuales, transgénero, transexuales, travestis, intersexuales, *queer* y todas las otras que reflexionan sobre la identidad de género, la sexualidad y el cuerpo.

—En las clases, la profesora nos ha abierto las puertas a muchos mundos y muchos pensamientos —dice Sebastián. —Uno puede compartir sus puntos de vista con otras personas y así va entendiendo que el mundo es muy grande. El tema de las uñas ha sido muy complicado con mi familia, pero aquí en el colegio me han tratado muy bien. Siempre me ha

Vestirse, de una u otra forma, es su manera de gritarle al mundo que su cuerpo le pertenece por entero, que solo ella decide sobre él y que siempre está en construcción. Nunca somos, siempre estamos siendo.

gustado mantenerlas arregladas y me las dejé crecer hace un año. Ha sido todo un proceso. Me las arreglo en el salón de mi tía. Al principio ella decía que no podía hacerlo porque esas eran cosas de mujeres, pero bueno, ahora me las arreglan allá. Un día llegué con las uñas pintadas y mi papá dijo “¿y a este qué le pasó?” No es un tema de agrado para él y yo lo entiendo, fue educado de otra manera. No debe ser fácil para él. Lo que quiero es que él trate de entenderme a mí. Tuve una discusión con él, con mi mamá y con mi hermana y yo defendí mi posición con argumentos. Con el tema de mi sexualidad fue igual, difícil, aunque mi hermana siempre me ha apoyado. En fin, ahí vamos todos, aprendiendo. Con el apoyo de las clases, de la profesora y de mis compañeras todo ha sido más fácil, me siento respaldado y eso me da fuerza para defender lo que creo y lo que soy. Mis amigos de toda la vida no dicen mucho, que está bien y que les da igual —muestra orgulloso sus uñas.



Este año, las chicas organizaron un debate sobre el aborto. —Habíamos visto un video de Kika Nieto, una *youtuber* polémica que tiene un discurso violento hacia las comunidades LGBTQ+ y el feminismo. El video nos puso a discutir entre nosotras y dijimos, “hagamos un debate sobre el aborto aquí en el colegio”. Le contamos a la profesora y ella desde el principio nos apoyó y lo hizo más grande de lo que pensábamos. Lo organizamos virtual, hicimos las preguntas y debatimos entre varias posturas. Fue un debate fuerte, hay personas que tienen posiciones muy radicales y no quieren escuchar argumentos —cuenta Salomé. —En el debate, un niño la agarró contra mí, como si fuera algo personal. Intenté mostrar el castigo moral que sufren las mujeres que abortan y él quería poner todo lo que yo decía como si yo fuera satanás. Me dio mucha rabia, así es muy difícil construir, pero a pesar de eso siempre respondí de la mejor manera, pacífica,

Sus relatos se refieren a todas las clases de violencia, desde las formas simbólicas, sutiles y vedadas de control, pasando por los insultos, hasta llegar a las agresiones físicas y al feminicidio.

con argumentos. Hubo gente que estaba en contra del aborto que también fue muy respetuosa y dio muy buenos argumentos, eso era lo que queríamos, que al final las posturas de cada quien se vieran enriquecidas —cuenta Gabriela.

El año escolar está a punto de terminar y los estudiantes están en la entrega de símbolos, despiden a la promoción 2021 y los de la promoción 2022 reciben el liderazgo del colegio para el próximo año. Akemy y Saharay decidieron pintarse el pelo de verde para dejar constancia en las fotos y con su propia presencia del momento tan importante que viven. Bueno, en realidad, habían decidido que el color fuera otro, pero algunos inconvenientes en el procedimiento a la hora de aplicar el tinte lo impidieron. Todo en la vida es más complejo de lo que parece.

—Empecé a cortarme el pelo, en el 2019, en una peluquería y luego yo me lo arreglaba como quería y empecé a pintármelo de todos los colores. Cuando

me lo corté fue un problema en mi casa, mi pelo es crespo y no les gustó que lo dejara tan corto. Pensando en el grado, me lo pinté y me lo alisé, sabía que me iban a regañar, pero así es como yo lo quiero. Bueno, yo lo quería azul pero de todos modos así me gusta —dice Akemy. —Yo me pinté el pelo hace unas semanas. Tuve una pelea con mi mamá por las fotos del grado, le parecía que no era el momento, pero yo le decía que justo por eso me lo quería pintar. Claro que yo había escogido un verde oscuro, ese era

el color que yo quería y no salió así. En un principio quedó verde neón y ya luego pudimos mejorarlo un poco. Mi mamá me ayudó, también hay que decirlo —. Azul, verde oscuro o verde neón, en cualquier caso el efecto fue el esperado. En la foto, la imagen de las dos resalta y queda para la memoria como testimonio de un momento en el que defender las convicciones le dio sentido de dignidad a la vida.



La jornada acaba y hay una mezcla de sentimientos encontrados en el ambiente, alegría por el ciclo culminado, nostalgia por lo que queda en el pasado e incertidumbre por lo que viene. Lo que está claro es que la profesora Alexandra y sus compañeros del Departamento de Sociales, pueden estar muy orgullosos. Han ayudado a educar a una generación de personas libres y autónomas, seguras de sí mismas. La vida no es un cuento de hadas para nadie. Tener la determinación, el coraje y la autoconfianza para agarrar las riendas de su existencia

es lo que hará posible que esta generación de hombres y mujeres jóvenes pueda diseñar y construir el mundo a la medida de sus sueños y de sus convicciones: democrático, incluyente, respetuoso de la diversidad y pluralista en las ideas. Justo así como ellos lo sueñan, sin prejuicios, sin señalamientos, sin estereotipos y sin etiquetas es el mundo en el que yo también quiero vivir.

Tatiana Duplat Ayala







Colegio Villa Amalia IED

VÍO RARA

Vía RARA

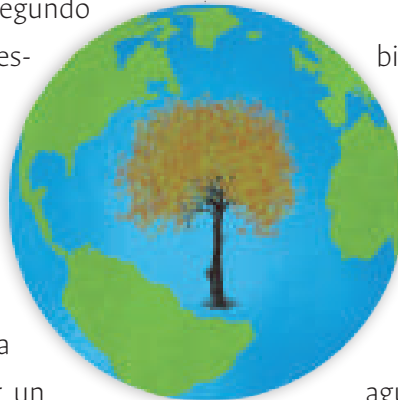
La familia del profesor Luis Buitrago tendría que sembrar 59 árboles anuales para compensar las 17 toneladas de gas carbónico que produce al año. Si todo el mundo sobre el planeta tuviera los hábitos de esta familia, se necesitarían solo casi cuatro planetas para poder subsistir. Es una familia que gasta 545 mil litros de agua al año, cifra que está muy por debajo de la media mundial del millón cuatrocientos mil litros. Luis Buitrago es el rector del Colegio Villa Amalia de la localidad de Engativá. Desde el primer día que llegó hace siete años, comenzó con la retahíla a los demás profes: que se debe medir la huella de carbono, que medir la huella hídrica; que solo si medimos en cifras reales los daños que le causamos al medio ambiente que nos rodea podremos intentar enmendarlos con acciones reales. Les pasaba enlaces a los profes con encuestas ambientales. En fin. Tanta lora les dio a los maestros que poco a poco comenzaron a hablar del tema. Al profe Buitrago

En Engativá, una comunidad se ha declarado custodia del humedal Jaboque, el segundo más grande de Bogotá. Además de sembrar árboles, están empeñados en medir y disminuir el daño que cada quien le hace al medio ambiente.



le decían *Huella de carbono*, que la Huella de carbono propuso, que la Huella de carbono dijo, que la Huella de carbono pa' allá y que la Huella pa' acá. Las palabras terminaron por conjurar una realidad de todos los días. Fue tanto así que hoy en día todos están comprometidos con un proyecto que bautizaron Vía RARA que significa Villa Amalia Responsable, Amiga y Resiliente con el Medio Ambiente.

El colegio Villa Amalia es vecina, casi puerta con puerta, del humedal Jaboque, el segundo más grande de Bogotá. El colegio se está convirtiendo en uno de los mejores vecinos del humedal porque con su proyecto podría impactar a toda la localidad de Engativá, la responsable directa de la preservación de estos prodigios naturales. Además de la belleza indiscutible que los hace ser un atractivo turístico, los humedales sirven para controlar las inundaciones, mantener la biodiversidad, proporcionar las condiciones adecuadas para que aniden varias especies de aves y eso sin contar con los beneficios obvios que otorga a los agricultores locales. Este humedal es uno de los 11 protegidos bajo la égida de la Convención Ramsar, como humedales de importancia internacional.

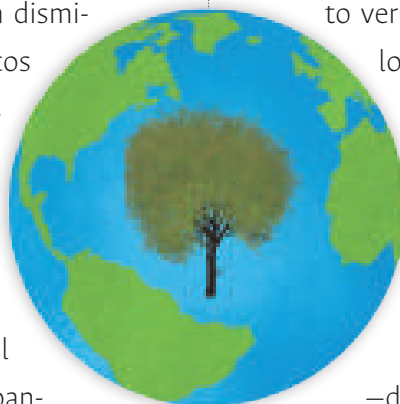


Todo parece indicar que la zona donde está el colegio Villa Amalia era habitada por uno de los principales asentamientos muiscas. Son claros los beneficios de ese lugar: cercanías al enorme río Funza (Bogotá), humedales y tierras aptas para la agricultura. Hay versiones encontradas sobre el significado de Engativá. Unos dicen que significa “puerta del sol” y otros dicen que en realidad se escribe *Ingativa* y significa “señor de lo ameno, lo sabroso”.

Todas estas bendiciones medio ambientales parecen que se hubieran apoderado de la conciencia de los profesores del colegio. La encuesta sobre la huella ecológica es tan popular en Villa Amalia que hasta los vigilantes y todo el personal del aseo la han llenado. Con recibos de luz, gas y agua en mano, van llenando las casillas una por una. Siempre quedan sorprendidos con los resultados. La famosa conciencia ambiental parece que no se crea con poderosos eslóganes publicitarios, sino con la constatación de qué tanto daño hago. Una cosa es que te digan “debemos cuidar el planeta” y otra muy distinta que te demuestren en la cara el daño que haces. Desde que la señora Francisca, que está en el turno de la tarde para el

aseo, llenó la encuesta no deja de tomar medidas en su casa para disminuir su huella. Ella entiende qué es eso de la huella.

En el colegio, siempre hubo conciencia ambiental, pero no a nivel de la rectoría. El profesor de ciencias y biología, Óscar Quevedo, por ejemplo, inclinaba sus clases y sus discursos hacia lo ambiental. Sandra Patricia Vidal, que era su compinche y amiga, dice que el profe Quevedo incluso tenía un concurso en el colegio para disminuir el consumo de agua. —Los chicos traían el recibo del agua de sus casas al comienzo y al final del año para poder comparar, y con esa manera juguetona los consumos bajaron —dice Sandra mientras lo recuerda, —con el corazón arrugado —, porque al profe Óscar Quevedo se lo llevó la pandemia este año. Todos los días Sandra Patricia se acerca al jardín de la reconciliación que se hizo como homenaje al profesor. Sembraron pajaritos, alcaparros, brevos, pensamientos y novios, acacias y romero alrededor de una enorme placa en su honor. Sobre la tierra, todos los niños pusieron piedritas de colores con mensajes como epitafios, mensajes de vida y amor, no solo para el profe, sino



para todos los padres de familia, los tíos, los compañeros o los vecinos que murieron en la pandemia.

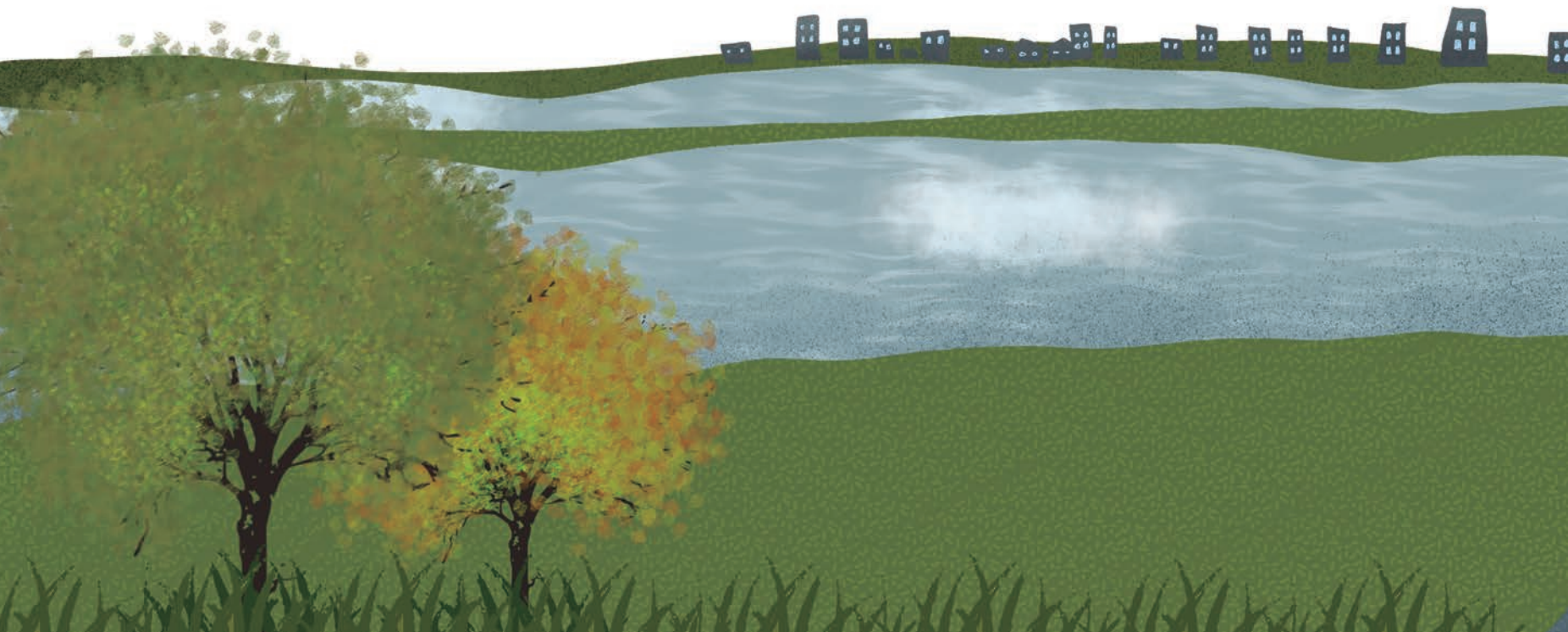
Aquello se hizo el 29 de octubre del 2021. El acto se llamó “Villa Amalia se reconcilia con la vida”. Durante esa semana del 25 al 29, los estudiantes se dividieron en grupos y cada grupo se conectó con la vida a través de un árbol que, a la postre, sembrarían. Están reforestando una zona verde que siempre estuvo pelada. Fue muy bonito ver a los chicos sentados en posición de loto, alrededor de sus árboles. En las aulas, también hicieron árboles genealógicos para honrar la memoria de los parientes idos. —Sembramos arbolitos para la resiliencia, de paso fue un acto simbólico para reconciliarse con los cuatro elementos —dice el rector Luis Buitrago.

El colegio estuvo sincronizado con la COP26 de Glasgow tal vez sin proponérselo, pero convocó a toda la comunidad educativa alrededor del medio ambiente en la localidad de Engativá. Fue una pequeña Conferencia sobre el cambio climático. Hablaron de reciclaje, del agua, del humedal, de los árboles, de nuestra huella ecológica. A lo grande, se habló en Glasgow. Allá estuvieron

convocados todos los países para definir un nuevo acuerdo que posibilite el logro de esos objetivos de desarrollo sostenibles de los que se viene hablando hace más de 40 años. Allí estuvieron los jóvenes del mundo. Allí estuvo una de las activistas climáticas más importantes de todos los tiempos, Greta Tintin Eleonora Ernman Thunberg, nacida en Estocolmo el 3 de enero de 2003, que a sus 18 años fue capaz de regañar a las mega potencias por las falsas promesas hechas durante el COP de París. Ella es consciente de que se está quedando sin mundo posible y que a sus 90 años no tendrá un mundo para vivir si las cosas siguen como van. Un pequeño estudiante de séptimo de Villa Amalia leyó un fragmento del

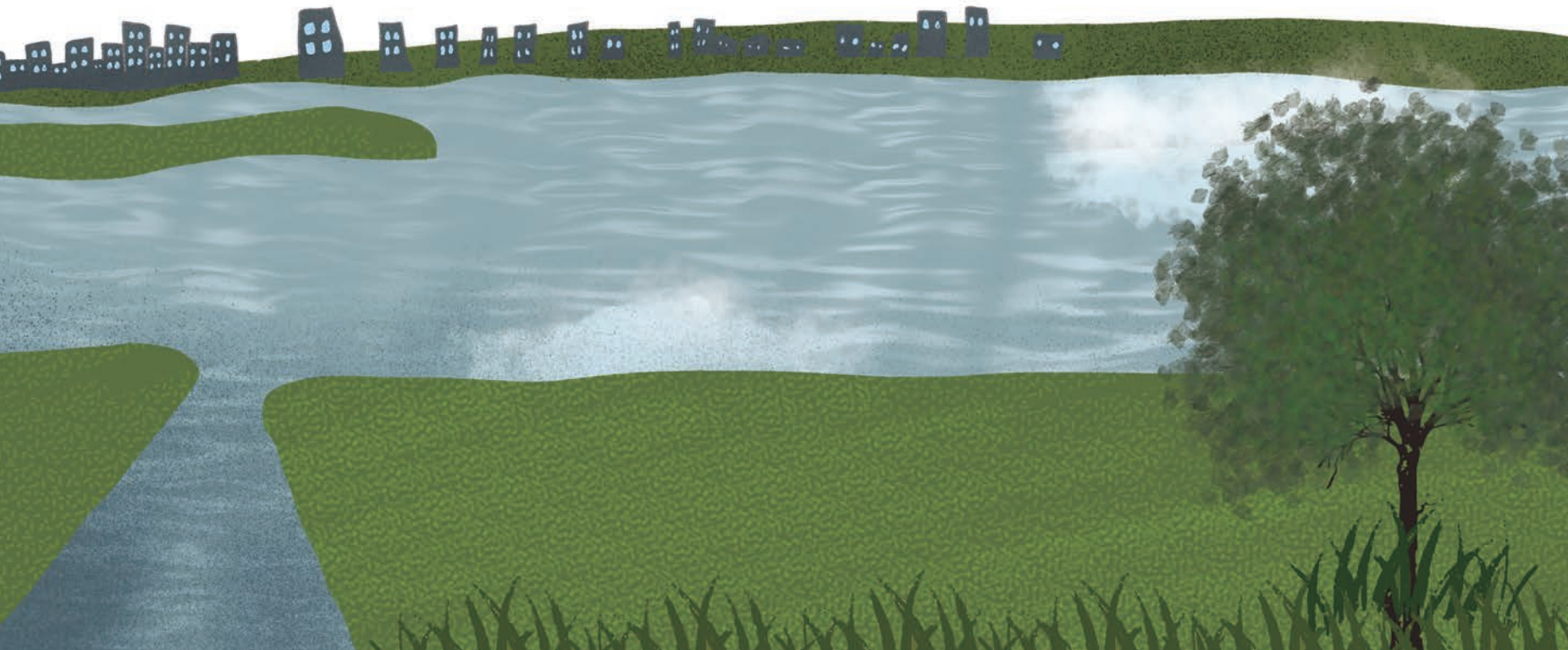
discurso que ofreció Greta a finales de septiembre en Milán. Lo leyó como quien lee una plegaria. Lo hizo frente al pequeño grupo que rodeaba el árbol de sietecuecos que sembraron esa misma tarde:

Reconstruir mejor, bla, bla, bla, economía verde, bla, bla, bla, emisiones cero para el 2050, bla, bla, bla, [...] eso es todo lo que oímos de nuestros llamados líderes. Palabras, palabras que suenan genial, pero que hasta ahora no han llevado a ninguna acción. Nuestras esperanzas y sueños se ahogan en sus palabras y promesas vacías. Claro que necesitamos el diálogo constructivo, pero ellos ya llevan 30 años de bla, bla, bla y ¿adónde nos han llevado?



Francisco Vera Manzanares, el niño colombiano que defiende el medio ambiente, reconocido tanto en medios nacionales como internacionales, ha sido comparado con Greta de muchas maneras. En Villa Amalia, lo contactaron para que conversara con los niños y les dejara ese mensaje incrustado en el alma. Claro que se les quedó en el alma más aún porque Francisco Vera fue uno de los voceros latinoamericanos que estuvieron en la cumbre de Glasgow, donde se celebró la más reciente Conferencia Anual sobre Cambio Climático COP26. Más de 190 países discutieron sobre las mejores y más efectivas acciones para frenar el calentamiento del planeta. Los chicos de Villa Amalia seguro se enteraron del

emotivo encuentro entre Greta, la gran líder mundial del medio ambiente, con Francisco, ese chiquillo metido a grande que ha logrado poner en primer plano la defensa de nuestra biodiversidad por el bien de las generaciones futuras. Greta elogió frente a las cámaras la increíble valentía de este niño colombiano y dijo, palabras más palabras menos, que Francisco era una inspiración para todos los niños del mundo. Lo es, sin duda lo es. Sobre todo en los países pobres como Colombia que deben enfrentar el cambio climático en medio de tremendas crisis sociales. Para Francisco, ese reconocimiento público fue como un espaldarazo a su difícil labor en Colombia y para los niños de Villa Amalia, una



conexión con el tema más importante de la agenda internacional.

Estos estudiantes, vecinos del humedal Jaboque, bien podrían ser los firmantes de la declaración que hicieron los jóvenes de Latinoamérica y el Caribe en Glasgow porque saben a ciencia cierta de qué se trata cada punto y seguramente son solidarios con la premisa fundamental de esa declaración que reza:

Consideramos que Latinoamérica y el Caribe es una región clave en el accionar frente al cambio climático por su gran diversidad biológica y cultural, y como tal debería reflejar su preocupación demostrando un liderazgo internacional.

Creemos que nuestros países deberán desacoplar su crecimiento económico de las emisiones de gases de efecto invernadero, así como incrementar su resiliencia a los impactos actuales y proyectados del cambio climático. A pesar de no tener responsabilidad histórica, ni ser los mayores emisores de gases de efecto invernadero, nuestros países no pueden seguir creciendo de la manera que lo hicieron los países desarrollados, pues sería repetir el camino que ha puesto al Mundo en esta situación.

Todos los años, los mejores bachilleres de Villa Amalia reciben una distinción especial que se llama La Tingua de Oro, porque la tingua es el pájaro endémico que mejor representa ese bienestar que producen los humedales y porque también representa la enorme fragilidad del planeta entero. Ojalá el proyecto de Vía RARA se tome por completo la localidad y sus estudiantes sean los protectores por excelencia de las tres especies de aves endémicas del altiplano cundiboyacense: la tingua bogotana, el cucarachero del pantano y el chamicero; las 41 especies de aves acuáticas y las 65 especies migratorias; más las 12 especies de mamíferos y toda la biodiversidad vegetal que albergan.



El rector vuelve y me explica lo de la responsabilidad una y otra vez y cuantas veces sea necesario. Empiezo a entender entonces lo que ha significado este “siriri” y el efecto que ha causado en los profesores: —Cuando uno es responsable, sabe cómo es una buena relación con el ambiente y preserva las fuentes hídricas, los humedales, los ríos; y si su papá es mecánico, pues no bota el aceite en el río porque mata los paticos y se extinguen las tinguas.

El profe Buitrago no es un activista de dientes pa’ afuera. Se mueve en bicicleta de su casa al colegio y viceversa, salvo cuando el invierno se vuelve insoportable como en todos los noviembre. Con su ejemplo, promueve el uso de la bicicleta entre los estudiantes. También construyó unos bicicleteros decentes. *Las bicicletas son para el verano* es una película española emblemática situada justo al comienzo de la Guerra Civil. El mensaje de fondo es que lo que sea que quieras y desees tienes que implementarlo de una vez porque puede no haber un mañana. Nadie dudaría de semejante postulado si miramos lo que estamos haciendo con nuestro entorno. Puede no haber un mañana para la humanidad. Si tomáramos acciones desde ya, el aumento de la temperatura se prevé en 1.5 grados para finales de siglo, pero si no lo hacemos, puede alcanzar

Todos tenemos deudas ambientales, unos más y otros menos, pero las tenemos.

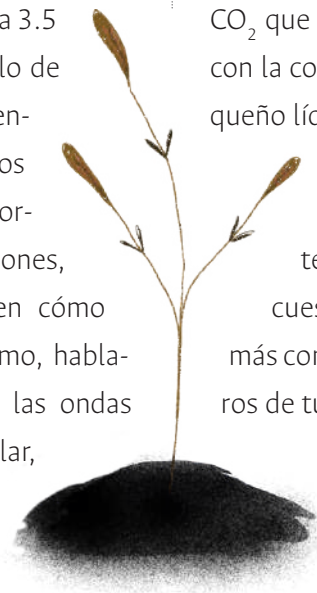
límites de 3 o 4 grados y eso sería catastrófico sobre todo para la especie humana.

De ahí la importancia de las encuestas de la huella de carbono. Con preguntas sencillas y en pocos pasos, cualquiera puede darse cuenta de las consecuencias de sus actos sobre la tierra en términos verdes. Que el profe Buitrago haya sido tan obsesivo con el tema es importante para todos. Quiere que en Villa Amalia todos piensen en el medio ambiente incluso desde la educación física y las matemáticas, la física y la lengua castellana, —que hasta en historia se hable del tema—. Claro que sí. Desde la historia, que sepan que existía una selva que se llamaba del Carare y fue sistemáticamente talada porque los barcos de vapor necesitaban combustible y luego llegó la ganadería y luego no quedó nada, apenas el nombre y el recuerdo junto al río Magdalena. Hace poco el rector le entregó unos pocillos



a toda la planta de maestros. Quiere desterrar los vasos desechables del colegio.

Sandra Vidal es maestra de matemáticas. Fue ella la que bautizó al rector Buitrago Huella de Carbono. —Un día me le paré enfrente al rector y le dije, “Convéncame” y me convenció—. Sandra consume 500 mil litros de agua al año, tendría que sembrar 54 árboles y solo harían falta 3.5 planetas si todos viviéramos con su estilo de vida. Sandra ha incluido el medio ambiente en su cátedra. —En séptimo, trabajamos los recibos de los servicios públicos porque ven unidades de medida, proporciones, consumos, estadística para que piensen cómo disminuir la huella de carbono. En décimo, hablamos de la contaminación que generan las ondas electromagnéticas de la telefonía celular, por ejemplo—. Los demás maestros y coordinadores también le han sumado esfuerzos a la Vía RARA desde que la coordinadora Mery Cely, que solo tiene que sembrar 49 árboles, logró que la Secretaría de Educación del Distrito admitiera que en el colegio Villa Amalia haya educación ambiental en la malla curricular porque le hizo algunos ajustes al PIGA (proyecto institucional de gestión ambiental).



—Ahora tenemos que generar mecanismos de control para el consumo del agua y la luz; y no solo reciclamos, sino que controlamos el consumo de papel porque apuntamos a que todo sea digital. Marisol Rueda, la maestra de media integral en gestión empresarial, que solo está comprometida a sembrar 30 árboles para mitigar un poco las 8.6 toneladas de CO₂ que produce, es la encargada de hacer gestión con la comunidad. Ella se ocupó de contactar al pequeño líder ambiental Francisco Vera.

Todos tenemos deudas ambientales, unos más y otros menos, pero las tenemos. Deberían ser obligatorias las encuestas que son *vox populi* en Villa Amalia. Por más conscientes que nos consideremos, los números de tu propia huella ecológica no mienten. Esos números nos enrostran una verdad sin máscaras ni discursos. Si todos los habitantes del planeta vivieran como yo vivo, necesitaríamos 2.2 planetas tierra para vivir. También llené la encuesta, claro: mi consumo de agua es solo de 300 mil litros al año y puedo compensar todo si siembro 32 árboles anualmente. Tanto Sandra como Óscar hicieron una crítica a la encuesta: que no está adaptada para esta latitud porque está hecha para habitantes de

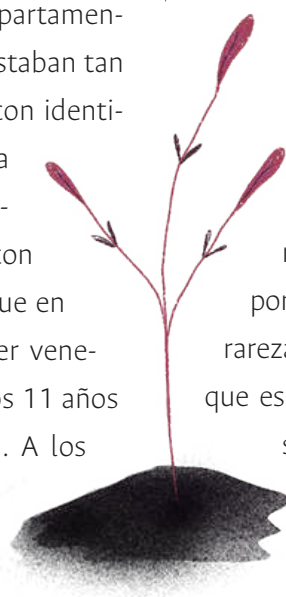
países con estaciones que usan o no calefacción o aire acondicionado según la época.

El rector Luis Buitrago es un exagerado para todo, le gusta vivir al límite de la felicidad. Nació por allá en el nororiente de Boyacá, en Cubará, un pequeño pueblo que limita con Venezuela. En los años 60, 70 y gran parte de los 80 las ciudades fronterizas con Venezuela de los departamentos de Boyacá, Arauca, Meta y Vichada estaban tan descuidadas que los niños crecían más con identidad de venezolanos. La energía eléctrica era venezolana, la televisión era venezolana y el himno nacional comenzaba con “Gloria al bravo pueblo [...]”. Luis dice que en ese entonces todos los niños querían ser venezolanos porque era mejor visto, pero a los 11 años lo mandaron al seminario de Pamplona. A los 17, se graduó de bachiller, pero abandonó para siempre su ruta de santo. Se graduó de Física y Matemáticas en la Universidad Pedagógica de Tunja y desde entonces comenzó su vida en este otro apostolado, el de la enseñanza. Desde hace siete años es el rector de Villa Amalia, que tiene 1445 alumnos en dos jornadas.

Vía RARA es un proyecto que apenas comienza. Cuando el profesor Buitrago llegó hace siete años, quería que la comunidad académica de Villa Amalia fuera la primera en el país en medir su huella ecológica tanto en lo concerniente a las emisiones de CO₂ como al agua y al tratamiento de basuras. Lo está logrando. Hace poco habló con el alcalde de Villa

Pinzón para que le donara unos árboles que serán sembrados por los estudiantes y maestros. Ha pedido asesoría del Dama y del

Jardín Botánico. Saben de especies nativas, cómo se siembran y qué cuidados requieren. Espera poder sembrar 1445 árboles, uno por cada niño. Todos están sincronizados con la rareza de esa Vía RARA. En Villa Amalia entienden que es un asunto de supervivencia. No se trata de salvar la vida de unos animales, unos árboles y unos ríos: se trata de salvar la continuidad de la especie humana sobre el planeta. Esa manera de entender la conservación ambiental es, por lo menos, novedosa en el país. Decir “salvemos nuestro planeta” sin contexto, suena a una orden tan innecesaria que casi nadie entiende por qué ni para qué. Villa Amalia con su Vía RARA está dejando en claro que somos nosotros



mismos los únicos verdaderos beneficiarios de una mejor conducta medio ambiental.

La gran mayoría de maestros llenaron las distintas encuestas ambientales que el rector les pasó. Las tienen tabuladas en un cuadro de Excel y todos conocen los resultados. Cuando se miran en la sala de profesores, lo hacen como conocedores de las deudas arbóreas que cada uno tiene. En la sala de profesores, a lo mejor el día de mañana, comenzarán a conversar sobre los árboles que quieren sembrar y en dónde los van a sembrar. Tal vez un día que vayan de paseo este incluya la siembra de árboles antes del picnic. Por lo pronto, el rector Luis Buitrago, quiere que el colegio Villa Amalia se apodere de la cuenca sabanera del río Bogotá.

Necesita apoyo con toda seguridad. Necesita árboles, transporte para los niños y los árboles, logística y capacitaciones. Ellos ponen lo demás: su conciencia y las manos multiplicadas de 1445 alumnos.

Si hay algo que no quiere la comunidad del colegio Villa Amalia es que terminaran por ser ciertas para toda la humanidad, como una especie de maldición, las palabras del indígena José Miguel, exhabitante de las exselvas de Brasil, devastadas por la minería: “Y solo cuando caiga el último árbol, muera el último pez y se contamine el último río, comprenderán entonces que el dinero no se come”.

Cristian Valencia







diciembre 2020

No 01

FLOR DE ANDÉN

Arte + Escuela + Comunidad

Colegio Gonzalo Arango IED

EI

Laboratorio

Derechos Humanos y Ciudadanías

El Laboratorio

Derechos Humanos y Ciudadanías

Allí están todos: Rosa, María Teresa, Fernando, Álvaro, José, Ana, Pilar, Carlos, Antonio y Yajaira. La lista es grande, unos doscientos, sumando las fotos que están físicamente en el altar y las que han llegado por medios digitales. Cada uno es un amor eterno e inolvidable. Detrás de cada cual, está su historia y el vínculo tejido en vida con los otros; delante, la posibilidad de extender el hilo a quienes no alcanzaron a conocerlos antes de morir. Lo instalaron junto al ventanal que da hacia la plazoleta de entrada así todos pueden sumarse al ritual. Esta mañana, por un rato, vivos y muertos vuelven a estar juntos en un presente fuera del tiempo. Abuelos, padres, madres, esposos, hermanos, tíos, sobrinos, novios, amantes, amigos, compañeros, estudiantes, profesores y vecinos honran la vida compartida en el pasado y, al renovar el vínculo, dejan constancia de su esperanza en el futuro más allá de la muerte.

En un colegio de Suba, estudiantes y docentes tienen un laboratorio para crear nuevas realidades, más incluyentes y democráticas. Indagan en el pasado para entender el presente y, así, imaginar muchos futuros posibles.



En la intimidad del momento, algunos sollozan discretamente, otros se abrazan y se toman de la mano y otros simplemente se acompañan con la mirada, a la distancia y por encima del tapabocas. La voz de Zaira, bella y delicada, se esparce como el rocío hasta posarse en cada pliegue de nostalgia de cada ser acongojado: *—Tú eres la tristeza de mis ojos, que lloran en silencio por tu amor, me miro en el espejo y veo en mi rostro, el tiempo que he sufrido por*



tu adiós —. Así, al amparo de la música, del recuerdo y del ritual, todos son uno en el dolor. Alrededor del altar de muertos también se ha tendido un lazo solidario entre los vivos. El sol ya salió por completo y un nuevo día brilla para la comunidad del colegio Gonzalo Arango en la localidad de Suba.

Dicen que solo morimos cuando nos olvidan, los estudiantes que participan del Laboratorio de Derechos Humanos y Ciudadanías lo tienen muy claro. Ellos llevan años pensando en el valor de la memoria en todos sus ámbitos, individual, familiar y colectivo. Saben bien que es allí donde se tejen y se destejen los sentidos compartidos sobre lo que queremos ser y hacer como comunidad, en el barrio, en la ciudad, en el país y con la humanidad.

El ritual es la última actividad de la semana de las memorias, un evento que ya suma siete versiones y que esta vez estuvo dedicado a la reflexión sobre las rupturas, la vida y la muerte. Qué pertinente después de atravesar una pandemia y tantas pérdidas. Qué necesario ese momento compartido entre estudiantes, docentes y familiares después de tantas ausencias y distancias. Fue reconfortante y sanador para todos.

Eso que hicieron en el ritual, leer el contexto, interpretarlo y proponerle cosas, es la labor del Laboratorio. ¿Para qué?, para entenderlo, para cambiar lo que está mal y fortalecer lo que está bien, para ayudar a sanar sus heridas y, sobre todo, para saberse parte de él. El Laboratorio de Derechos Humanos y Ciudadanías es el sitio donde estudiantes y docentes prueban nuevas maneras de estar en el mundo o con el mundo, para ser más precisos. Participan estudiantes de los grados noveno, décimo y once, aunque muchas de las actividades extienden sus impactos hasta los otros cursos. Hacer parte de este empeño es aceptar de entrada que la realidad puede cambiarse y que hacerlo es un imperativo ético y político. En el Laboratorio todos, estudiantes y docentes, aprenden a organizarse y a actuar con los demás. Allí también se forman

ciudadanos con plena capacidad de observar y de expresar, por eso siempre están imaginando, creando y produciendo cosas nuevas. En el Laboratorio, se aprende y se descubre el mundo en el hacer.

El Laboratorio es un invento de muchas personas, animado por el profesor John Estrada. Él es un maestro con alma de panadero que ha horneado a fuego lento y con paciencia esta experiencia. A lo largo de una década, más que un parche, la gente del Laboratorio ha conformado una bella y colorida colcha de retazos que abriga a varios colegios de Bogotá. Todo empezó en el año 2012 cuando John era profesor de sociales en el colegio Los Pinos de la localidad de Santa Fe. Junto con Laura Rodríguez de la Subdirección para la Juventud y varias organizaciones juveniles decidieron indagar por la forma en que el discurso de los derechos se lleva a la práctica y se vuelve una manera de vivir con los demás. Entender cómo se forma la ciudadanía y formar ciudadanos, hombres y mujeres se volvió para ellos un propósito de vida. Así como a caminar se aprende caminando, a ser ciudadano se aprende ejerciendo los derechos, por eso crearon un Laboratorio para aprender haciendo.

Empezaron viendo cine, y como no había tiempo ni espacio dentro de la jornada escolar, decidieron

hacerlo fuera de clase y del colegio. Desde el principio la experiencia estuvo ligada a la creación y a la acción, no en vano se articularon al cineclub El Cinematógrafo, liderado por el colectivo Creacción. En las películas, buscaban claves para entender su realidad y luego salían a las calles del barrio a ser protagonistas de su propia historia. Recorrieron todos los rincones de la localidad. A medida que caminaban y aprendían sobre el pasado y el presente del entorno, iban encontrándose a sí mismos, a sus familias y a sus vecinos. De esta manera fueron zurciendo una gran malla que le daba sentido y significado al hecho de habitar allí. Se hicieron dueños del espacio, entonces la calle de siempre se volvió territorio y ellos empezaron a ser agentes de transformación. Después de esos ejercicios, todo lo que sucedía en el barrio les interpelaba, la actividad cultural y comercial, el manejo de las basuras, la seguridad, la inclusión social, la convivencia. Sobre cada cosa que ocurría expresaban una opinión, adoptaban una postura, diseñaban una propuesta y ejecutaban una acción. Aún hoy, el Laboratorio mantiene las carreras de observación en las que los estudiantes hacen cartografías de la memoria sobre el territorio.





Durante esos primeros años se dedicaron a construir alianzas y a sumar esfuerzos con otros, a esas alturas John ya contaba con un largo recorrido trabajando con comunidades y conocía muchas organizaciones. Vinculó el Laboratorio a grupos de música, a artistas visuales y a realizadores audiovisuales, pues la manera de volver concreto y visible el ejercicio de los derechos, fue desarrollando habilidades expresivas en los estudiantes. Su papel fue y ha sido servir de puente y conectar personas y procesos. El Instituto Distrital de la Participación y Acción Comunal (IDPAC), el Instituto para la Protección de la Niñez y la Juventud (IDIPRON), la Corporación Benkos, la Corporación Nuevo Arco Iris, el Consejo de estudiantes de secundaria (CONCE), la Mesa Local de Juventud de Santa Fe y organizaciones como: Ágoras, Trueke por la montaña e Ingeniarte son solo algunas de las instituciones y organizaciones que acompañaron el Laboratorio en sus inicios. Nada lo han hecho solos, ahí reside el gran valor de esta

experiencia. Saben bien que para formar ciudadanía es necesario ampliar y fortalecer el ámbito público, aquello que nos atañe a todos, y que esto solo es posible si se cuenta con la participación de muchos actores diferentes.

Después de un breve tránsito por el colegio José Acevedo y Gómez, de la localidad de San Cristóbal, John llegó al colegio Gonzalo Arango en el año 2015. Para él, era un reencuentro con la localidad de Suba, pues había pasado allí parte de su infancia; recordaba bien la montaña que hace las veces de muralla y que demarca el límite de la exclusión. Traía consigo la propuesta del Laboratorio, su experiencia, su mirada crítica y su férrea convicción sobre la necesidad de cambiar el mundo a través de la palabra. Qué propicio llegar a trabajar a un colegio que, en su nombre, rinde tributo al fundador del nadaísmo, un movimiento de liberación y al mismo tiempo de afiliación a la vida, como diría el poeta. Allí, en ese colegio que ha hecho de

R I A S

su nombre un pretexto para educar en la libertad y en la autonomía, el Laboratorio encontró aliados incondicionales.

Los profesores de Lengua Castellana se sumaron a la propuesta sin dudarlo un solo instante. Rolando Franco llegó unos meses después que John y se volvió una fuente permanente de energía y de transformación en el Laboratorio. Primero organizaron el cineclub Entropía en el que, además de ver las películas y discutir sobre ellas, los estudiantes participan en talleres de producción audiovisual, podcast y fotografía. Han llegado a aprender, incluso, cómo fabricar una cámara estenopeica, un sencillo artefacto hecho con una caja de cartón, con el que se pueden tomar fotos sin necesidad de usar lentes, solo haciendo pasar la luz por un pequeño agujero para que rebote en un papel fotográfico. La cámara estenopeica es un objeto que encierra poesía y rinde tributo al embrujo poderoso de las cosas sencillas, como el Laboratorio, es algo que hace mucho con muy poco.

—Empecé inicialmente con el cineclub y John terminó vinculándome en todo —dice el profe Rolando. —Y es que hacemos de todo y no hay manera de escaparse, esto no es una materia, ni un trabajo, esto del Laboratorio es un proyecto de vida. Desde el principio nos fue muy bien y desde ahí trabajamos juntos, todo lo hacemos en equipo. Por eso nos tomamos los tiempos libres y los sábados —. Él es un buen gestor cultural y conoce parches, grupos y organizaciones y todos terminan vinculándose.

A decir de John, Rolando es quien le pone orden a las cosas: —Somos una especie de pareja bipolar. Yo soy el inquieto que ando inventándome cosas, picando aquí y allá, gestionando, y él es el que se sienta, organiza las ideas y las aterriza —. Ellos, actuando juntos en el Laboratorio, son la demostración empírica de que la realidad se enriquece cuando hay diálogo entre la diferencia.

Manuel Pachón, también profesor de Lengua Castellana, es otro fiel escudero de la utopía encarnada

en el Laboratorio. Además de ser poeta, él mismo es poesía pura. Siempre viste de blanco y sus ojos entrecerrados anticipan la sonrisa detrás del tapabocas. En el Laboratorio, el profe Manuel se ha encargado de que el colegio exprese el espíritu de Gonzalo Arango. Cada año organiza el Cubum, festival internacional de poesía, un evento que acoge a los representantes más significativos del género. Él todo lo mira y lo expresa con asombro. —Fui a la inauguración del mural del barco, que es emblemático aquí en Suba. Fue una obra que se hizo con la participación de artistas

representativos de la comunidad. Qué momento tan bonito y qué sorpresa la que me llevé. Llegué y el fotógrafo que estaba cubriendo el evento era un egresado del colegio y del Laboratorio. Se presentó un grupo de rock infantil y la vocalista era de aquí del colegio, se presentó un grupo de circo y una de las aprendices también era del Laboratorio. ¿Cómo no se va a emocionar uno? Me enorgullezco de ver el impacto del colegio y del Laboratorio en la comunidad, no debería asombrarme porque justo para eso es que hacemos las cosas, pero yo de todas maneras me asombro y me



emociono. Yo estoy aquí desde la inauguración del colegio y siempre he estado en el Laboratorio, ver esto es muy gratificante.

—Para mí ha sido importante estar en este proceso, por la experiencia de trabajo conjunto — dice Sara Ríos, profesora de Educación Física. —El Laboratorio es un espacio valioso, nos da la oportunidad de trabajar juntos a favor de los niños, de ampliar en ellos la idea de la democracia, de los derechos, que entiendan el sentido de la política. Por ejemplo, desde que modificaron la estructura de las clases y la historia ya no es obligatoria, el ejercicio de

fueron asesinados por algún actor armado. No más eso ya pone a pensar a todo el mundo. Si alguien comete una falta, el juego para y el infractor debe explicarnos qué fue lo que ocurrió, otras veces los jugadores juegan por parejas, con las piernas amarradas, así cada quien tiene que poner de su parte para avanzar. Son cosas así, muy simbólicas. La actividad física se vuelve parte de la reflexión sobre la memoria.

Es cierto, como dice el profe Rolando, que hacen de todo. Es lo menos que puede ocurrir en un Laboratorio como este. Han creado un ambiente de

Por el Laboratorio han pasado miles de estudiantes a lo largo de una década. Muchos de ellos aún portan en su manera de vivir y ver el mundo, esta impronta.



la semana de las memorias suple un poco ese vacío. Tengo la posibilidad de decir, bueno qué hay que hacer, qué hay que acomodar. Adaptamos las canchas, adaptamos las reglas, hacemos mensajes asociados al juego limpio y a la democracia. Organizamos los picados de la memoria, son partidos de microfútbol y los equipos tienen nombres de chicos o chicas que

libertad para soñar, imaginar, crear, expresar y proponer; el resultado es la cantidad de cosas que son capaces de hacer, cada una, una aventura. Además de la semana de las memorias, el cineclub, las carreras de observación, los talleres y el festival de poesía, hacen cátedras abiertas con invitados, tienen un podcast que se llama Salida de emergencia y que se

transmite por Facebook, implementan la campaña Somos mostros que promueve el reconocimiento y la valoración de la diferencia y acaban de sacar una revista que se llama *Flor de Andén*, una reivindicación del espíritu poético como forma de resistencia.

El impacto del Laboratorio está dado por la capacidad que tiene de conectar todo en una misma experiencia vital. Cada actividad del Laboratorio, que ocurre por fuera de las clases, está vinculada al trabajo en el aula de los profesores, entonces las reflexiones terminan resonando en las materias de Ciencia política y economía y Lengua castellana. También están conectadas con el club de lectura Rizoma y el Sumak kawsay, un espacio para pensar la vida digna y el buen vivir.

Entre tantas y tantas cosas que han hecho, recuerdan especialmente el ejercicio con el Centro Nacional de Memoria Histórica en el año 2018. Se estaba diseñando el Museo de la Memoria, escenario de reparación simbólica a las víctimas del conflicto armado colombiano, y el Centro había convocado la participación de la ciudadanía para enriquecerlo con sus miradas. El Laboratorio participó con la obra de teatro *Reflejos de guerra*, en la que los estudiantes personificaban a algunas víctimas y, por un



momento, ocupaban su lugar en la historia. La experiencia dejó un impacto grande en los estudiantes. Todos se lo tomaron muy en serio, estudiaron la historia del conflicto e investigaron mucho para poder construir los personajes. Para Gisell Andrade, por ejemplo, fue importante que sus compañeros comprendieran lo que su familia había tenido que sufrir al verse forzada a desplazarse y abandonar su tierra. —Lo que buscamos en el Laboratorio es abarcar la complejidad de la escuela y del país —dice Rolando. —Por eso no hacemos actividades puntuales, sino que todo está entrelazado. Desde lo íntimo e individual, hasta abarcar el colegio, la ciudad y el país. Somos partes de un todo. A veces eso es difícil de entender, nos piden que mostremos algo puntual y sencillamente no podemos porque la experiencia es toda, es íntegra.

La construcción de paz ocupa un lugar importante en el Laboratorio. La semana de las memorias nació en el año 2015, en plena negociación entre el gobierno y la guerrilla de las Farc, como un espacio para entender y acompañar este proceso que es definitivo para el presente y el futuro del país. Entender la historia del conflicto, el problema agrario que subyace a él, la exclusión social y política,



la desgracia del narcotráfico y del paramilitarismo, la tragedia del desplazamiento forzado, el valor de la negociación y del acuerdo, la importancia de haber silenciado los fusiles, de conocer la verdad de lo que ha sucedido, de reparar a las víctimas y de implementar los Planes de desarrollo territorial es lo único que nos puede liberar de la violencia. En el acuerdo y en el proceso de construir una paz estable y duradera, está la esperanza de todo un país, los estudiantes y docentes del Laboratorio lo saben muy bien y desde su rincón, en Suba, hacen todo lo que está al alcance de sus manos para aportar a este esfuerzo colectivo. A todos ellos, gracias.

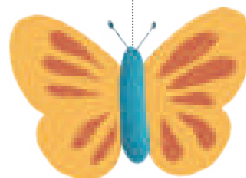
Por el Laboratorio han pasado miles de estudiantes a lo largo de una década. Muchos de ellos aún portan en su manera de vivir y ver el mundo, esta impronta. El Laboratorio les ha ayudado a entenderse como sujetos de la acción y la transformación; también, en un sentido más pragmático, a definir una carrera, un oficio y una vocación. Alejandro Álvarez se vinculó desde el 2013 en el colegio Los Pinos y nunca más quiso desatar el nudo. En el 2018, siendo estudiante de Sociología, hizo parte del proceso de sistematización

de esta experiencia y hoy sigue participando activamente.

El Laboratorio me enseñó a creer en mí y en los demás, en la necesidad de una pedagogía que traspase los lugares oficiales de la educación y acompañe a los estudiantes en procesos donde ellos son los protagonistas de su propio crecimiento personal y educativo a través de la exploración de sus gustos y capacidades, en diversos espacios que permiten experimentar, construir y reconstruir lo que hacemos y somos.

Las palabras de Alejandro resaltan, en amarillo esperanza, en la página 6 de la revista *Flor de Andén*.

En pocos días, se cumplirán los diez años del Laboratorio de Derechos Humanos y Ciudadanías, más que nunca estudiantes y docentes miran hacia el pasado para desandar juntos los pasos y marcar el camino que quieren recorrer hacia adelante. Este, sin duda, ha sido un viaje a pie. Así como en el ritual frente al altar de muertos, detrás de cada cual está una historia y el vínculo tejido con los otros; delante, la posibilidad de extender el hilo a los demás.



Hoy el Laboratorio es una gran colcha colorida, un tejido que entrelaza las calles caminadas, las palabras labradas, los libros leídos, los muros conquistados, las canciones cantadas y los amigos abrazados. Son tantas las voces que resuenan en el Laboratorio que requieren, demandan, su propio espacio de expresión. No podía ser de otra manera. La próxima aventura es la publicación del libro conmemorativo. Se trata de un libro objeto con forma de disco. En el lado A, estarán los relatos de estudiantes y profesores; y en el lado B, las voces y los aportes de artistas que los han acompañado en el camino. Allí estarán Laura Rodríguez, quien está desde el principio; Erre, una artista

que ha impregnado con su mirada crítica las calles de Bogotá, y muchos músicos que son parte de la banda sonora del Laboratorio.

Termina el ritual y empieza un nuevo día en el Rincón, en Suba. Un profesor con alma de panadero, sus colegas y sus estudiantes, caminan la ciudad y recorren los recovecos de la memoria para transformar el presente e imaginar un mejor futuro. Hacen la historia. Unen sus manos para cambiar el mundo y, en el empeño de la conquista absoluta de la vida, cambian ellos mismos. Futuro es lo que hay.

Tatiana Duplat Ayala







The background is a dark blue space filled with numerous small, bright white stars. Overlaid on this are several thin, curved lines in various colors: light blue, purple, orange, and green. These lines form concentric, overlapping arcs that sweep across the frame, creating a sense of motion and depth. The word 'Conéctate' is centered in the middle of the image.

Conéctate

Sin etiquetas. No somos, estamos siendo

Proyecto de Desprincesamiento

Colegio Carlo Federici IED

Alexandra Erazo Simons



El Laboratorio

Laboratorio de Derechos Humanos y Ciudadanía

Colegio Gonzalo Arango IED

John Fredy Estrada



Rebeldes con todo el derecho

Violentario de Kennedy

Colegio Inem Francisco de Paula Santander IED

Jasser Sandoval



Soma. Pedagogía y arte

Soma

Colegio José María Vargas Vila IED

María Victoria Reales



Cartografías del Habitar

Colegio La Estancia San Isidro Labrador IED

Edgar Mahecha



Tejiendo sueños

Colegio Rural José Celestino Mutis IED

Carlos Arturo López Cuervo



Iguales en la diferencia

Iguales en la diferencia, proyecto de inclusión

Colegio Técnico José Félix Restrepo IED

Jimmy Alexander Giraldo



Vía RARA

Villa Amalia Responsable,

Amiga y Resiliente con el Medio Ambiente (Vía RARA)

Colegio Villa Amalia IED

Luis Buitrago



Cuatro patas. Amigos para siempre

Amigos de Cuatro Patas

Colegio Distrital Delia Zapata Olivella IED

Andrea Murcia



¡Canta, Bogotá Canta!

Subsecretaría de Calidad y Pertinencia

María Teresa Guillén



Para sanarte. El Arte Escucha

Instituto para la Investigación Educativa
y el Desarrollo Pedagógico (IDEP) y Red Chisua

Alexánder Rubio Álvarez



La Red. Paz y Reconciliación

Red Distrital de Facilitadores por la Paz y la Reconciliación
















Dirección de Relaciones con el Sector Educativo Privado (DRSEP)

Rocío Olarte Tapias









Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2021. Se levantó en caracteres Memphis y Ancizar de 12 puntos. Se hizo en papel magno plus gloss de 150 gramos para la cubierta y magno satin silk de 150 gramos en las páginas interiores, en los talleres de Panamericana Formas e Impresos.







El eje conductor de este libro es la acción colectiva. Recopila historias que expresan el papel de la educación en la construcción de vínculos entre las personas y en la reparación del tejido social en Bogotá. Son relatos que muestran cómo se crean comunidades y se promueve la organización, dentro y más allá de las aulas. Sí, **juntos somos más fuertes**. Cada experiencia hace visible la capacidad de movilización de la escuela y su enorme poder de transformación, que se extiende hasta los estudiantes, los docentes, las familias y las comunidades de los entornos cercanos. Actuar con otros y en función de lograr un beneficio colectivo es algo que se aprende y se enseña, y esto ocurre al mismo tiempo que se aborda el currículo. En Bogotá, la educación pública representa la posibilidad de cambiar millones de vidas individuales y, sobre todo, de construir una ciudad región más incluyente y democrática, un mejor lugar para compartir la vida; de eso nos hablan estas historias.



LA EDUCACIÓN
EN PRIMER LUGAR



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN

